

A portrait of a young man, likely a prince, wearing a dark cap with a feather, a white ruffled collar, and a brown, fur-lined tunic. He is looking slightly to the right with a serious expression. The background is dark and textured.

*El Príncipe
Rebelde*

Manuel Fernández Álvarez

de

Lectulandia

Una novela histórica basada en un hecho real que escandalizó a la Europa de su tiempo y que todavía parece sin resolver: la rebelión del príncipe don Carlos contra el rey Felipe II, su padre, con su prisión y muerte; uno de los sucesos más oscuros de toda la historia de España.

Lectulandia

Manuel Fernández Álvarez

El príncipe rebelde

ePub r1.0

Titivillus 31.03.18

Manuel Fernández Álvarez, 2000

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis nietos
tan queridos,
Sonsoles,
Yolanda y
Juan Manuel.

1

Una mañana de abril, dominguera por más señas, estaba yo tan ricamente adormilado en mi habitación de la Residencia de Estudiantes, en una duermevela deliciosa en la que pasaban por mi imaginación los divertidos lances de sus antiguos residentes de los años veinte —Buñuel como Dalí, Lorca como Alberti—, cuando irrumpió de improviso mi buen amigo Julián.

—Vamos, levántate ya, que no hay tiempo que perder —me espetó de buenas a primeras.

—Pero ¿qué pasa? ¿A qué vienen esas prisas?

—Es algo que no te lo vas a creer.

—¿Seguro? Pues entonces déjame tranquilo.

Y me di la vuelta, displicente, metiendo la cabeza debajo de la almohada. Pero ya sabéis cómo es Julián. Cuando se le mete una idea en la cabeza, no hay quien le convenza de lo contrario. Y lo pude comprobar al instante. Tiró de la manta y me sacó literalmente de la cama.

—Ni lo sueñes —me replicó—. Cuando te digo que es importante tengo mis buenas razones. Hay que salir zumbando para el Rastro. Te aseguro que no te lo vas a creer.

—Al menos, dime de qué se trata.

—Todo a su debido tiempo. Tienes que confiar en mí. Si te digo que es importante...

—...es que es importante. Está bien. Pero como sea una de tus bromas pesadas, te acordarás de mí.

Por el camino, Julián se tornó aún más misterioso. Sacó del bolsillo unas gafas-espejo y un bigote de pega.

—No irás a creer que yo me voy a poner esa carnavalada.

—Tenlo por seguro. Es totalmente preciso que cambies de imagen.

—¡Hombre, pero al menos que sea para mejorar! ¡Me niego a ir de macarra por la vida!

—Te digo que tienes que cambiar de imagen, o estropeamos la operación. Y además, encasquétate esa boina. No, así no. A estilo pueblerino.

Y luego añadió, viendo el efecto:

—Sí, será suficiente.

En esas, ya llegábamos al Rastro. Julián ordenó al taxista que nos esperase y, no sin calarme más fuertemente la boina y de comprobar una vez más mi rostro bigotudo, me llevó hasta un puesto próximo.

—Interésate por cualquier cosa —me advirtió—: cerámica, ropa vieja, muebles; lo que quieras. Verás un cuadro que te llamará la atención. No hará falta que te diga cuál es; lo adivinarás inmediatamente. Pero no le des importancia, aunque por supuesto que es la pieza por la que venimos.

Seguí las instrucciones de mi amigo. Ante el chamarilero que salió a atendernos fui apartando algo de cerámica, mientras miraba lo que tenía allí expuesto: un plato rústico de los de Alba de Tormes, una jarra granadina de bellos tonos azulados y alguna otra cosilla. De pronto, me quedé estupefacto: en un rincón, expuesto sobre una silla, me topé con un retrato de época, pero de tal parecido, que se diría que me estaba mirando en el espejo. Y, sin embargo, por la vestimenta, había que situarlo en el más puro Quinientos. Mal que bien reprimí mi asombro, y al hacer la cuenta con el dueño del establecimiento, incorporé el cuadro. ¿Cuánto era todo?

—108.000 pesetas —fue la respuesta.

—¿Cómo?

—Sí —me precisó—: 8.000 pesetas por la cerámica y 100.000 pesetas por el cuadro.

—¿Tanto vale?

—Bueno, yo no entiendo mucho de esas antiguallas, pero eso es lo que Usted quiere; la cerámica le importa un carajo. De eso sí que sé bastante, y hay piezas de primera que se le han pasado por alto.

¡Así que mi disfraz no había servido de nada! No discutí más con aquel hombre, no fuera a cargarme más la mano. Me quedé sin blanca, pero como suponía Julián, me llevé el cuadro de mi antepasado.

La entrada en casa, de regreso a Salamanca, fue triunfal. Me costó una miajilla que mi familia aceptara lo del lejano antepasado del Quinientos, pero al fin cedieron, y ahora el cuadro está presidiendo, de forma solemne, el salón familiar. Pequeñas cosas, sólo válidas para la historia familiar, si no ocurriera después lo que ocurrió.

De entrada, mi hija me preguntó, burlona:

—¿Y quién era ese tío, si se puede saber?

Yo le inventé un cuento: Tristán, un personaje de la Corte de Felipe II. Un personaje importante, a su manera, puesto que era un bufón.

—Vamos, un gracioso.

—Algo por el estilo, pero de los que se atrevían a decir las verdades a los Reyes.

Cuando, pasado algún tiempo, me visitó Julián en Salamanca, me comentó:

—Verdaderamente el parecido es asombroso, sobre todo cuando andabas por los cuarenta. Revisa en tu álbum familiar y me darás la razón.

—Es cierto. Ya lo comprobé.

—Habrás que pensar en algo más que en un simple parecido.

—Eso creo yo también. Cuando me quedo un rato observándolo me produce un efecto extrañísimo; como si algo de ese ser que murió hace tantos siglos fuera penetrando en mí.

—¿Has probado a contemplarlo pasada la medianoche, cuando toda la casa duerme? —me preguntó Julián, con tono de burla.

—¿Lo tomarás tú a broma, tú que me has metido en esto? Ese hombre tiene un secreto que contarme, y eso sólo puede ocurrir conforme a las mejores tradiciones: en

soledad y de madrugada. Y has de saber —lo podrás comprobar, porque está anotado en el reverso de la tela— que se trata de Tristán, el que fue bufón del príncipe don Carlos.

—¿Aquel que se rebeló contra Felipe II y que acabó muriendo en prisión?

—El mismo. Pues bien, una noche me quedé dormido en ese sillón debajo del cuadro, y no sé si a causa de las lecturas en que me había enfrascado, para conocer mejor quién había sido el tal Tristán, o por efecto del vinillo que había bebido en la cena (que era de los buenos de la Ribera del Duero, todo hay que decirlo), el caso es que tuve un sueño fuera de lo común.

—¿Qué me dices? Ya estás contando.

Así lo hice. Y de lo bien extraño y peregrino que era el sueño, tú, lector amigo, podrás juzgar.

Es cierto:

Tuve una visión entre sueños.

Y lo primero que vi fue un grupo de cinco danzarinas, todas vestidas de negro, girando vertiginosamente en torno mío. Y les oía que cantaban una especie de letanía, que repetían insistentemente. Nada entendí al principio, confuso como me hallaba con aquella visión, hasta que al fin comprendí su significado: representaban las voces de un coro que al unísono decían:

—«En esta tragedia vais a ver resucitado el coro de los dramas de la antigua Grecia».

Salta la primera bailarina.

Y al punto saltó la que hacía de primera bailarina, para advertir, con tono grave:

—«Os iremos mostrando los sucesos más destacados de la vida del desdichado príncipe don Carlos...».

... cuando la segunda toma el relevo...

En ese momento la segunda bailarina tomó el relevo y, dirigiéndose a mí, dijo lenta, muy lentamente, y con un acento compungido a más no poder, tan sólo estas breves palabras:

—«... su triste orfandad...».

Es la vez de la tercera.

Tras una breve pausa, que era como acrecentar aún más la pena por el desgraciado Príncipe, la tercera bailarina dio un salto, se puso en medio de la sala y pronunció la frase que resumía todo el drama:

—«Sus sentimientos hacia Isabel, su tierna y dulce madrastra, que le quería bien...».

Pide atención la cuarta.

A continuación la cuarta danzarina, llevándose el dedo a la boca, como pidiendo atención y secreto a la vez, destapó el conflicto:

—«El enfrentamiento del Príncipe con el Rey, su padre...».

La quinta danzarina pregona a los cuatro vientos...

En ese punto y hora, y casi arrebatándole el habla, entró en juego la quinta

bailarina, apartando tan bruscamente a su compañera que casi le hizo perder el equilibrio. Y muy lentamente, girando poco a poco sobre sí misma, fue pregonando a los cuatro vientos:

—«La desesperación del Príncipe, la pérdida de la razón, su sorprendente proceso y su crudelísima muerte en plena juventud...».

De nuevo, el coro:

Y todas juntas de nuevo, hechas una piña, exclamaron a coro:

—«Para que, como en el drama de Edipo, podáis decir que no se debe juzgar feliz a nadie antes de que llegue el término de su existencia».

Tal fue mi sueño...

Tal fue mi sueño y, desde entonces, ya no sé bien quién soy yo. Y recuerdo aquellos versos de Juan Ramón Jiménez:

*¿Soy yo quien anda, esta noche,
por mi cuarto, o el mendigo
que rondaba mi jardín,
al caer la tarde?*

Julián me advirtió:

—Ten cuidado. En estas cosas de embrujamiento, nunca se sabe. Uno acaba por perder la razón. Ya ninguna noche será igual. Todo puede cambiar para ti. Hasta puede que veas lo que nadie ha visto, y que la vida se te desdoble entre el ayer y el hoy. Y acabarás por no saber distinguir entre el sueño y la realidad, y entonces te encontrarás como perdido.

Pero no le hice caso. Al contrario, estaba impaciente por repetir mi experiencia y penetrar en el mundo del príncipe don Carlos, de la mano de Tristán, su bufón.

Julián me preguntó:

—¿Por qué se enfrentó don Carlos con su padre? ¿Es verdad que el viejo Rey estaba celoso de su hijo, porque se había metido en amores nada menos que con Isabel, la Reina?

—Vaya, lo que tú quieres saber es si el hijo había hecho cornudo al padre.

—Tal cual.

—Esas son preguntas por lo general de difícil respuesta, ya que las más de las veces sólo contamos con indicios, en uno u otro sentido. Las cartas o las confidencias delatoras son raras a esos niveles.

—Pues yo he leído un montón de acusaciones terribles, y todas en contra del Rey.

—Andas atrasado de noticias. Esas terribles acusaciones parten, en su mayoría, de enemigos del Rey, como es el caso de Guillermo de Orange, y hoy nadie les da ni el más mínimo crédito. Recuerda lo que afirma sobre eso el gran historiador francés Fernán Braudel: Que sus enemigos habían ennegrecido sin pudor a Felipe II.

—¿Entonces tú eres un filipista acérrimo?

—Vayamos por partes: sé muy bien que en no pocas de sus decisiones Felipe II distó mucho de ser el rey prudente con que le titularon sus cronistas; pero en la cuestión puntual de sus relaciones con su hijo, su culpa debemos matizarla.

—Oye, que andas con muchas vaguedades. Te lo advierto: quiero respuestas concretas.

—Pues empieza tú por hacer preguntas concretas, hombre impertinente, que yo trataré de responderte.

—Sin agraviar. Y ahí va la primera: ¿Fueron o no amantes don Carlos y la reina Isabel?

—No. Al menos, no tenemos prueba alguna que permita suponerlo, ni remotamente.

—Pero ambos habían estado prometidos, si no me equivoco, y por cierto, con armonía en la edad, puesto que don Carlos había nacido en 1545 e Isabel un año más tarde; mientras que el Rey llevaba a su esposa un montón de años: diecinueve, para

ser exactos.

—Eso no quiere decir nada. Era muy frecuente que los matrimonios de Estado, concertados entre los príncipes de aquella época, acabasen desbaratados, porque los cambios políticos obligaban a otras variantes. En 1522 la diplomacia Carolina plantea la boda del Emperador con la princesa inglesa María Tudor, la cual sin embargo acabaría desposando con Felipe II, como es bien conocido.

—¡Ah! Te cogí. Me pones un ejemplo que no me vale. Aún más: que viene a confirmar mi tesis.

—¿Y por qué?

—Porque entonces fue el padre el que cedió el puesto al hijo, mientras que en el caso que nos interesa es el hijo el que se ve desplazado por el padre, y hay que suponer que sin contar con su opinión.

—Sí, reconozco que en eso tienes razón; pero ello no nos permite concluir que Felipe II vino a romper las relaciones de dos enamorados. Recuerda que cuando se fija definitivamente la boda, en el año 1559, Isabel todavía no había estado en España y, en consecuencia, don Carlos ni siquiera la conocía.

—Está bien, pero ¿qué te permite suponer que después no hubo relaciones amorosas entre ellos?

—Por las cartas que escribe Isabel de Valois a su madre, Catalina, la reina regente de Francia, en las que se refleja su amor precisamente a Felipe II.

—¿Recuerdas alguna frase en particular?

—Sí, la que destaca González de Amezúa en su espléndido estudio sobre la Reina. En una de sus cartas desde España, Isabel —aludiendo a su matrimonio— le hace esta confidencia a su madre: «Je suis la plus heureuse femme du monde».

—Bien, parece convincente. Pero ¿y don Carlos? Porque él bien pudo enamorarse de su joven madrastra, que al parecer —y estoy pensando en el cuadro que le hizo Sánchez Coello— era un encanto.

—En eso coincido contigo: cuando la Reina llega a España, en 1560, era casi una niña (tenía entonces 14 años). Era como una figurita de porcelana, y tenía todo el encanto propio de París. Una maravilla.

Y enamoró a todos, y no sólo al Rey. Y entre ellos, a don Carlos. ¿Quieres también una prueba?

—Pues claro.

—Algunos años después don Carlos compondría una lista de las personas a las que distinguía por su aborrecimiento o por su amistad: una lista a dos columnas, la primera de sus enemigos y la segunda de sus amigos. Pues bien, la primera estaba encabezada por el Rey, su padre, y la segunda por la Reina, su madrastra.

—¿Me estás diciendo que para él su mayor enemigo era el Rey y su mayor afecto la Reina?

—En efecto, tal los veía el Príncipe.

—Entonces, si nos ceñimos ahora a la relación de los amigos, podríamos pensar

que tenía a la Reina por su dulce amiga, por la preferida de su corazón.

—Sí, a mi entender, estaríamos ante una prueba del amor del Príncipe; pero, atención, no de que ese amor fuera correspondido.

—Ya, ya. Bien veo que tratas de defender a tu Rey.

—En absoluto. Lo que quiero es defender la verdad. Ya sabes la frase de los antiguos: «mucho amo a Platón...». Y podrás comprobar tú mismo, si seguimos con este tema, que tendremos bastantes ocasiones para ponerlo en solfa.

—Tal supongo. Pero volvamos a nuestros personajes. Me indicaste que Isabel de Valois llegó a España en 1560. ¿Podrías describirme su entrada en la Corte, con su primer encuentro con el Rey y con don Carlos?

—Te propongo algo mejor.

—A saber.

—Que sea el propio Tristán el que nos evoque la escena. No olvides que, como bufón de la Corte, era un espectador de primera fila.

—¿No me estarás planteando uno de tus famosos sueños?

—Espera y verás.

Por lo pronto, yo no era yo. Yo era aquel Tristán, el bufón de la Corte. Y me veía a mí mismo en los jardines del alcázar, acompañando al cortejo de la Reina. Era una calurosa mañana de junio, y el sol pegaba de firme. La Reina Isabel —la que el pueblo madrileño llamaba Isabel de la Paz, por la concertada con Francia— se hallaba en los jardines, rodeada de sus damas de Corte. Le oí lamentarse, con su gracioso acento de gabacha:

—¡Cuán fastidiosa y lenta se me antoja la jornada! ¿Es que todos duermen en palacio? ¿Qué hace ahora el Rey, mi señor?

—Señora —le contestó doña Guiomar, siempre pronta a las respuestas, como primera dama—, atendiendo a los negocios de Estado, podéis tenerlo por seguro. Advertid que esta misma mañana llegaron cartas de la Inglaterra. Dicen que se negocia a toda furia la boda de nuestro Príncipe, don Carlos, con la reina María Estuardo, de Escocia.

—¿Y el Príncipe está contento?

—Señora, el Príncipe es joven, y a los jóvenes siempre gusta cambiar de estado.

Era otra vez doña Guiomar la que respondía, mientras las demás damas guardaban silencio.

—Aún recuerdo la primera vez que le vi, cuando llegué a la Corte —rememoró la Reina—. Parecía como si una fiebre extraña lo dominase. Mas, decidme: ¿no es a estas horas cuando acude a visitarnos?

—Así es. Y a buen seguro que no tardará, aunque dejando sus estudios, y con poco contentamiento de su padre, nuestro rey Felipe, que Dios guarde. Por lo demás, ahí lo tenéis.

En efecto, en aquel momento (como suele decirse, en nombrando al rey de Roma...) asomó bajando las escalinatas del jardín el Príncipe, muy galano, con su gorra carmesí, adornada con una hermosa pluma blanca. La Reina lo recibió con alborozo.

—¡Ah! ¿Sois vos? Sea en buena hora, Príncipe. ¿Recordáis nuestra llegada a Toledo, cuando allí nos recibisteis con vuestra tía, mi señora doña Juana?

—¡Ya lo creo! —respondió el Príncipe—. Cuando llegasteis al alcázar llevábamos un buen rato esperándoos a pie firme. Y estábamos hartos cansados. Pero con vuestra presencia todo cambió. Yo me adelanté unos pasos y os ofrecí la mano.

Aquel recuerdo provocó el risueño palmoteo de la Reina:

—¡Sí, así fue, es cierto! Y alguien os dijo que eso era ir contra el protocolo de palacio.

—¡Como siempre! El cardenal Espinosa. Pero yo no le hice maldito el caso. ¡Nunca deja de gruñir!

En ese momento, la Reina se levantó y le presentó la mano al Príncipe:

—¿Fue así?

Don Carlos la recogió temblando en la suya. Y como si fuera un juego cortesano, ambos se hicieron sendas reverencias muy bajas, con gran ceremonia. En aquel instante la guardia anunció la llegada del Rey, haciendo sonar sus armas:

—¡Su Majestad, el Rey!

Todos nos quedamos petrificados. Yo ni me atrevía a moverme de mi rincón. El Rey hizo al momento su entrada en los jardines, con su acostumbrado andar, tan pausado. Sus ojos iban de un lado a otro, abarcándolo todo. Su rostro era grave, ceñudo, incluso con el mirar inquisitivo. Todo el cortejo de la Reina, incluida la propia soberana, se inclinaron respetuosamente. El Rey hizo un leve movimiento con la diestra:

—Está bien. Seguid.

Y dirigiéndose a la dulce niña, mi señora la Reina:

—¿En qué os entreteníais, señora?

A lo que la Reina, con su habitual gracejo, le respondió:

—Señor, trataba de recordar mi entrada en Toledo, hace ya dos años, cuando llegué a vuestros reinos.

—¿Y eso os divierte?

Había un ligero tono de fastidio en la voz del Soberano, acaso con algo de cólera oculta, que a otros hubiera hecho enmudecer. Pero mi señora supo contestarle con desenvoltura, devolviéndole el reproche:

—¿Acaso no fue entonces cuando os conocí, mi señor?

Había un aire de altivez en las palabras de la Reina que a todos nos dejaron maravillados. Nos miramos con asombro, y hasta asustados, temiendo que estallara la cólera del Rey. Yo decía para mis adentros: «¡Bravo, buena moza!». Pero estaba temiendo lo peor, no sé, un arrebato del Rey. Por el contrario, se le oyó decir, sonriendo:

—Tenéis razón. Perdonad mi brusquedad. Continúa, pues, os lo ruego. Sólo que vuestro galán no os pertenece.

Y volviéndose a don Carlos, con tono severo:

—Hijo, no sabía que vuestras lecciones acabaran tan de mañana. ¿No es con el Ángelus cuando comienza vuestro recreo?

El Príncipe bajó la cabeza, avergonzado por verse reprendido de ese modo delante de la Reina.

—Señor... —se le oyó disculparse. Y el Rey, encendiendo cada vez más su cólera:

—¡Vamos, hablad! ¡Decid lo que sepáis en vuestra defensa! ¿O hemos de llamar a vuestro preceptor?

Ante aquella descarga, el Príncipe estalló, rebelde:

—¡Siempre he de ser tratado como un niño! ¡Era lo que faltaba para que el Rey mostrara su cólera! Hizo una señal imperiosa, y al punto todas las damas de la Corte se fueron. Yo, pobre bufón, me quedé en mi sitio, medio escondido.

Afortunadamente, de mí nadie hacía caso; era la ventaja de quien pasaba por ser un pobre loco.

El rey Felipe, ya solo ante la Reina y el Príncipe, su hijo, se volvió a don Carlos y con tono severo, alzando su dedo, le dijo:

—¿Es que tengo que recordaros que nacisteis para gobernar, que no para holgar? ¡Apartaos de mi vista! Tomaremos medidas para que esto no vuelva a suceder, os lo aseguro.

El Príncipe comprendió que había ido demasiado lejos. Aunque algunos sostienen que posee un carácter infantil, en aquel instante se tornó prudente, y con tono humilde, como un buen hijo debe portarse ante la cólera del padre, contestó:

—Como gustéis, gran señor.

Cuando el Príncipe se hubo retirado, mi señora la Reina, con aquel natural suyo tan bondadoso, trató de apaciguar al Soberano.

—Majestad, yo os ruego... Fui yo quien pedí al Príncipe, vuestro hijo, que me ayudara a recordar mi llegada a vuestro palacio. ¡Era tan feliz esta mañana!

Al primer momento, el Rey guardó silencio. Se limitó a mirar, entre severo y asombrado, a la Reina. Finalmente, como necesitando hacer una confidencia, le abrió su pecho; que también las testas coronadas precisan confiar sus cuitas a los seres que aman.

—Sosegaos, señora —le dijo con un gesto tranquilizador—. Mas no he de ocultaros —añadió bajando la voz; tal parecía que hablara para sí solo— que ese muchacho me alarma. Me temo que no sacaré gran partido de su conducta. No sé: lo encuentro indiferente a mis avisos. Y a veces más que eso: casi hostil. ¡Y ha de ser el heredero de mis reinos! Si me ve preocupado, parece festivo, y cuando mi ánimo se alegra, el suyo se ensombrece. Parecemos como dos instrumentos discordantes. ¿Y ha de ser siempre así? Vos, que lo habéis acogido bajo vuestra protección (y hacéis bien, no os lo reprocho), ¿le entendéis acaso mejor?

La Reina juntó sus manos:

—Es vuestro hijo, mi señor, y le quiero bien. Si queréis, siento compasión por él.

—¿Compasión? ¿Acaso no ha nacido para ser rey?

Otra vez el rey Felipe parecía hablar para sí mismo, como si reflexionara en voz alta. La Reina le insinuó, con aquel tono suyo tan dulce, que le daba tanto encanto:

—Su Majestad Carlos V, vuestro buen padre, de felice memoria, también había nacido para rey, y aun para más que rey. Y, sin embargo, vos mismo me habéis contado que un día quiso dejar, y os dejó corona y trono.

La réplica del Rey sonó como un latigazo:

—¡Ah, no, amiga mía! El Emperador, mi padre y señor, gastó su vida en defensa de la fe. Vencido por sus achaques, cogidos en tantos campos de batalla, antes que por sus años, dejó la corona de las Españas en nuestras manos, bien a nuestro pesar, podéis creerme. Y aún así, pudimos contar con su consejo, tan valioso como de hombre tan sabio, tan justo y tan prudente, hasta el mismo día de su muerte. ¡Ojalá

lograra yo que este alocado hijo mío se le asemejase, aunque fuese en su dedo meñique!

¡Qué confidencias, madre mía! Yo no me atrevía ni a respirar en mi rincón, no fueran a notar mi presencia. Y juro por mis muertos que llegué a sentir tanta lástima del rey Felipe como del Príncipe, su hijo.

La Reina le contestó, vacilando:

—Ciertamente, mi señor, el Príncipe padece de otro mal, pero acaso mis palabras

—Hablad, os lo ruego.

—Pues bien, pienso que el Príncipe ha crecido demasiado solo.

—¿Cómo? ¿Es que no hemos procurado rodearle de sus tías, mis hermanas doña María y doña Juana, a la muerte de su madre? ¡Si hasta se fue con el niño mi vieja aya, doña Leonor de Mascarenhas!

—Sí, pero cuando vuestras hermanas se casaron el Príncipe perdió ese apoyo: la madre muerta, el abuelo en Alemania, y vos mismo en la Corte, mientras el niño se criaba en Aranda o en Toro.

—Aun así. Quien ha nacido para rey ha de aprender muy pronto que la soledad es su destino. Yo mismo no conocí otra cosa desde que murió mi madre y señora, la Emperatriz, que Dios tenga en su gloria. Y hasta que llegasteis vos a la Corte, no tuve otra cosa.

Aquella inesperada confesión enterneció a la Reina.

—Gracias, mi señor —le oí que musitaba. El Rey hizo un gesto con la mano, como queriendo decir que se trataba de algo obvio: su tierno amor por la Reina, su mujer. Y eso era lo que me desconcertaba: el ver cuán pronto pasaba de la severidad a la dulzura. Y así, volviendo otra vez al tema de la educación de su hijo, como veleta que apunta siempre según el viento de sus preocupaciones, añadió:

—Hay que endurecer el carácter del Príncipe. Acaso sea lo mejor apartarlo de la Corte. Sí, sé que eso os apena, señora, pero he de hacer de él un futuro rey, aunque nos cueste a todos. Y ahora debéis dejarme, pues quiero madurar a solas mi decisión.

Ante tal ruego, que como de rey era en verdad más una orden, mi señora la Reina, haciendo una reverencia, abandonó el jardín. El Rey se quedó absorto, como ensimismado. Y a poco le oí quejarse en voz alta:

—¡Cuán difícil es el oficio de rey!

Y dando un fuerte gemido, añadió lo que nunca creí que podría oírle, y os juro que se me oprimió el corazón:

—A veces... A veces quisiera hablar al Príncipe no más que como cualquier padre trataría de hacerlo con su hijo, y mis palabras surgen duras como piedras. Y cada día que pasa es peor que el anterior. ¡Oh, sombra de mi padre, el Emperador, que Dios tenga! Inspiradme, os lo suplico. ¿Qué debo hacer con mi hijo?

—Por lo que me dice Raquel —era Julián el que hablaba, pues había acudido a Salamanca, al saber la noticia de la enfermedad de su amigo—, te has pasado noches enteras en vela, bajo tu maldito cuadro. Así te has quedado, que pareces un despojo.

—¿Sabes que eres único para animar a la gente?

—¡Si te lo dije! Te advertí que estas cosas no son para tomarlas a guasa. Tienes que cortar por lo sano, o tendremos que ingresarte en un manicomio.

—¿Y qué sugieres tú?

—Lo mejor, para empezar, es que te deshagas del cuadro de tu antepasado, que te tiene como embrujado.

—Eso ya no hace falta —intervino Raquel, que entraba en aquel momento—. Por fortuna, nos lo han robado.

—¿Es cierto eso?

Me encogí de hombros.

—Un robo curiosísimo. Fíjate que los ladrones fueron tan considerados que se contentaron con el cuadro. Hemos hecho balance, y no echamos en falta ninguna otra cosa. ¿No es todo un poco raro? ¿Hay quien se lo crea?

—Tú pareces medio lelo. ¿Y qué quieres que se llevaran? ¿Tus libros, anotados y manoseados, que no hay quien los lea? ¿O estas sillas, que serán muy de estilo Luis XV, pero que se caen de puro viejas?

Y en cuanto a dinero en la casa, ya me dirás. El lindo que se atreva, que me ayude a buscarlo, a ver si tengo un poco de suerte, porque yo no soy capaz de encontrarlo a pleno día y sin prisas; mira tú los ladrones, por muy listos que sean, buscando a tontas y a locas.

—Yo me entiendo. Por lo pronto, tus alhajas, que no son ninguna tontería, se libraron de la quema.

—Está bien —medió Julián, conciliador—. Dejaos de discutir y contadme cómo ocurrió.

—Pues hay poco que contar —contestó Raquel—. Ese día estaba yo sola en casa, en el cuarto de estar, leyendo a mis anchas una novela de Carmen Martín Gaité que es una delicia (ya sabéis, la última que sacó, la que tiene ese extraño título de Nubosidad variable) y, quizá porque estuviera enfrascada en su lectura, el caso es que no oí nada de nada. Los ladrones —pues debían ser al menos dos, para cargar con el cuadro— se ve que iban a tiro hecho, y en un periquete hicieron la faena.

—Pero entonces se trata forzosamente de alguien que conocía la existencia del cuadro y de su valor; alguien que pudo entrar con facilidad en vuestra casa. ¿No sospecháis de nadie?

—Pues no, la verdad.

—Di que sí —añadí yo, enrabiado—. En esta rifa todas las papeletas las tiene un familiar, y de los de mando en plaza.

—¡Ya estás otra vez con tu manía!

—Nada de eso, que cada vez lo veo todo más claro.

—No empecéis otra vez con vuestras discusiones —medió de nuevo Julián—, y aclaradme una cosa. ¿En verdad valía tanto? ¿Os lo examinó algún entendido?

—Sí, trajimos un perito que nos confirmó lo que ya suponíamos: que era una pieza auténtica del Quinientos, probablemente del taller de Sánchez Coello, el pintor de cámara de Felipe II. Con lo cual, ya te puede imaginar: una fortuna.

—Supongo que habréis dado cuenta a la policía.

—¿Para qué, si Raquel se puso contentísima cuando «vio» que el cuadro había desaparecido?

—¿Estáis locos?

—De remate, pero eso mejor es no meneallo, amigo Sancho.

En ese momento Raquel, dándose por ofendida, se levantó muy digna, y nos dejó a solas.

—Has estado muy mal —me reconvino Julián—, porque aunque ella lo planeara todo, lo que es probable, también es seguro que lo hizo por tu bien. Porque te aseguro que la última vez que te vi no daba un duro por ti. Dime: ¿qué era lo que tanto te angustiaba, para consumirte de ese modo?

—¡Qué sé yo! Cada vez que notaba que me iba metiendo en ese mundo del pasado, era como si alguien me echara encima una carga de años. Y aún era peor saber lo que iba a ocurrir, sin poder hacer nada por evitarlo.

—¿A qué te refieres, exactamente?

—¿A qué va a ser, sino al drama del príncipe don Carlos? ¿No te das cuenta de que Tristán asistió a todo, como un testigo de excepción, del que nadie hacía caso, como bufón que era de la Corte?

—Y tú veías caminar a don Carlos hacia la prisión y hacia la muerte, en plena juventud, sin poder evitarlo.

—Pues esa es la cosa. Y más aún, si tienes en cuenta todas las desgracias que se fueron acumulando sobre el Príncipe: su triste orfandad y la terrible caída que tuvo en Alcalá cuando era estudiante; una caída que le dejó descalabrado. Asistir a los preámbulos de esas cosas, saber que van a ocurrir y no poder hacer nada por salvarlas es lo que produce un sufrimiento increíble.

—Te has referido a la orfandad del Príncipe —me dijo Julián—, pero quisiera que me puntualizaras más. Supongo que sobre todo eso te habrás documentado.

—Ya te lo puedes imaginar. Me hice con los mejores libros, algunos escritos hace más de un siglo, pero que todavía siguen siendo válidos, como el de Gachard, un historiador belga que en 1863 publicó un estudio sobre el tema central de don Carlos y sus relaciones con el Rey, su padre. Pero fíjate bien, para muchos aspectos resulta más útil aún la crónica de Cabrera de Córdoba.

—¿Un cronista? ¿Pero esos no estaban a sueldo del Rey?

—Es cierto, pero en este caso escribiría tales verdades que su crónica no

aparecería hasta bien entrado el siglo XIX. Y si la leyeras, comprenderías la razón.

—Bueno, supongo que porque soltaría alguna que otra frase irreverente.

—Y algo más. Te citaré una que no he podido olvidar. En una ocasión, refiriéndose al carácter del Rey, con el que nadie podía atar cabos, comenta: «su risa y su cuchillo eran confines».

—¡Diablos! Pues no es poco. Y ahora, puesto que te has referido a la orfandad del Príncipe, dame algún dato concreto, porque es un tema que no me sé bien.

—Pues atiende: en primer lugar, para que comprendas lo que sucedió, debes tener en cuenta la corta edad de sus padres, cuando se casaron en Salamanca. Corría entonces el año 1543, y tanto Felipe II como María Manuela, su mujer, tenían tan sólo 16 años, puesto que ambos habían nacido en 1527. Por tanto, iniciándose en la vida matrimonial en plena adolescencia, lo cual podía ser grave para la salud del Príncipe (tú sabes bien lo peligroso que puede resultar la vida amorosa a esa edad; Carlos V se lo recordaría precisamente a su hijo, en las instrucciones que le dejó ese mismo año, poniéndole el ejemplo de lo que le había ocurrido al príncipe don Juan, a quien el abuso de la vida matrimonial le había llevado al sepulcro), pero resultaría mortal para la princesa María Manuela, cuya constitución, todavía sin formar plenamente, no le permitiría superar la prueba del parto. De forma que daría a luz a don Carlos el 8 de julio de 1545, y sólo cuatro días después fallecería.

—¿Y cómo el Emperador consintió aquella barbaridad? Máxime que, según creo, existía un estrecho parentesco entre los Príncipes.

—Sí, el parentesco no podía ser más grande, rozando el incesto, pues Felipe y María Manuela eran primos carnales en doble grado, tanto por parte del padre como de la madre.

—Explícame eso.

—Muy sencillo, porque Carlos V era hermano de Catalina, que a su vez era la madre de María Manuela, de forma que ahí tienes ya ese parentesco de primos carnales; pero es que además Isabel, la Emperatriz —la madre de Felipe—, era hermana de Juan III de Portugal, el padre de María Manuela; de forma que también por esa línea resultaban primos hermanos. Ahora bien, si tenemos en cuenta que en la generación anterior, la de los abuelos, aparece doña Juana la Loca —abuela tanto de Felipe II como de María Manuela—, nuestro asombro crece.

—Quieres decir que alguien debiera advertir del peligro que se cernía ante enlaces tan estrechos; máxime cuando la Iglesia, según creo, los prohíbe de entrada, siendo preciso un permiso especial de Roma para que puedan efectuarse.

—Pues esa es la cuestión.

—De forma que la pregunta otra vez es obligada: cómo consintió Carlos V aquel gran disparate?

—La cosa es más grave todavía, porque no es que lo consintiera, es que lo planeó. Lo cual tiene más difícil justificación. Es cierto que existía una añeja tradición de enlaces entre las dos casas reinantes de España y Portugal, incluso desde antes de los

Reyes Católicos, muy intensificada después por estos dos monarcas. Y también que los matrimonios regios se fijaban frecuentemente a edades muy tempranas, por el afán de lograr pronta sucesión masculina, que garantizase la estabilidad de la Monarquía; pero eso no justifica enlaces casi incestuosos. ¿Qué fue lo que cegó a Carlos V? Para mí, la crisis política por la que atravesaba en 1543, cuando otra vez se le enciende la guerra con Francisco I de Francia, lo que le obliga a un esfuerzo económico supremo. Está gravemente endeudado, por una parte. Y por la otra, ha de abandonar España, y precisa de un alter ego de alguien que le releve en el gobierno de los reinos hispanos (siempre el temor a que se reproduzcan alteraciones como las de las Comunidades de Castilla, o como las Germanías de Valencia y Mallorca). Eso es lo que le lleva a montar la boda de su hijo Felipe, aunque fuera tan joven (él podía recordar que a los 16 años había heredado nada menos que las dos coronas de Castilla y Aragón), con la princesa más rica de la Cristiandad, como lo era María Manuela de Portugal; la cual, en efecto, llevaría una sustanciosa dote: 550.000 cruzeiros de oro, acuñados en buena ley por Juan III de Portugal, el padre de la novia.

—Bien, ya tengo idea de lo que movió a Carlos V a tamaño disparate. Veamos los resultados.

—Pronto se notaron. A principios del otoño de la joven princesa quedó embarazada, embarazo que llevaría con sobresaltos. El 8 de julio de pariría un hijo varón: el príncipe don Carlos. Cuatro días después, la delicada naturaleza de María Manuela no soportaría la prueba, y aquella criatura recién nacida quedaría ya sin madre. A partir de ese momento el Príncipe estaría bajo los cuidados de doña Leonor de Mascarenhas.

—¿Cómo? ¿De una portuguesa?

—En efecto. Ten en cuenta que doña Leonor ya había sido el aya de Felipe II. Se trataba de una de la damas que habían acompañado a la emperatriz Isabel a Castilla, cuando sus esponsales con el emperador Carlos V. En ese sentido, se puede decir que el niño quedó en buenas manos, pero él se quejaba de las ausencias familiares. Pues aunque al principio vivieron con él, en aquellos retiros cortesanos dispuestos por su padre en Aranda y en Toro, sus tías doña María y doña Juana —las dos hermanas de Felipe II— pronto tuvieron que marcharse: doña María, al desposarse en 1548 con Maximiliano de Austria; doña Juana, al hacerlo en 1552 con el príncipe Juan Manuel de Portugal; por cierto otra boda entre primos carnales en doble grado, en la misma línea de la que antes hemos comentado, puesto que Juan Manuel era hermano de María Manuela, y Juana de Felipe.

—¿Y en cuanto a los años de estos Príncipes?

—En edades muy parecidas: doña Juana tenía entonces 17 años, y el novio tan sólo 15.

—Pues me imagino que los resultados serían igualmente penosos.

—Así fue. Con la diferencia de que en este caso quien no superó la prueba amorosa fue el príncipe Juan Manuel, falleciendo a los dos años, no sin dejar

embarazada a doña Juana, quien pariría en 1554 al príncipe don Sebastián.

—Vamos, otra réplica desdichada de lo que había ocurrido con don Carlos.

—Al menos, con rasgos muy similares.

—¿Y volviendo a la orfandad de don Carlos?

—Tienes razón: nos habíamos olvidado de ese tema, que debiera ser nuestro verdadero objetivo. Observa que en 1552, cuando el Príncipe todavía es un niño, de 7 años, ya no tiene a su alrededor familiar alguno. Cuando le dicen que su tía doña Juana ha de irse a Portugal, abandonándolo, tanto tía como sobrino no paran de llorar durante tres días. No había consuelo para ellos, pero la tristeza era mayor, ciertamente, para el que se quedaba saboreando la amarga fruta de la soledad.

—Vaya. El discurso te ha salido redondo. Pero dime, con sinceridad, si son meras conjeturas tuyas o te basas en alguna prueba cierta.

—Tenemos una, verdaderamente reveladora. Con la princesa doña Juana había de partir también don Luis Sarmiento, al que Carlos V había designado nuevo embajador en Portugal. Ahora bien, don Luis era uno de los pocos cortesanos que acompañaban al Príncipe en su retiro de Toro. Y por él conocemos lo que supuso aquella despedida para don Carlos. En carta dirigida a sus soberanos, don Luis relata que el Príncipe se arrojó en sus brazos llorando, al tiempo que exclamaba: «¿Cómo puede el pequeño quedar solo aquí, sin padre ni madre, con el abuelo en Germania y el padre en Monzón?».

Y observa esa forma de referirse a sí mismo en tercera persona, que en criatura tan pequeña parece que aumenta la sensación de la angustia que estaba padeciendo.

—Vamos, que las desdichas del príncipe don Carlos empezaron muy pronto.

—No te quepa la menor duda.

—Algo quisiera plantearte todavía.

—Tú dirás.

—Cuando vives esa experiencia, quiero decir, cuando, según tú, notas que vas metiéndote en el pasado, ¿qué piensas después, que lo has vivido en realidad o que lo has soñado?

—¿Pero es que crees que hay mucha diferencia entre la vida real y los sueños?

Y ahí quedó la cuestión.

La invitación decía:

«El Ministro de Cultura y en su nombre el Director del Museo del Prado, se complacen en invitarle a la sesión solemne del Real Patronato del Museo del Prado...»

Y añadía la coletilla:

«... en presencia de SS. MM. los Reyes de España».

Había llegado por correo urgente, unos días antes del fijado para el acto. Eso me hizo cavilar. Yo no conocía ni al Ministro de Cultura, ni al Director del Museo del Prado, ni mucho menos, claro, a los Reyes. Por otra parte, nunca había tenido otra relación con el Museo del Prado que la de cualquier persona culta que, de vez en cuando, gusta de asomarse a las maravillas que atesora. Entonces, ¿quién me invitaba? ¿Y por qué? ¿Tendría que asistir?

—Ni se te ocurra —me desaconsejó mi mujer— ¿Qué pintas tú ahí? Si no vas, nadie te va a echar en falta. Y si vas, nadie se va a fijar en ti. Serás un desconocido. Eso es para los figurones que viven en Madrid, que no tienen más que darse un paseo hasta el Museo, si es que no van en coche oficial. Pero tú, un profesor provinciano, ¿vas a pegarte un madrugón y aguantar el viaje en tren o en autobús para nada? Bien tonto serás.

Me decía todo eso porque sabía que estaba acariciando la idea de presentarme a la cita. Lo cierto es que había puesto la invitación en medio de mi mesa de trabajo, abierta de par en par, para que todo el mundo pudiera verla, cuando no como un recordatorio constante. Pero de momento sólo me atreví a responder:

—Mujer, aún no he decidido que vaya a ir. Pero fíjate que han tenido la gentileza de invitarme, y si no voy, parecerá como un desaire.

—Sí, y además van los Reyes, y eso es lo que a ti te chifla. Y eso que conmigo siempre alardeaste de furibundo republicano.

Y yo cabezón:

—Eso no hace. Se trata de una sesión solemne, como ponen en la invitación, y si no voy, parecería feo...

—¡Bah, bah! Eso son majaderías. Te pasará como cuando te empeñaste en mandarle tu último libro dedicado a la Reina, con una carta que sudaste tres días para escribirla ¿Y qué sacaste? Que te contestara un plumífero y que la Reina ni se enterase.

Y yo, cada vez más furioso:

—¡Qué sabrás tú! De entrada, eso de plumífero nada de nada, que me contestó una alta personalidad. Además, ¿qué tiene que ver eso con lo de ahora? Aún está por ver si acudo a esa sesión. Así que dejemos el tema.

Porque me había dolido la referencia de mi mujer a la maldita carta.

Había sido una carta sencilla, aunque sí era cierto que había sudado lo mío para

escribirla, y no digamos nada para decidirme a mandarla. Decía, más o menos, así:

«Señora: Es costumbre inmemorial de los pueblos ofrendar los mejores frutos de su trabajo a los Reyes, en particular cuando bien los aman. Por ello me he permitido enviar a V.M. un ejemplar de mi libro *La sociedad española en el Siglo de Oro...*

Y terminaba:

«Lo hago, gran señora, con admiración y respeto».

«Bueno, no me ha quedado mal del todo» —me dije para mí—. «Además, no mando cualquier cosa. A fin de cuentas, se trata de un libro galardonado con el máximo Premio: el Nacional de Historia de España». Por eso, cuando recibí una escueta respuesta de las oficinas de la Casa Real, acusando recibo de mi libro, sin más comentarios, comprendí mi estupidez. ¡Cartas como la mía tenía que recibirlas la Reina a centenares todos los días! ¿Qué esperaba entonces? Pero la alusión de mi mujer a aquella tonta vanidad mía me desazonó. Así que, de momento, archivé el asunto del Museo.

Ahora bien, la invitación seguía encima de mi mesa. Era como una tentación, siempre viva. Y bien sabido es cuán difícil resulta el resistirse a las tentaciones, sobre todo cuando aprieta el calor y afloja la voluntad. Y el día señalado era ya de los de comienzos del verano. Así que esa jornada me levanté a las seis de la mañana para coger el autobús que había de llevarme, puntual, a mi cita cortesana.

Y tanto, que fui de los primeros en llegar al Museo. Y entonces surgió la sorpresa: los organizadores habían aplazado el acto para la tarde, por misteriosas exigencias del protocolo; de forma que hube de soportar una larga espera.

Tras comer en Casa Manolo, cercana a las Cortes, regresé a los jardines del Museo y me senté en uno de sus bancos, bajo la protección de la estatua de Velázquez. En aquellas primeras horas de la tarde apenas si había gente: un par de vejetes, buscando el fresco de aquel follaje, algunas madres con sus pequeños y algún turista que otro. Uno de ellos me dio que sospechar. Era un joven fornido, moreno de tez, de nariz aguileña y aspecto decidido, con mochila al hombro e indumentaria más propia de quien piensa pasar un día de campo que viendo museos. Hacía tanto alarde de sus folletos turísticos, que enarbolaba en su mano derecha como quien trata de hacer alguna señal, que me hizo cavilar. ¿Se trataría de un terrorista, pronto a la acción, cuando asomaran los Reyes? ¡A saber si en aquella voluminosa mochila no portaba alguna bomba terrorífica! ¿Y qué debía hacer yo? ¿Fijarme en todos sus rasgos, para dar una descripción lo más exacta posible, si saltaba el horror? Pero ¿no sería mejor tratar de prevenir, advirtiendo de mis sospechas al cuerpo de vigilantes que rodeaban aquella zona del Museo? Algo, felizmente, me vino a sacar de dudas: el sospechoso se guardó de pronto sus folletos de turismo en el bolsillo, dio media vuelta y desapareció de mi vista.

Para entonces, ya iban llegando los primeros invitados al acto cultural. La sesión era en la sala Villanueva del Museo, que tenía el aire de un teatro en miniatura, con su escenario, sus palcos laterales y su pequeño patio de butacas. Los chicos de la prensa se habían instalado ya en los palcos, como mejor lugar para su actividad profesional, acechando el momento en que se anunciara la llegada de los Reyes. Los miembros del Patronato ocupaban las primeras filas de butacas. Los invitados iban entrando poco a poco. Yo apenas si reconocía algún que otro personaje importante. En cambio, mi vecino conocía a la inmensa mayoría, y alardeaba de ello con sus amigos: «Ese es fulanito. ¡Qué desmejorado está! ¡Cómo se ve que le afectó lo de su mujer! Ahora la que entra es la viuda del famoso... Por esa, en cambio, no pasan los años. Luego tendré que saludarla».

Y así sucesivamente.

Para mí, entre todos los asistentes se llevaba la palma una esbelta mujer de hermosos ojos negros, una morenaza de muy buen ver que se movía con gran soltura de un lado para otro y que me resultaba vagamente familiar. En esas, la portavoz del servicio de protocolo anunció la entrada de los Reyes y comenzó la sesión. El Soberano fue dando la palabra a los sucesivos oradores, que pusieron todo su esfuerzo en convencernos de algo que era la misma evidencia: la importancia excepcional de los fondos del Museo del Prado. Pero fueron razonables, porque también acertaron en ser breves. A la hora, todo había terminado. Ya me disponía a salir por donde había entrado, dándome a todos los diablos por el pobre resultado de mi viaje madrileño, cuando la hermosa morena, que tanto me había llamado la atención, me hizo una seña. No creyendo que fuera para mí, miré a mi alrededor, pero

ya mis compañeros de fila habían salido. Indeciso, la miré no sin sorpresa. Entonces se me acercó:

—Espere aquí, Profesor. Queda aún por ver, en visita restringida, una muestra de Sánchez Coello, con sus cuadros de la corte de Felipe II. Seguro que le ha de interesar. ¡Como ve, no me olvido de sus clases de Historia!

¡Era verdad! De pronto me acordé de mi antigua alumna. Por algo su aspecto me resultaba familiar. Se había hecho más mujer, pero mantenía su arrogante figura. A poco, los que aún permanecíamos en la sala, fuimos pasando a un vestíbulo, que daba acceso a la muestra de Sánchez Coello. Confieso que la cosa empezaba a interesarme, y que un nerviosismo se iba apoderando de mí, como si intuyera que algo extraordinario estaba a punto de ocurrirme.

La mayoría de los invitados rodeaban a los Monarcas. Yo, por discreción, me quedé rezagado. Eso estuvo a punto de aguarme la fiesta, porque el servicio de vigilancia decidió que el número de los asistentes a la segunda etapa ya estaba cubierto, e inició el cierre de las verjas de acceso a la muestra de Sánchez Coello, tras el paso de los Reyes y su cortejo.

—¡Ninguno más!

Y eso cuando tenía delante de mí a varios invitados que forcejeaban por franquear la barrera. Convencido de la inutilidad de mis esfuerzos, inicié la retirada. Pero de nuevo mi antigua alumna intervino con autoridad. Se abrió paso, me cogió de la mano y apartó a los guardaespaldas con decisión.

—Está visto que es usted mi ángel salvador —le dije, gratamente sorprendido, no acertando en aquel momento más que con el vulgar cumplido.

Mi alumna sonrió:

—¡Faltaría más! Sabemos muy bien que usted ha hecho un esfuerzo particular para acudir a esta cita, y tenemos interés en que se quede hasta el final.

¿A qué se refería exactamente? En aquellos momentos no podía adivinarlo ni tampoco me dio ocasión para preguntarlo, pues se alejó, incorporándose al cortejo de los Soberanos.

La mayor parte de los asistentes permanecían quietos hasta que pasaban los Reyes, que iban lentamente contemplando la exposición, escuchando lo que les indicaba el asesor artístico. Yo, considerando que ni formaba parte de la Corte, ni del séquito, aproveché mi condición de profesor provinciano y me dediqué a ver la muestra a mi aire. Conforme a mi costumbre, pasé rápidamente por delante de algunos cuadros, para mí menos representativos, para centrarme en tres de ellos, por los que sentía especial predilección: los retratos de Felipe II, de Isabel de Valois y del príncipe don Carlos; todos, no hay que decirlo, de Sánchez Coello. El del Soberano era aquel tan cargado de simbolismo, en el que Felipe II porta en su mano izquierda, como arma defensiva, todo un rosario. El de la reina Isabel correspondía a 1561; por lo tanto, cuando todavía era casi una niña, a poco de llegar de Francia. Y cercano a la pareja de los Reyes, el príncipe don Carlos. Para mí era como la posibilidad de

asomarme, a través de tales retratos, a aquel drama familiar que tanto daría que hablar al mundo entero.

Y de pronto descubrí algo que me heló la sangre: Allí estaba, mirándome fijamente, Tristán, el bufón de la Corte. ¡Cómo era posible!

Cuando estaba absorto en estos pensamientos, la regia comitiva se detuvo unos instantes para contemplar de pasada un tapiz: se trataba de uno de los mandados hacer por Carlos V para conmemorar la gesta de la conquista de Túnez, en la guerra con Barbarroja de 1535. Era el que presentaba la gran parada del ejército imperial en Barcelona, poco antes del embarque de las tropas para aquella jornada africana. El asesor artístico de turno explicaba los detalles más relevantes del tapiz, y añadió:

—Este tapiz recoge el desfile militar del ejército imperial...

No pudo acabar. De pronto, aquella sala, de ambiente tan recogido, se vio alterada por algo insólito. Se oyó un ¡Noo!, formidable, que resonó como un escopetazo.

Yo me quedé de piedra, tanto más cuanto que sabía perfectamente quién había sido el autor de aquella patada al protocolo. Sin embargo, y cuando eran de temer que cayeran todos los rayos del mundo contra el imprudente que había cometido aquel desaguisado, y tras unos instantes de sobrecogedor silencio, la función siguió adelante. El guía, sin duda ante una pregunta que le había sido formulada, reanudó su explicación:

—La figura que representa al Emperador es ese gallardo caballero que aparece en primer término...

¡No lo hubiera dicho! Otra vez se oyó como un escopetazo. Alguien se atrevió a exclamar, dando poco menos que un alarido:

—¡Qué disparate! ¡Craso error!

¡Cielos! Otra vez me quedé espantado, porque de nuevo mi subconsciente me había traicionado.

En la regia comitiva todo eran gestos de indignación. Sólo el Soberano se mostraba sereno. Se le vio pedir información: que alguien le explicara lo que estaba pasando. A un gesto precipitado del asesor artístico acudió mi alumna. Algo estuvo indicando, al tiempo que el grupo me lanzaba miradas, de esas que fulminan. Y al fin, quien tenía autoridad habló pausadamente:

—Me dicen que hay aquí, entre nosotros, un notable especialista sobre Carlos V. Me encantaría comprobarlo.

Y a una indicación suya, mi alumna:

—¿Profesor?

Me acerqué, no poco confuso.

—¿Quiere darnos su versión sobre este tapiz?

Miré al Monarca, que me hizo un gesto de asentimiento:

—Señor: Mi primer «no» lo pronuncié porque no se trata de ningún desfile militar. Los desfiles, como es bien sabido, están en relación con algún acontecimiento que se conmemora: un triunfo, una fecha histórica... Pero este no es el caso. Aún no

ha ocurrido nada. Nada especial, se entiende. Se trata de preparar una campaña, y lo que el artista está representando es una parada militar, que es algo muy distinto; un alarde, en términos del tiempo. En suma, un recuento de las fuerzas de que se dispone, para comprobar hasta qué punto el ejército está en orden de combate. De ahí que en el centro del tapiz veamos a un fraile sentado ante una mesa de campaña, en actitud de tomar notas. No se trata de ningún predicador, o cosa por el estilo. Es el abad de Nájera, que acompañaba al Emperador en sus campañas militares, porque era el que llevaba el recuento de las tropas imperiales y por eso en esta ocasión le vemos anotar los efectivos militares que van pasando ante él.

—Bien está. Pero ¿y ese «craso error»?

—Ese es más evidente, porque es en el que caen tantos que, en su afán de identificar rápidamente a Carlos V, dan en pensar que no puede ser otro sino el más gallardo de los que aparecen en primera fila. Pero no es así. El que causa la confusión, verdaderamente una figura arrogante, es uno de los grandes miembros de la alta nobleza que quisieron acompañar al Emperador en aquella que era su primera operación de guerra llevada personalmente.

—¿Cuál sería, pues, Carlos V?

—Ninguna de esas figuras que campean en primer plano. El Emperador, es evidente, tenía que estar representado, pero cumpliendo su papel de presidir la parada. Por ello, el autor coloca a Carlos V en el centro del tapiz, y tiene que hacerlo en tamaño menor por imperativos de la ley de la perspectiva; es esa figura pequeña, que puede pasar inadvertida si no se examina con cuidado la escena.

—Lo cierto es que el artista sí supo darnos la pista del mentón prominente, tan característico del Emperador.

—Es cierto, señor, y el conjunto evoca bien aquel suceso histórico, si bien yo me siento más atraído por esos retratos de Felipe II, de Isabel de Valois y del príncipe don Carlos, que parecen que nos quieren contar algo de aquel drama familiar que vivieron.

—Pues con ellos te dejamos —otra vez habló quien tenía poder para ello.

Y de ese modo pude volver a mis soledades. Pasó el cortejo regio, sin más novedad, y yo me encontré otra vez, cara a cara, con el retrato de Tristán, el bufón de los Reyes.

¿No era asombroso? ¿Había que pensar en el destino? ¿Era yo el que perseguía el cuadro, o era Tristán mismo, como algo vivo, el que me perseguía a mí?

Y de nuevo, la pregunta de Julián me rondaba por dentro: ¿No habría estado soñando? Todo aquello de la invitación al Museo, con la presencia de los Soberanos y mi propia intervención, ¿habría ocurrido de verdad?

Y otra vez la eterna cuestión: ¿Dónde empezaban los sueños? ¿Dónde la realidad?

La jornada era tan calurosa que la siesta se había adueñado del alcázar. Todos dormían: damas y caballeros, dueñas y criados. Hasta los mismos guardias, apoyados en sus picas, doblegaban la cabeza, mientras gruesas gotas de sudor bañaban sus frentes.

Yo me había refugiado en la sala del trono que, por más amplia, resultaba más fresca. Haciendo a los Reyes mis señores, reposando en sus aposentos, con no poca insolencia, me atreví a sentarme, acurrucado, en el mismo trono; y tan cómodo estaba, que a punto se apoderó de mí un profundo sopor.

Pero, de pronto, un ruido de pasos me despertó, dándome apenas tiempo para saltar a esconderme en un rincón, el más oscuro y alejado que pude hallar. A poco, entraban nada menos que el cardenal Espinosa y el príncipe de Éboli. Se les veía con rostro preocupado, como quienes han sido llamados con urgencia para un asunto grave. El Cardenal, Dios me perdone, con ese aire hinchado y pomposo que tanto gusta a los grandes figurones, se movía de un lado a otro, como un pavo real. El Príncipe portugués, más prudente, permanecía inmóvil, mirando socarronamente al clérigo. En todo caso, ninguno pareció percatarse de mi presencia; bien es cierto que estos altos cortesanos están acostumbrados a pasar de los bufones, como si fuéramos mastines, o cualquier otro perrazo de la corte. Algunos se preguntan si acaso tenemos alma; tan pagados están de sí mismos. De todas formas, y por si las moscas, yo procuraba hacer el menor ruido posible. Ya comprendéis: nunca se sabe, y toda prudencia en palacio es poca.

En estas, la guardia anunció, solemne, al Rey. A su presencia, ambos dignatarios se quitaron, el uno su capelo y el otro su gorra, inclinando respetuosamente la cabeza.

El Rey ocupó su trono, les hizo un gesto para que se cubrieran, y les dijo:

—Amigos míos, os he mandado llamar para que me aconsejéis sobre un asunto hartamente grave, que me está desasosegando.

Y dirigiéndose a Espinosa:

—Cardenal, ya tenéis entendido, por los despachos de nuestro embajador en Londres, el obispo Quadra, cuán mal van todos los negocios por allá, en especial los de la religión y los de la mar, donde cada vez nos inquietan más y más esos malhadados ingleses, sin que nada valga para hacerles entrar en razón. Ninguna esperanza tenemos ya de casar a su reina Isabela a nuestro gusto, mas parece que ahora sí la hay en cuanto a la reina María Estuardo, la escocesa, que ha más de un año que arrastra a disgusto, por lo que sabemos, sus tocas de viuda. Y ella es la que nos pide ahora desposarse por nuestra mano, dándonos señales de que le placería hacerlo con nuestro hijo, el Príncipe. Dadnos, sobre todo ello, vuestro consejo.

—Señor, —le contestó con harta prudencia y tono el más respetuoso del mundo el Cardenal—, si el negocio de tal boda convendría hacerse o no, yo no sabría decir a V. M. más de lo que en otras ocasiones semejantes hemos platicado ya: la edad, la

persona y la habilidad del Príncipe se deben tener muy en cuenta, para el fruto que de esta alianza se piensa sacar, y esto todo se ha de dejar al mejor juicio de V. M., que sus criados no hemos de osar meternos en ello.

¡Qué adulador! Ante un discurso tan enrevesado, del que nadie sería capaz de sacar nada en limpio, el Rey se removió a disgusto en el trono:

—Cardenal —le advirtió severo, alzando su dedo índice y dando muestras de su enfado—, aclaraos más, y no andéis con tantos embarazos.

Apremiado de esa guisa, Espinosa comprendió que no tenía más remedio que dar una respuesta más comprometida.

—Perdón, señor, A mi humilde entender, inconvenientes, trabajos y peligros no se pueden en modo alguno excusar en esta materia, porque V. M. se encontrará con la hostilidad de Francia y de Inglaterra; hasta puede que tengáis en contra al mismo Emperador, vuestro tío, cuando vea que rechazáis de esa manera a la archiduquesa Ana, su hija. En todo caso, la persona de V. M. es la única capaz de llevar a buen puerto ese negocio, y para ello habéis de estar en Flandes.

—¿Y en cuanto a mi hijo?

—En cuanto a vuestro hijo, el Príncipe, me temo, señor, que aún no esté tan hecho hombre como fuera de desear. Y todavía temo más: que os lo gobernarán, si es que la reina María Estuardo no lo consume, como dicen que hizo con el rey Francisco II de Francia.

—Me hacéis cavilar, Cardenal, si bien he de confesaros que tales son también mis temores. ¿Qué opinas tú, Ruy Gómez?

—¡Ah, Majestad! —contestó el príncipe de Éboli—. Si el Príncipe cumple bien con su deber, mediante esa boda con la reina de Escocia, sería como una magnífica pieza colocada en el centro del tablero de Europa. Pero en otro caso, os lo pueden secuestrar, y aun hacer que se vuelva contra vos.

El Rey se quedó unos instantes pensativo. Sus dos consejeros respetaban su silencio comprendiendo que estaba madurando su decisión. Como diría mi comadre, doña Magdalena, «se podía oír el vuelo de una mosca», y a fe mía que no eran pocas las que nos atormentaban. Finalmente, el Rey se volvió hacia el secretario Zayas, que le había seguido y que se hallaba disciplinadamente a sus espaldas, y le ordenó con tono autoritario, conforme debe actuar un monarca en momentos tan graves:

—Secretario, anotad mi respuesta, para que se envíe luego, al obispo Quadra, nuestro embajador en Londres, por cuya mano corre este negocio: «Pues el Príncipe no se ha de casar hasta que esté muy bueno y recio, pues no sería de razón que antes se hiciese, y puesto que aquesto no puede ser tan presto que no pase un año o más, parece que no hay por qué prendalle en ninguna parte, pues de una hora para otra se podría ofrecer cosa que fuere más a propósito para nuestros Reinos y Estados y para la defensa de la religión, que es lo que importa».

Y volviéndose a sus dos consejeros:

—¿Añadiremos algo más?

El Cardenal musitó una excusa, tras de mirar a su compañero; pero el príncipe de Éboli así habló:

—Si me permitís, gran señor...

—Claro, claro; ¿para qué, si no, os he llamado?

—Pues bien, pienso que, de todas formas, se debiera mantener abierta la negociación con la reina de Escocia, y no tanto por lo que pudiera hacerse, como por el daño que ella pudiera hacerlos, si se arroja en brazos de vuestros enemigos.

—Cierto. Añadid, pues: «Mas como no conviene que la reina de Escocia, mi prima, sepa esta resolución, que bien pudiera ser que la echase en el bando de los enemigos de nuestra fe, o que la moviese a boda con algún personaje que no nos fuera bienquisto; o, en fin, que viniese en dar en cualquier otra cosa que nos perjudicase, se le habrá de entretener, cuidando el obispo Quadra de alargar la plática de este negocio de su boda lo más que pudiere. Y que de todo nos vaya puntualmente informando, como de su celo, fidelidad y eficacia lo esperamos, sin que por nada del mundo la reina Isabela de Inglaterra, mi prima, conozca este secreto».

Zayas acabó de rasgurar las órdenes del Rey, quedando después con la pluma erguida, mirando fija e interrogativamente a su señor. Pero nuestro Rey, don Felipe, lleva mal tales impertinencias:

—¿A qué aguardáis?

Zayas vaciló, como aquel que es cogido en falta, o al que se le ha adivinado el pensamiento. En verdad que estos secretarios, por cuya mano pasan tantos papeles, siempre acaban ensoberbeciéndose, y es bueno que el amo les recuerde, de cuando en cuando, cuál es su verdadero puesto.

—Vamos, hablad.

—Señor, ¿se ha de señalar algo de esto al Príncipe, vuestro hijo?

—Está claro, hombre de Dios, que con el Príncipe ha de guardarse el mayor de los silencios, para no alborotalle los pensamientos; que siempre los de su edad son dados a forjar más quimeras que realidades. Yo solo he de hablarle, y al punto. Id vos mismo, y anunciadle que es mi deseo verle en esta hora.

—Como mandéis, gran señor.

Tras esa orden, el Rey se alzó del trono y se acercó pensativo a una de las ventanas del alcázar. Se le notaba que continuaba apesadumbrado, pero que, habiendo tomado una decisión, estaba ya resuelto a llevarla hasta el fin. En eso me seguía recordando que era fiel discípulo de su padre, el emperador Carlos V que Dios haya perdonado; al cual siempre vi tardo en resolverse, pero después obstinado en sus acuerdos y a las veces más de lo que pidieran las circunstancias de cada caso. Que no todos los asuntos son iguales, ni siempre ha de aplicarse la misma medida a los hombres.

Y yo me preguntaba: ¿Qué sería aquello que tenía que tratar con tanta prisa el Rey con su hijo? ¿Lo haría delante de sus criados? Yo pedía a los cielos que el Rey no afrentara a su hijo ante sus consejeros. Y los cielos, por una vez, me oyeron.

Cuando don Carlos hizo su presencia, el Rey les hizo una seña, para quedarse a solas con su hijo y heredero.

No totalmente a solas, porque a la puerta estaba la guardia y yo seguía agazapado en mi rincón. Pero bien sabido es que la guardia sólo ve y oye por los ojos y los oídos de su amo, el Rey, y que los buenos bufones apenas si contamos entre los mortales.

Pero silencio, que entra el Príncipe e inicia, con una galana reverencia, su saludo al Rey. Se le oye decir: «¡Majestad!». Y el Rey, entonces, le hace señas para que se acerque, y le anuncia:

—Os he mandado llamar, hijo, para haceros saber la decisión que he tomado, para el buen gobierno de vuestra persona y conducta. Mañana mismo por la mañana saldréis para la villa de Alcalá de Henares, que tiene buen asiento para ejercicios de caballería e ilustre Universidad, donde podréis aprender todas las letras que hacen sabio al hombre, para de ese modo formaros como corresponde a quien un día ha de sucedernos en este duro oficio de Rey.

El Príncipe, ante aquella novedad, para él de todo punto inesperada, trató de disimular su enojo, pero yo que lo conozco bien, pude darme cuenta del esfuerzo que estaba haciendo para dominarse. Simplemente contestó:

—Como gustéis, gran señor.

Entonces el Rey descendió del trono y, acercando su hijo a los pechos, le añadió tan sabios consejos, que más bien parecían sacados de uno de esos «espejos de príncipes» que tanto abundan en la Corte, aunque ¡ay! más sirven como entretenimiento de gente ociosa que como verdadera norma de conducta del buen cortesano.

En efecto, como si se tratara de la lección de un grave preceptor, el rey Felipe habló de este modo a su hijo:

—Obrad siempre como quien sois y conforme a vuestra sangre y linaje. Poneos como norte, hijo, el ser buen cristiano, que si en esto acertáis, yo os doy el seguro de que acertaréis en todo. Daos a los libros; ése será, a partir de ahora, vuestro primer deber, pues por estudiante os mando a la villa de Alcalá; pero no en demasía, que ningún exceso es bueno, ni siquiera éste de la lectura, que tomada sin tregua, puede tornar asaz cavilosos a los hombres. Holgad, pues, a vuestras horas, mas sean vuestras diversiones limpias y honestas: tal, algún paseo; tal, algún juego de ejercicio, como el de la pelota (aunque ya sabéis lo que pasó a mi abuelo, por el que llevo el nombre), y algún que otro convite, cuando sea en buena compañía, y sin caer en comida licenciosa.

El Príncipe, mi señor, estuvo atento a la larga perorata de su padre. No salía de su asombro, al verlo tan comunicativo (yo mismo me había quedado de una pieza). Al fin, le respondió:

—Trataremos de cumplir vuestros deseos, Majestad.

Y el rey Felipe, sin duda creyéndose en vena, como si verdaderamente hubiera hecho algún pacto con los manes del Emperador, su padre, le añadió:

—Así lo espero de vuestra prudencia. Sean vuestros amigos pocos, y esos bien escogidos; a los tales dadles vuestra amistad, pero nunca la llave de vuestra voluntad que esa siempre debe ser vuestra. No entréis en juegos de dineros, ni menos en pependencias; pero en caso de que alguna vez os veáis arrastrado a ello, antes pecad por franco, valiente y desprendido que por lo contrario. Pues vuestros años son aún verdes, apartaos de mujeres; y mirad que más de uno, por ganaros el ánimo, os empujarán a ello. Mas resistid a los tales, y por encima de todo, a nadie tratéis de arrebatar la honra, sea caballero o menestral; que sería peor que si le arrebataseis la vida.

En ese punto y hora, vi que don Carlos no podía reprimir un gesto de impaciencia. ¿Acaso le fastidiaba oír tales consejos en boca de quien había hecho tantas ofrendas a Venus? Bien es cierto que suele decirse que del predicador hay que tomar más las palabras que los hechos. Aún así, le oí decir, aunque en tono muy bajo:

—Lo tendré bien presente.

¡Ya era suficiente! También el Rey se dio cuenta de ello, e inició la despedida:

—En fin, hijo —fueron sus últimas palabras—: Nunca dejéis de acordaros de quien sois, de forma que jamás podáis avergonzaros ni de vuestras palabras ni de vuestras acciones. Pensad que un Príncipe como vos siempre está en el punto de mira de las gentes, y que nada de lo suyo, ni el menor gesto, pasa inadvertido. Y ahora, dadme los brazos e id en buena hora, que no sé qué más pueda deciros, salvo que la vida de la Corte no es buena para un joven como vos. Y tened bien entendido que esto lo hacemos por vuestro bien, aunque sea algo que nos cueste tanto, como es el apartaros de nuestro lado.

Pero no acabaría ahí la cosa, porque el Príncipe aprovecharía la ocasión, viendo tan enternecido a su padre, y acaso como no lo había visto nunca, para contraatacar, haciéndole una petición:

—¿Os puedo hacer un ruego, señor?

—Hablad sin rodeos.

—Quisiera llevarme conmigo a mi secretario, Martín de Gaztelu, y al loco de Tristán.

—¡Si es mi bufón!

—Por eso os lo pido, señor.

El Rey dudó unos instantes. Y al fin:

—Sea. No se hable más.

El Príncipe juega, y todos jugamos. El Príncipe estudia, y todos estudiamos. ¿Por cuánto tiempo?

Alcalá de Henares en el horizonte. Es villa regalada, como conviene a lugar lleno de palacios, iglesias y monasterios. Nuestro señor, el cardenal Cisneros, de felice memoria, la dotó generosamente, dándole Estudio que pronto se hizo famoso y entre los más renombrados de las Españas; y tanto, que no tardó en llenarse de estudiantes, con su cortejo de casas de pupilaje y aumento de huéspedes, de mesones y tabernas, y aun de mancebías, bien surtidas de mujeres enamoradas. Crecieron los saberes, pero también la picaresca, que siempre acompaña al estudiante famélico, que aprende pronto a agudizar su ingenio para sacar las tripas de mal año, sin mayores dispendios que adelgacen su bolsillo.

¿Os digo que echo en falta la Corte, con sus mil disparates, con tanto señor finchado y tanta intriga palaciega? Pues os diría la mentira más gorda de mi vida, porque aunque recuerdo bien a mi señora doña Magdalena, con la que tanto me gustaba empinar el codo, y aun hacer otras lindezas, que no son del caso recordar aquí y ahora, podéis creerme que, por lo demás me las apaño bien en mis soledades, con el solo cuidado de apartar las melancolías de mi amo, el príncipe don Carlos. Ello harto trabajo es, cierto, cuando se le recrece la cólera, porque a veces tiene unos prontos, que Dios me valga. Pero le quiero bien, y olfateo cuando se avecina la tormenta, y he aprendido a ponerme entonces a seguro. Y su secretario, Martín de Gaztelu, ya lo conocéis: es un buen hombre, laborioso y de los que no saben intrigar.

Llevamos unos días de calma, después de las primeras jornadas en que nuestro Príncipe andaba como renegado y apartado de los libros. Esta mañana, como hacía bueno, acudió al fin al Estudio, y aun platicó sus cosas con el lector de Gramática. Y ahora, aquí le tenemos en casa, sosegado, delante de su cuaderno de ejercicios. Dios quiera que vaya adelante en sus lecciones, que presto ha de tomarle su preceptor, el maestro Mena.

¿Sosegado? No lo hubiera dicho. He aquí que se levanta de un salto y tira al aire, con verdadera furia, su cuaderno. Afortunadamente, me he puesto a buen recaudo, porque harto sé ya a qué saben tamaños encuentros. «¡Se acabó!», le oímos decir. Martín de Gaztelu trata de calmarle:

—Príncipe, aún no es la hora, y tu preceptor...

Don Carlos le interrumpe bruscamente:

—¡Al diablo con mi preceptor! ¡Pardiez! Un príncipe ha de entretenerse con otros ejercicios, salir de entre estas paredes. ¡Qué fastidio! ¡Si estuviéramos en la Corte! Tú, Martín de Gaztelu, que acabas de llegar de Madrid, cuéntame qué es lo que se habla por allá.

El buen secretario antes preferiría callar que anular con su charla las horas debidas al estudio. Sin embargo, ante la insistencia del Príncipe, le oigo suspirar y decir:

—Dejando aparte las nuevas de África, que más valiera no meneallas...

—¿Tan mal andan?

—Desde que murió tu abuelo, el glorioso Emperador, que Dios tenga, nada se hace allá a derechas. Los moros están cada día más soberbios. Corre el rumor de que el de Argel, ayudado del Turco, prepara gran ofensiva contra Orán.

Ante tamaña nueva, el Príncipe se revolvió inquieto. Su ardiente sangre llevaba mal aquellos desaciertos, aunque parecía que no entraba de lleno en el diálogo. Silbaba, miraba para otro lado y hacía como que no atendía. Pero, de pronto, se le oyó exclamar:

—¿Y qué hace el Rey, mi padre, que Dios guarde?

Martín de Gaztelu se encogió de hombros:

—¿Alguien lo sabe, Alteza? Dicen que le preocupan más las nuevas de Francia, donde cada día son más los herejes.

—¿Y qué se nos da a nosotros? Si se quieren perder, que se pierdan.

Hubo una pausa. El Príncipe parecía cavilar sobre lo que había oído a su secretario. Y de pronto, estalló:

—¡Qué cosa tan recia estar aquí, como encerrado, y sin poder hacer nada!

Martín de Gaztelu trató de consolarle:

—¡Ánimo, mi señor, que hay otras nuevas! Que ha llegado un correo del embajador Quadra, el que defiende los negocios del Rey, tu padre, en Londres.

—¿A qué esperas? Tráemelo al punto, que siempre tendrá algo que contar, que nos libre de estas enfadosas horas del estudio.

—Como gustéis, mi señor.

Al salir Gaztelu de la estancia, don Carlos se puso en pie, paseando de un lado a otro de la cámara, con signos de creciente nerviosismo. Yo permanecía callado, como correspondía a mi oficio de bufón: ser prudente, cuando los demás te creen loco, y mostrarme loco cuando los hombres sensatos se empeñan en ser demasiado prudentes. Y pude oír a mi señor musitar, como si hablara a solas consigo mismo:

—¡Ah! ¡Quién pudiera ser dueño de sus actos, libre ya para mandar! ¡Libre! Dime tú, Tristán: ¿dónde está la libertad? ¿Acaso soy yo más libre que el último de mis esclavos? ¿Libre yo, y he de estar sujeto al estudio de estos condenados librotos? ¡Al diablo con ellos! Quédense en buena hora, para quienes tengan miedo de las armas. ¿De qué me sirve a mí aprender el latín o escribir como un gramático, si lo que quiero es seguir los pasos de soldado de mi abuelo el Emperador, que Dios tenga en su gloria?

Yo estaba atónito ante tal sarta de despropósitos y no me pude contener, aun a riesgo de encolerizar todavía más a mi joven amo:

—¿Qué dices, desmemoriado? —le espeté de buenas a primeras— ¿Conque quieres seguir los pasos de tu abuelo? ¡Qué pronto te olvidas de la agarrada que tuviste con él cuando te contó su fuga por los Alpes nevados, para que no le cogieran preso los herejotes alemanes, que fue toda una proeza, y tú no te cansabas de reprocharle con tu cantinela: «¡Yo no habría huido! ¡Jamás! ¡Jamás!». ¿Y qué tuviste

que oír entonces? ¿Acaso no te reñimos todos por tu comportamiento, más propio de un muchacho alocado que de un príncipe prudente? ¿No hubiera sido peor para tu abuelo caer en manos de sus crueles enemigos? ¿No fue su fuga como tomar aliento para seguir después el combate? ¿Es que seguirías con tu perra de que tú jamás habrías huido?

—¿Qué sabrás tú qué cosa es la milicia! Pues yo te diré, bufoncillo atrevido, que un soldado debe afrontar siempre el peligro, y no huir como un cobarde.

—¿Ay, mi Príncipe, que me recuerdas el cuento del loco temerario!

En ese instante me di cuenta de mi torpeza, que nunca se debe mencionar la soga en casa del ahorcado.

—¿Y qué cuento es ese, hideputa mal nacido?

—No, mejor no te lo digo, que veo que te acaloras, y luego lo sienten mis espaldas.

—¿Arranca de una vez, majadero malandrín, o lo sentirás de veras!

—Bien veo que el necio soy yo, por hablar demasiado.

—¿Comenzarás? ¿Quieres que te anime a pescozones?

—¿Ay, ay! ¡Mi amo, no tan recio!

—¿Ya estoy harto de tus simplezas! ¡Apártate de mi vista!

Así lo hice, más que a paso, y aun creo que lo hubiera pasado muy mal si, por fortuna para mí, no volviera en aquel momento Martín de Gaztelu con el correo prometido.

—Aquí tienes el correo de Londres, mi amo —le anunció.

—¿Tu nombre?

—Diego Pérez, señor, enviado del obispo Quadra, vuestro embajador en la Corte de la reina Isabela de Inglaterra.

—¿Mío? No, a mi fe, sino de mi padre, el Rey. Y por Dios que hay alguna diferencia. Pero eso no hace ahora al caso, que me importa muy mucho que me cuentes qué nuevas traes de esas lejanas tierras de donde vienes.

—Hartas y bien lastimeras, mi Príncipe —tal comenzó el correo.

—¿También por allá?

—Señor, sí, que la reina Isabela va a toda furia contra todo lo que sea católico o español, y está en grave riesgo de caer bajo el francés.

—¿Cómo es eso? ¿Acaso no es la reina soberana?

—Bien sabéis, señor, que Roma la considera bastarda, hija del pecado. ¡La hija de Ana Bolena, la gran hechicera!

—Entonces, ¿quién la protege?

—Ella sabe protegerse; mas con todo, y cuando así no fuera, ha encontrado un poderoso protector.

—Pues ¿quién se atreve a tanto?

En ese punto y hora el correo se mostró vacilante, como si creyera que era objeto de alguna burla:

—¿Y vos me lo preguntáis, señor?

Y el Príncipe, mirando asombrado a su secretario:

—¿Qué es esto? ¿Qué se me está ocultando? ¿Qué sabes tú, Martín de Gaztelu?

—Es un secreto a voces, mi Príncipe. El Rey, tu padre, teme que la ruina de la reina Isabela sólo sirva para hacer más grande a Francia.

—¿Y de qué modo?

—Porque la única legítima heredera del trono inglés no es otra sino María Estuardo, la reina de Escocia, que hasta hace bien poco era la esposa del rey Francisco II de Francia.

—Mas mi primo Francisco ha muerto, ¿no es así?

—Cierto, gran señor. Y entiendo que ahí tenéis linda viuda que desposar y lindo reino para gobernar.

A partir de ese momento Martín de Gaztelu y el correo de Londres iniciaron un baile en torno a mi señor, como si estuvieran poseídos de una fiebre extraña, que les hiciera olvidar la más elemental de las prudencias, bombardeando al Príncipe con fantásticos proyectos. Y el Príncipe los miraba, ora a uno, ora al otro, no saliendo de su asombro. Yo mismo, tan acostumbrado a las extravagancias de estos cuerdos que andan sueltos por el mundo, me llené de admiración, con no pequeña mezcla de temor.

El correo Diego Pérez exclamó:

—Y así vos seríais, junto con María Estuardo, el heredero de Inglaterra, que no el francés.

Y Martín de Gaztelu:

—Y podríais sujetar desde allá a los flamencos, cada vez más inquietos.

Y el correo:

—Todo el norte de Europa sería vuestro, gran señor.

Y el secretario:

—De modo que cuando heredaseis la Monarquía Católica podríais considerar que erais señor del mundo.

Llegado ese momento yo salí de mi rincón, dispuesto a intervenir, para cortar aquella disparatada escalada de grandezas. ¿Es que aquellos hombres eran tan necios e imprudentes que no se daban cuenta del daño que estaban produciendo en el exaltado ánimo del Príncipe? Pero ya era tarde. Don Carlos extendió su mano, como requiriendo silencio. Y al cabo de unos instantes, preguntó:

—¿Y qué dice a esto mi padre?

Martín de Gaztelu guardó silencio. Y hubiera sido mejor que tal hubiera hecho también el correo, Diego Pérez. Tal suplicaba yo a los cielos, pero no fui oído. Acorralado por la mirada inquisitiva del Príncipe, acabó contestando:

—No nos da respuesta, señor. ¡Y contad que el tiempo apremia!

—¿No hay respuesta? Oyes esto, Martín de Gaztelu? ¿Y habré de sufrirlo? ¿Por cuánto tiempo? ¡Dímelo tú!

¡Qué mar de sentimientos, de enojos, de impacencias! Martín de Gaztelu hacía signos desesperados para contener a mi señor, pesaroso de que tales confianzas se desataran en presencia del correo. Al fin, se limitó a un fuerte grito:

—¡¡Príncipe!!

Y fue bueno que tal hiciera, porque don Carlos, como si hubiera salido de una pesadilla, se calmó súbitamente. Miró para su fiel secretario, y comprendiendo su reproche, se volvió después al correo:

—Bien, entiendo —se le oyó musitar.

Y, entregando al correo una bolsa de dinero, le dijo:

—Toma, por tus nuevas. No, no me des las gracias. Yo soy tu deudor. Pero si quieres hacer fortuna en la Corte, no lo digas demasiado.

Después de aquella jornada ya nada fue como antes. Mis locuras y bufonadas de poco servían para hacer reír al Príncipe, cada vez más inquieto.

Y menos valían ya los consejos del fiel secretario Martín de Gaztelu.

A los pocos días de partir el correo a la Corte, Martín de Gaztelu, viendo demasiado disipado al Príncipe, se atrevió a insinuarle:

—Mi amo, si no quieres que la vida en este lugarejo te cause harto enfado, harías bien en darte más a los estudios, y así contentarías al Rey, tu padre.

Pero mi señor se encogió de hombros.

—¿Ya empiezas con tus sermones? Mal los sufro yo. Y contra el fastidio de este destierro tengo buscado un buen remedio.

—¿Mejor que el de los libros?

—Harto mejor.

Dio una palmada, a cuyo aviso entró un criado, de los ruines, que para nuestra desgracia nunca faltan en la casa de los Príncipes.

—Dime —le interpeló don Carlos—: ¿qué respuesta te dio mi enamorada?

El criado pareció confundido, y apenas se atrevió a farfullar, vacilando:

—Mi amo...

Tal actitud enfureció al Príncipe, de suyo siempre tan impaciente:

—¿Acaso no cumpliste mi encargo?

En ese punto y hora, el fiel Martín de Gaztelu, temiendo lo que había de ocurrir, se atrevió a intervenir:

—Recuerda, mi Príncipe, las instrucciones de tu padre, el Rey, que Dios guarde: ¡Nada de faldas!

—¡Bah! ¿Y ha de enterarse?

Y volviéndose al criado:

—Pero contesta ya de una vez: ¿Tienes o no la respuesta de mi dama?

Y este, confuso:

—El caso es que mi señora doña Beatriz no parece gustosa...

—¿Cómo? ¿No le anunciaste, estúpido, que ibas en mi nombre?

—Y aun le enseñé tu sortija. Y como áspera andaba, no quise dejarla sin probar a tentarla, y le mostré vuestra bolsa, y bien preñada.

—¿Y bien?

—¡No lo hiciera, que todavía tengo el cuerpo bien molido!

Aquel fracaso tuvo la virtud de provocar la risa de mi amo, y todos reímos, creyendo que los malos momentos habían pasado. Demasiado pronto para la esperanza, pues don Carlos volvió a la carga:

—¿Cómo así?

—Por mano de sus criados. ¿Y a fe que daban recias puñadas!

—¡Torpe! Que a una dama principal no se la ha de tentar como a una ramera.

Mejor hubieras hecho en probar con la hija del jardinero que aunque rústica, tampoco es mal bocado.

—¿Acaso no lo hice?

—¿Entonces?

En aquel momento el alcahuete cambió de rostro, y aun de tono de voz. Gozoso, lleno de malicia, dio la noticia al Príncipe que tanto Martín de Gaztelu como yo nos temíamos:

—¡Dame albricias, mi amo, que al caer la tarde la moza os aguarda junto a la puerta excusada del jardín!

Al oír aquello, Martín de Gaztelu no pudo reprimirse por más tiempo. Con gesto desaprobatorio, como quien sabía que tendría que dar cuenta de todo al Rey, levantó su voz agorera:

—¡Déjate de esas aventuras, Príncipe, que tus años son todavía muy verdes!

Y el Príncipe, soberbio:

—¿Reto me pones? ¡Pronto veremos si lo son tanto como dices! Y aparte, que ya se pone el sol, y no quiero que se me escape la moza. Y tú —ordenó al criado-alcahuete—, muéstrame el camino, pero después déjame solo, que pronto tendré compañía, y más de mi gusto.

Y embozándose en la capa que le ofreció el maldito criado, salió de la estancia, dejándonos harto confusos. Martín de Gaztelu se puso a pasear, de un lado a otro de la cámara, como si quisiera medirla con sus pasos, no pudiendo contener su impaciencia. Tampoco yo estaba nada tranquilo. No sé, era una extraña sensación, como si algo me estuviera anunciando que estaba a punto de producirse una desgracia. De pronto, se oyó un gran ruido, seguido de lastimosos quejidos. Después, nada, silencio: un silencio que se nos antojó aún más alarmante, como si la desgracia ya se hubiera consumado.

Alborotado, Martín de Gaztelu exclamó:

—¿Qué ha sido eso?

Se precipitó a la puerta, la abrió y estuvo atento, por si se escuchaba algo.

—Nada se oye, pero algo temo. ¡Asegurémonos!

Tan atemorizado como él, le acompañó. Bajamos temblando por la escalera que daba al jardín. En su tramo final nos encontramos, ay, con el pobre Príncipe descalabrado, el pie derecho entrabado en un saco dejado al descuido por una mano necia, y la ensangrentada cabeza medio incrustada contra el quicio de la puerta. «¡Santo Dios!», oigo a Gaztelu: «¡Talmente parece muerto!». Haciendo un gran esfuerzo subimos al Príncipe a su cámara. A nuestras voces, pidiendo socorro, acude el criado, al que Martín de Gaztelu ordena, imperioso, que avise al doctor Daza, el médico de la Corte que, por mandato del Rey, nos acompañaba en Alcalá.

Ante aquel cuerpo joven, que más parecía muerto que vivo, Martín de Gaztelu prorrumpió en un amargo sollozo:

—¡Ay de mi! ¿Qué voy a decir yo ahora, al Rey, tu padre? ¡Alocado joven,

siempre inquieto y alborotado! ¡Cuán difícil resulta, en verdad, cuidar de un príncipe voluntarioso! Pero no eres tú el único culpable, desdichado muchacho, que demasiado solo te han dejado. ¡Desde tus primeros días te convertiste en un huérfano y, como un pobre huérfano, así has crecido!

Extraño intermedio del cronista

Cierto: Yo no era yo. Ya no era el bufón de la Corte, maltrecho y dolorido, despreciado y maldito, que crecía sin amor. Había tenido —otra vez— un sueño, un sueño gozoso y terrible a un tiempo. Me veía en una ciudad en llamas, por cuyo dominio combatían desesperadamente hombres rabiosos. Yo era un joven arrogante, que afrontaba los riesgos de aquellos insensatos combates sin temor alguno, como si nada hubiera podido dañarme. Una esbelta mujer, de rostro moreno, ojos rasgados, voz musical y andares armoniosos, caminaba a mi lado.

Y a efectos de esas curiosas condensaciones que se producen en los sueños, como si cada minuto valiera por mil horas, pronto nos encontramos amigos y mi mano encontró su mano. Caía la tarde, y el horizonte se enrojecía con el ocaso y con el resplandor de los incendios provocados por los combatientes. El ruido de los disparos era ensordecedor. Nada nos importaba. Caminábamos entre los escombros como si se tratara de alamedas de un jardín en primavera. Presos de un impulso irresistible, nos detuvimos ante el pórtico de una iglesia y nos besamos lentamente, como dos enamorados. Supimos, de repente, que estábamos hechos el uno para el otro por los siglos de los siglos.

De pronto, rompiendo nuestra maravillosa armonía, apareció ante nosotros una pareja de ancianos, para mí de todo punto desconocidos. Llevaban consigo un niño de la mano. «¿Acaso no sabes, insensata —que así increparon a mi enamorada—, que debemos escapar de este infierno?». Ella asintió, con tristeza, para acompañarles, subiendo en un coche que surgió inesperadamente. «Ya lo ves: no puedo llevarte».

Fue lo único que pude escucharle. Y antes de que pudiera evitarlo, la perdí, sin ni siquiera saber su nombre.

Desde entonces vago por el mundo, triste y desamparado. En vano la busco, en vano. En vano la llamo en mis sueños (que a veces, ¡son tan reales!). Pero porfío, noche tras noche, porque no me hago a la idea de haberla perdido. Que no encuentre consuelo a mi pena.

Que todavía, en mi rincón perdido de palacio, donde nos olvidan a los bufones, la estoy llorando.

Mi Príncipe y señor no mejora. Antes bien, cada día, cada hora que pasa, parece que se agrava su estado. Una fiebre que no cede le atosiga sin tregua y se le oye delirar angustiado. ¡Es algo que parte el corazón! En su antecámara se ha reunido una junta improvisada de galenos. Están los doctores Daza y Cortés, que alardean de cristianos viejos, y el doctor Olivares, que tiene fama de ser de los de linaje converso. Pero cristianos viejos o nuevos, lo que ahora importa es que acierten en cómo curar al Príncipe. De momento, debaten ampliamente, con tono grave y profesoral.

—Martín de Gaztelu —pregunta el doctor Cortés—: ¿Cómo fue la caída?

Ante tan ceñudo Tribunal cualquiera se hubiera confundido; no así Martín de Gaztelu, bien ducho en tratar con los poderosos de este mundo.

—Sapientísimos varones —le oímos responder—: Su Alteza, bajando por una escalera hartamente ruin y muy oscura, se enganchó el pie derecho en un saco dejado al descuido por no sabemos quién, cayó y dióse a la postre un gran golpe en la cabeza contra el quicio de una puerta que da al jardín. Al ruido y a sus lamentos, acudimos Tristán y yo y trajínalos a su aposento como pudimos, que más parecía muerto que vivo. Y al punto, avisamos al doctor Daza.

—Así fue —confirmó Daza—. Llamáronme y comprobé la herida en la cabeza, que era del tamaño de una uña del dedo pulgar, de la que manaba harta sangre. Curéle y acabado de curar acostóse Su Alteza. Y al poco rato se le sangró del lado derecho, conforme lo piden las sabias reglas de nuestro arte. Quisimos así atajar la fiebre que tanto le fatigaba.

—Bien hecho, ilustre colega —siempre vi que estos cristianos viejos se dan la razón y se apoyan mutuamente con gran efusión—. Y aun, si la calentura arrecia, sería de opinión que se le purgara sin más tardanza. Y aquí viene a cuento una sentencia latina, sacada de los mismos textos de Galeno.

No poco asombro me produjo el poder de estos sabios, capaces de cambiar a griegos por romanos. ¡Pobre Príncipe! Tú, tan acabado, ¡cuál te van a dejar estos matasanos con sus latinajos trasnochados! Menos mal que el doctor Olivares no dejó pronunciar su frase latina al doctor Cortés, y con cierto deje de ironía, que no todos sabrían captar, alzó su mano y dijo:

—Admirados colegas: Veo y compruebo una vez más cuán amplios son vuestros conocimientos sobre la pobre naturaleza humana, sobre todo a través de los más viejos libros. Y, sin duda, vuestra técnica de sangrar y purgar, que tan cualificados defensores tiene en nuestra profesión, resolvería de raíz todos los males que padece nuestro amado Príncipe. Aun así...

Se tomó entonces un tiempo, mirando alternativamente a sus colegas, y añadió:

—Aun así, veo tan abatido y tan castigado a nuestro joven señor, que me pregunto —sólo es una pregunta de un indocto, es verdad— si su natural complejión, ya de suyo hartamente débil y ahora tan trabajada, será capaz de soportar tan recia medicación.

Los doctores Daza y Cortés se removieron molestos, mirándose escandalizados.

—Entonces, ¿qué proponéis? —acabó por preguntar Daza.

—En mi humilde parecer no perderíamos nada con esperar, antes de darle más purgas y sangrías.

—¿Esperar sin hacer nada?

Ahora era el doctor Cortés el que se escandalizaba.

—En efecto, esperar hasta ver cómo se defiende el cuerpo del Príncipe, y cómo se va recuperando del descalabro sufrido.

—¿Insinuáis que debemos dejar obrar a la naturaleza? Novedades son esas harto agudas para un cristiano viejo como yo —arremetió Daza—, y que no he leído en ningún libro antiguo... Pero si vos tal creéis... De vuestro agüelo, el converso de Toledo, he oído decir que también era gustoso de curar con tales desenfados.

Aquella alusión a su antepasado tuvo la virtud de sacar de quicio al doctor Olivares.

—¡Dejad en paz al puto de mi agüelo y a todo mi linaje! —le oímos exclamar—. Tal parece que deseáis comprometerme con el Santo Oficio de la Inquisición. ¡Obrad, pues, como os parezca, y que Dios tenga piedad del Príncipe!

En ese momento se oyó un gran tumulto en la plaza frontera a nuestra casona palaciega; y tanto que hizo interrumpir su debate a los galenos y mirarse sorprendidos. Yo me deslicé hasta una de las ventanas. El espectáculo era asombroso. La plaza se iba llenando de una multitud gesticulante, afluyendo hacia ella un gentío de todas las calles laterales. En su mayoría era gente del pueblo, pero no faltaban estudiantes, fáciles de distinguir por su manteo. Y no eran de los que menos alborotaban. El estruendo crecía de tal manera que todo hacía temer un motín popular; pero ¿a qué era debido?

—Estimados colegas —habló entonces Olivares—: cesemos en nuestras disputas que, o mucho me engaño, o ese alboroto del pueblo va en contra nuestra.

El doctor Daza, incrédulo, preguntó al secretario:

—¿Sabéis vos algo, Martín de Gaztelu?

—Sólo lo que todo el mundo comenta: que anda por la villa de Alcalá un morisco de los del reino de Valencia, al que llaman el Pinterete. Tiene fama de gran curandero. Y como el Príncipe no acaba de sanar...

—¿Es que el pueblo pretende que llamemos a ese hombre a nuestra consulta?

Era el doctor Cortés el que así se escandalizaba.

—Y aún más: que le dejéis las manos libres para que pueda obrar con su arte sobre el cuerpo de nuestro joven señor.

—¿Arte? Más bien habría que hablar de prácticas mágicas y diabólicas. ¡Nadie puede forzarnos a tamaño disparate!

Daza le apoyaba:

—Que sería gran escarnio para nuestra autoridad. ¡Nosotros, doctores por Valladolid y Salamanca, a quienes Su Majestad el rey Felipe, que Dios guarde, nos ha

encomendado la cura del Príncipe!

Eran los doctores Daza y Cortés, cristianos viejos, los que así protestaban. Frente a sus teatrales gestos de repulsa, el doctor Olivares se limitó a entreabrir una de las ventanas de la cámara, de las que daban a la plaza. El vocerío de la multitud, enardecida, resonó por toda la estancia.

—Pues oíd cómo arrecia el tumulto —dijo— ¿No teméis por vuestras cabezas, si aplicando vuestras mejores reglas, según las aprendisteis en vuestros mamotretos plagados de frases latinas, dejáis que el Príncipe se muera? Yo, al menos, quisiera tener más segura la mía.

La observación del doctor Olivares, aunque procedente de un converso, y, como tal, sospechoso siempre de novedades, tuvo la virtud de calmar a sus colegas. Al fin, el doctor Daza sentenció:

—Vox populi, vox Dei.

—Exacto, apreciado colega —había un tono irónico en la voz del doctor Olivares—. Observo que sois tan versado en autoridades como prudente a la hora de manejarlas.

—Pues bien, sea —cedió el doctor Cortés—: Martín de Gaztelu, anunciad a ese populacho que llamaremos a ese moro, que Dios confunda. Y despachad luego, luego, un correo al Rey, nuestro señor, para que sea debidamente informado de cuán mal andan las cosas por aquí.

—Como mandéis, sapientísimos varones. En todo se hará según las instrucciones de vuestras mercedes.

Lo sé: Han ahuyentado mi sueño esos trasnochadores que se han puesto bajo mi ventana para contar sus hazañas. Y, sin embargo, aunque el sueño ha volado como un pájaro asustado, no he sido capaz de enfadarme. Hablaban de tantas cosas ligeras y contaban tantos disparates divertidos, que me he sumado a ellos, sin albergar cólera alguna en mi corazón. Había quien narraba aventuras galantes, quien peroraba medio ebrio sobre una terrible batalla y quien, de improviso, comenzaba a contar una fantástica historia sobre un viejo emperador de la China, lo que provocó gran algazara. De súbito, todo fueron risotadas de unos y otros. Todos estallaron en grandes carcajadas y yo mismo, contagiado, me puse a reír en la soledad de mi cámara como un simple, sin acordarme ya de que mi sueño había volado.

Sí, eran las tantas de la madrugada cuando aquellos trasnochadores se pusieron a contar historias increíbles bajo mi ventana, ahuyentando mi sueño como si se tratara de un pájaro asustado. Y, sin embargo, no me pude enfadar con aquellos borrachines, cuyo vino les retozaba en el cuerpo. De pronto oí a uno proclamar solemnemente:

—Yo fui de la guardia de nuestro señor rey, don Felipe, que Dios guarde.

—¿Y tienes algo que contar?

—¡Ya lo creo! Yo estaba de guardia en la misma cámara regia el día en que un correo le llevó al Rey la noticia del grave descalabramiento que había sufrido el príncipe don Carlos. Eran las primeras horas de la tarde. El Rey se hallaba a solas con nuestra gentil reina Isabela de Francia; ya sabéis, la que llaman Isabel de la Paz. Y oí al Rey que le decía, en tono grave:

—Señora, os veo con melancolía desde el día y hora en que mi hijo ha dejado el alcázar para ir de estudiante al Estudio de Alcalá. Nunca pensé que mi decisión os causara tanta pesadumbre.

A lo que la Reina, con aquella voz musical que tenía y que ponía tanto encanto en los corazones, le replicó:

—Son dos años de tierna amistad, mi señor; dos años sin que jamás el Príncipe hiciera nada que me causara enojo. No me pidáis que lo olvide fácilmente.

—No es ese mi deseo ni en mi ánimo encontraréis signo alguno que tal os haga pensar; pero sí espero de vos que alcanzaréis las razones que me movieron a tal medida.

¿Podéis creerlo? La Reina no aceptó sumisa las palabras del Rey. Al contrario, yo vi cómo movía dubitativa la cabeza.

—¿Por qué dudáis de lo que os digo? —le increpó el Rey.

Y la Reina, con entereza:

—¿Puedo hablar libremente?

—Os lo ruego.

—Pues bien, he de deciros, señor, que vuestra decisión fue tomada más como un castigo de destierro que como premio.

Aun así. Era preciso apartar al Príncipe de la Corte, que con tanta frecuencia toma blandos a los esforzados, cuanto más a los muchachos.

—Muchas veces, señor, hace más bien el amor que la severidad.

Aquella advertencia de la Reina, aunque musitada en voz baja y con un tono musical, ensombreció a nuestro Soberano:

—¡El que ha nacido para rey —se le oyó exclamar, con un repentino arranque de cólera— tiene que endurecerse desde muy joven! ¡No tiene otra ley!

¿Pensáis que nuestra joven Reina se arrugó ante el arrebató del Soberano? Pues entonces no la habéis conocido jamás. Con un acento triste, que parecía presagiar mil desgracias, habló de esta guisa, como si fuera una profetisa de los tiempos antiguos:

—¿Acaso no creéis, mi señor, que la vida se encargará con creces de cumplir esa misión?

—Es posible —reconoció el Rey, para añadir después de unos instantes de silencio—: Y por ser así, juzgo que el Príncipe ha de estar bien preparado.

En ese momento, cuando la conversación parecía terminar, entró el secretario Zayas, tan desencajado, que ni siquiera fue capaz de guardar las normas del protocolo de palacio.

—Señor —anunció al Rey, que se había vuelto severamente hacia él—, el correo de Vuestra Majestad pide permiso para entrar. Trae nuevas de Alcalá y mucho me temo que no sean buenas.

Ante tal noticia los Reyes exclamaron al unísono:

—¡El Príncipe!

Y Zayas:

—Ha sufrido un grave accidente, mi Rey.

—¡Vamos, haced pasar ese correo! ¡Moveos!

A una seña del secretario entró el correo y entregó, rodilla en tierra, su despacho al Soberano, quien le hizo señas de que podía retirarse. Trémulo, nuestro Rey abrió el despacho, teniendo a la Reina pendiente de sus gestos.

Al acabar la lectura, el Rey, con tono cargado de tristeza, dijo:

—El Príncipe, nuestro hijo, señora, ha sufrido una grave caída de la que quedó descalabrado, y los médicos que le atienden temen por su vida.

Y volviéndose de espaldas, tal como si fuera un actor que se olvidara de repente de sus compañeros de farsa y se dirigiera al público, exclamó:

—¡Oh, Dios mío! Lo que diera ahora porque el Príncipe, mi hijo, conociera una palabra mía, un gesto, un saludo más de padre que de rey Pero ¿no era acaso mi deber forjarle en la adversidad, endurecerle contra la desgracia? ¿No es eso lo que nos enseñan todos los santos padres de la Iglesia? ¿Habré cometido algún error, y por eso me castigáis ahora, Señor, en mi propio hijo?

Y volviéndose a la Reina, añadió:

—Ya no me queda más que encerrarme en algún monasterio, rezar, y sentir la penitencia como una expiación. ¡¡Hola, mi guardia!!

Ante su llamada, acudió presto nuestro capitán.

—¿Llamabais, señor?

—Capitán, ordenad que esté presta la guardia y mi caballo a punto. Salimos luego, luego, para San Jerónimo del Prado.

—Permitidme señalaros, Majestad, que se avecina una gran tormenta.

—Aun así —insistió el Rey—. No será mayor que la que siento dentro de mí. Partamos.

En ese momento un relámpago rasgó las primeras tinieblas de la noche y gruesas gotas de agua comenzaron a caer. Tras el relámpago, el fragor del trueno anunció ya, irresistiblemente, el tremendo temporal.

Así habló aquel borrachín trasnochador, otrora soldado de la guardia del rey Felipe, que Dios guarde. Y todos lo escuchamos en silencio, y yo el primero; porque, ay, el sueño ya había huido de mí como un pájaro asustado.

Han pasado los años. Hemos dejado Alcalá de Henares para volver al viejo alcázar madrileño.

¡Madrid, cómo has cambiado! Todo son casas nuevas por doquier, algunas hasta de tres plantas. ¡Y hay que subirlas andando! Me dicen que en Valladolid han llegado a alzar las casas hasta de cuatro pisos y guardilla. ¿Adónde vamos a parar? ¿Es sano y honesto tanto afán de grandeza? No me extrañaría que pronto veamos cosas similares por estos pagos.

Por cierto, que una de las novedades de las que todo el mundo habla es de la gran obra que se está haciendo en una aldea de la sierra, por orden del Rey. Dicen que se llama Escoria o Escoriales, que no lo recuerdo bien; nombre bárbaro, del que no barrunto nada bueno. Pues ¿cómo se podrá decir, cuando corra el tiempo, si es que esa obra sigue su ritmo, «vamos a vivir a los Escoriales»? Sonaría como si dijéramos que nos íbamos a vivir al gran basurero. Pero todo esto son habladurías. Puede que esas obras nunca se acaben. Que estamos en el año de gracia de 1567 y la Monarquía tiene demasiadas cosas en qué pensar y en qué gastar el dinero, para enterrarlo en una obra faraónica en una aldea perdida de la Sierra de Guadarrama.

En cuanto a Madrid, parece talmente una Babilonia, con tanta gente extraña deambulando por las calles; por todas partes se ve a genoveses, florentinos, gascones, portugueses y flamencos; aparte de los muchos negros esclavos que acompañan a sus señores. La grandeza de Castilla empieza a construir sus palacios en la Corte, y todo es ir y venir de albañiles y carpinteros que no cejan en su trabajo.

¡Cuántas cosas han pasado en estos años! Un rayo cayó sobre San Jerónimo y una riada del Manzanares, que de repente se hinchó con insolencia, se llevó por delante las casuchas que había a la vera del puente de Toledo, con muerte de no pocos de los míseros que en ellas se cobijaban; bien es cierto que con harta temeridad y sin hacer caso de las Ordenanzas municipales que tal prohíben. En fin, he oído decir que el año pasado fue tan malo, que hasta nevó por San José.

Y ya estamos en palacio. El Príncipe, mi señor, está completamente restablecido. Al menos, hace ya su vida normal. Precisamente hoy tiene preparado un acto conmemorativo de su milagrosa curación, para que los doctores que intervinieron en su cura expliquen a la Corte sus principales incidencias. Y al acto el Príncipe le quiere dar tal realce, que hasta ha rogado a la misma Reina que lo honre con su presencia.

Todo el mundo lo comenta: lo que trata el Príncipe es de promover la beatificación de fray Diego de Alcalá, que no en vano el pueblo impuso que su momia fuera llevada a su lecho, desde cuyo punto y hora muchos afirman que se inició su mejoría. De ahí lo de la milagrosa curación de nuestro Príncipe, aunque algunos comenten socarronamente el hecho. ¿No sería que cuando don Carlos se revolvió en el lecho y se encontró con la momia, del respingo que pegó se salió de la

cama? Tal sería el sistema de la curación por el horror. ¿Os imagináis lo que puede ser que uno extienda la mano y se encuentre con la calavera del santo, o el pozo de su pecho hundido, entre ristras de pellejo reseco? Vamos, para morirse del susto.

Pero, atención, que ya empiezan a llegar algunos caballeros de la Corte. En un rincón de la estancia, ante una larga mesa cubierta de rico paño carmesí, se hallan sentados los doctores Daza, Cortés y Olivares, pues el Príncipe les ha ordenado que testifiquen sobre lo que saben en cuanto a su cura.

Todo está a punto para empezar. Sólo se espera la llegada de la gentil Reina, Isabela de la Paz. Al fin, la guardia anuncia su entrada. Viene con algunas de sus damas, entre las que resplandece la hermosísima princesa de Éboli, doña Ana de Mendoza, de quien corren curiosas historias. Pero dejemos eso que ya nuestro Príncipe saluda a la Reina con una larga reverencia.

—Gracias, señora, por vuestra presencia —le dice, al tiempo que la lleva hasta el asiento principal que le tenía reservado, colocándose él inmediatamente detrás. Damas y caballeros se van sentando, a continuación, entre exquisitas muestras de cortesanía, que bien afirman los entendidos que esta Corte nuestra es de las ceremoniosas que en la Cristiandad existen.

—Señora, cuando gustéis.

Y tras el gesto afirmativo de la Reina, el Príncipe ordena al doctor Daza:

—Amigo mío, podéis comenzar.

El doctor Daza, poco hecho a las ceremonias cortesanas, se muestra torpe y vacilante, como si la presencia de tan ilustre auditorio le cohibiera en extremo. Apenas se le oye farfullar unas palabras de salutación a la Reina, que el Príncipe acoge con disgusto, revolviéndose en su asiento, para al fin apremiarle con un «¡Vamos, comenzad de una vez!», apremio que, por supuesto, tiene la virtud de confundir aún más al pobre Daza. Pero, por último, ordena sus papeles y comienza a leer el informe médico que había preparado con sus colegas Cortés y Olivares. Y se le oye, parsimonioso:

—«En la villa de Alcalá de Henares, domingo, a los 19 de abril de 1552 años, este día, a la hora de las siete de la tarde, bajando por una escalera muy oscura y de muy ruines pasos...».

Tose, saca un inmenso pañuelo de yerbas, se enjuga el sudor que perla su frente, carraspea de nuevo, y finalmente prosigue:

—«... y cinco escalones antes de que acabase, echasteis el pie derecho en vacío, enganchado por mala ventura en un saco dejado al descuido, y disteis con la cabeza un gran golpe en la puerta entreabierta que daba a la huerta de la casa. Quedasteis con la cabeza boca abajo y los pies arriba, descalabrándoos la parte postrera del cráneo, en su lado izquierdo. Recogido por vuestros criados, con harta pesadumbre, que más parecíais hombre muerto que vivo, fuisteis llevado a vuestra cámara. Llamáronme al punto y descubrí la herida, que era del tamaño de una uña del dedo pulgar, de la que manaba harta sangre».

En ese punto, el doctor Daza alza la vista de sus papeles. Veo removeirse, inquieto, al Príncipe. La misma Reina, de suyo tan dulce, tan prudente, tan considerada por todos, grandes como menudos, no puede disimular un ligerísimo bostezo, que al instante disimula, llevando su mano diestra, de la que pende finísimo pañuelo blanco de encaje, a la boca. Es cuando coge la vez el doctor Cortés, para contar por menudo cómo tras la cura el Príncipe había sido acostado y cómo después se había procedido a la primera sangría, por el lado derecho, sacándosele ocho onzas de sangre. La noticia provoca un estremecimiento en los presentes. La Reina se lleva la mano a la vista, como turbada. El Príncipe, por el contrario, se muestra orgulloso y mira a todas partes, como diciendo ¡Ved lo que sufrí! Y más aún, cuando el doctor Cortés añadió:

—Pareció necesario reiterar la sangría, y os sacamos, Alteza, otras ocho onzas de sangre del brazo izquierdo. Mas como la calentura era grande, pareció que debíamos ayudar a Naturaleza, mas no nos atrevimos a daros otra cosa que tres onzas de jarabe de nueve infusiones; el cual vuestra Alteza lo tomó de tan buena gana, que aun tornó por un poco que quedaba en el vaso. Detúvolo el estómago y obró tan bien que hicisteis más de veinte cámaras.

Eso de las cámaras no fue bien entendido por algunos de los presentes, aunque no fuera necesaria mucha ciencia para descubrirlo. El caso fue que una dama de la Reina se atrevió a plantear sus dudas al caballero que tenía a su vera, el cual, viéndose apretado, acabó soltando, y más alto de lo que debiera:

—Pues es cosa bien simple, señora mía; el galeno quiere decir, con finura, que nuestro Príncipe hizo de vientre en abundancia. Vamos, yo diría que tuvo la gran cagalera.

Muy cara pudo costarle al cortesano aquel rasgo de grosero humor, si del Príncipe fuera oído; por su ventura, estaba demasiado absorto en el relato de los médicos que le habían atendido. Máxime que entonces cogía la vez el doctor Olivares, de fama tan probada, y de quien dicen que es digno de estar en la misma corte de los Papas, cuando no del Gran Turco.

—Habíasenos propuesto muchas veces —comenzó su discurso el doctor Olivares — que curásemos a Vuestra Alteza con los ungüentos del Pinterete, un moro con ribetes de hechicero, del reino de Valencia. Habíamoslo contradicho los más, pero viendo la fe que muchos tenían y la opinión general del vulgo, que a todos nos ponía culpa porque tanto se tardaba en restablecer la salud de Vuestra Alteza, a la postre acordamos que se probasen.

Se oyó un fuerte murmullo en la sala. ¿Cómo se había cometido tal ligereza con la persona del Príncipe? ¡Cómo! ¿Un maldito morisco entrando en su cámara? ¡Y hechicero, por más señas! Muchos empezaron a mirar torvamente a los médicos que tal había tolerado y los murmullos crecieron alarmantemente; pero el Príncipe alzó su diestra, imponiendo silencio, lo que aprovechó el doctor Daza para coger el relevo:

—Los ungüentos se pusieron viernes, sábado, domingo, lunes y martes. Mas la

herida iba de mal en peor, porque el unguento la quemó de manera que os puso el casco más negro que la tinta. Acordamos dar con los unguentos y con el morillo al través, y él se vino a Madrid a curar a Hernando de Vega, al cual envió con sus unguentos al cielo. Y Vuestra Alteza se tornó a curar, a nuestro modo.

Gran risa provocó en el nobilísimo auditorio aquella buena mano del morisco Pinterete para mandar a Hernando de Vega al cielo; eso sí, con sus unguentos, prueba clarísima de lo que hubiera podido ocurrirle a nuestro Príncipe, si los cielos no le hubiesen debidamente protegido. Aun así, a punto estuvo de un mal final, como reconoció el propio doctor Cortés, en el nuevo relevo:

—El sábado, veintiuno de la caída y nueve del mes de mayor, estuvo Vuestra Alteza tan grave, que ninguna señal tuvo que no fuese mortal. Sólo nuestra confianza era en la misericordia divina y estar Vuestra Alteza en tal edad, que no pasaba de los diecisiete años.

¡Dios y Señor! ¿Es que nuestro Príncipe había estado a punto de morir como un perro? ¿Tanta ciencia sólo había servido para hacerle sufrir?

—Pues viendo que la tardanza en tan agudo mal era peligrosa —continuó el doctor Daza—, habiéndose puesto a Vuestra Alteza viernes en la tarde seis ventosas y unos lavatorios de piernas para divertir («¡donosa diversión!», dije para mí) y otros en la cabeza, para provocar el sueño, se os tornaron a poner otras seis ventosas secas en las espaldas, y después, cuando fue llegada la noche, se os sangró con lancetas en las narices y se os volvieron a poner otras cinco ventosas.

¡Qué horror! ¿Pero estos médicos que se usan ahora, son verdaderos médicos o matarifes?, me preguntaba yo, y pienso que la mayoría de los asistentes. Entonces, el doctor Olivares se aclaró la garganta y, no sin ironía, se expresó así, al tiempo que en sus labios se esbozaba una sonrisa:

—Fue Dios servido que «con estos beneficios», Vuestra Alteza durmiera al fin aquella noche, a ratos, hasta cinco horas; que la naturaleza humana, y la de Vuestra Alteza en particular, capaz es de tamaña maravilla. Lo cierto es que a la madrugada ya el cuerpo estaba con más vigor, y el delirio dio signos de comenzar a ceder.

En ese punto y hora, el doctor Daza, como el más antiguo de los médicos de la Corte, tomó pomposamente la palabra, para dar fin al informe médico pedido por el Príncipe:

—Domingo a catorce de junio se levantó Vuestra Alteza la primera vez, y así lo hizo todos los días siguientes, y en muy pocos sintió fuerzas en cuerpo y piernas. Martes dieciséis de junio, a las once de la mañana, os levantasteis y pasasteis al aposento de vuestro regio padre, nuestro señor el Rey, que Dios guarde; el cual os recibió y abrazó con grande alegría...

Cuando así terminaba el doctor Daza su informe, que en verdad empezaba ya a fastidiarnos a la mayoría que allí nos encontrábamos, fue cuando estalló la tormenta. Pues el Príncipe, viendo que aquello no daba más de sí, preguntó con tono sorprendido:

—¿Eso es todo?

Y Daza:

—Señor, sí.

No lo hubiera dicho, pues provocó de tal forma la cólera del Príncipe, que pudo costarle algo muy serio.

—¿Cómo, mentecatos? —tronó el Príncipe— ¿Es que nada más se os ocurre? ¿Acaso habéis recordado, como era vuestra obligación, la intervención del bien aventurado fray Diego de Alcalá al que, o poco valgo, o he de conseguir que canonicen y muy pronto en Roma?

¡Y en parte, era cierto! Había sido una jornada macabra, con la momia de fray Diego sacada de su convento y llevada por las calles y plazas de Alcalá con gran golpe de gente apiñándose a su paso, para acabar en la cámara del Príncipe. No terminó allí la ceremonia religiosa, que la momia fue metida en la misma cama de nuestro maltrecho señor, no sin desnudarle, para que su carne estuviera en contacto directo con la venerada momia. Algo de susto mortal.

Se sabía que el doctor Olivares había sido contrario a aquella prueba —no pocos habían murmurado que bien se echaba de ver su falta de fe, como podía esperarse de un maldito converso—. Por eso, todos miramos hacia él, esperando que de él partiese la justificación, y no nos defraudó, porque dejando por una vez sus ironías, se enfrentó con el encolerizado Príncipe y le dijo, con tono sereno:

—Señor, nosotros nos atenemos a lo humano, que es lo que podemos testificar; que de aquellas otras intervenciones divinas y milagreras, nada podríamos decir, ni es cosa que a nuestra ciencia se nos alcance.

Ante tales palabras don Carlos se alzó de su asiento. Y enfureciéndose por momentos, hasta el punto de atemorizarnos a todos (¡ay!, que la cólera del poderoso puede hacer más daño que la picadura de todo un avispero), les espetó:

—¿Y aún me replicáis? ¡Id enhoramala, y agradeced a quien está presente que no os mande cortar la lengua!

¿Quién podría describir entonces la que allí se armó? Una gran confusión se apoderó de todos. Los tres doctores, como más afectados, más que pálidos, lívidos, recogieron a toda prisa sus papeles, y se retiraron atropelladamente. Algunos caballeros, bienintencionados, trataron de apaciguar, aunque en vano, a don Carlos. La Reina se alzó de su asiento, pero tan alicaída que hubo de apoyarse de nuevo en su sitial. Rodeada de sus damas, solícitas ante su mal, pudo retirarse al fin, apoyada en dos de ellas. Tras de sus pasos, sale el resto de la Corte. El Príncipe queda solo, pues yo no me atrevo a moverme de mi rincón. Por fortuna, cuando más desamparado parece, irrumpe en la sala Martín de Gaztelu, el fiel secretario, quien de entrada recibe esta fuerte andanada de su amo:

—¿Quién eres tú —le increpa— que te atreves a asomarte a la cólera de un Príncipe?

Y el fiel secretario:

—¡Pues qué! ¿Quién te cuidó desde niño ha de guardar antesala?

—¡Ah, mi buen amigo! Ahora te reconozco. Dame tus brazos.

—¿Cómo? ¿Estás llorando? Aleja de ti esa muestra de flaqueza. Recuerda quién eres y que alguna vez has de reinar sobre las Españas.

—¿Siempre he de oír esa advertencia? No. Atiende cómo me cojo la cabeza. Al menos, debe de haber alguien que sepa lo que pasa aquí dentro. En ocasiones, es cierto, todo va bien, y el hombre, incluso si es un príncipe, puede creer que es feliz sobre la tierra. Pero, de repente, noto que algo estalla dentro de mí, y el mundo se convierte en algo extraño, como si me fuera hostil. Entonces quiero salir de esta cárcel, y no puedo. Todo se me hace odioso, y yo mismo me vuelvo insufrible, incluso para los que más quiero, y lo noto, y lo sé, y no lo puedo evitar. Dime pues tú, ya que eres mi amigo, ¿qué puedo hacer?

Difícil papeleta para el bueno de Gaztelu. Volver a la Corte después de una ardua y larga misión, y encontrarse con tamaño conflicto. No es de extrañar que, al pronto, se quedara sin saber qué responder. Mas al fin le dijo:

—Príncipe, el hombre se olvida de su destino y que a la postre ha de morir, dejándose llevar de la vida y confundiéndose con los demás; pero esa es la medicina común que tú no puedes tomar. Los que habéis nacido para reinar estáis marcados desde la cuna. Y de nada vale rebelarse. Admítelo así y te verás aliviado.

Fue entonces cuando oí aquella queja al Príncipe que aún ahora, después de tanto años y de tantas desgracias como han pasado, sigue resonando en mis oídos, produciéndome una profunda tristeza:

—Pero yo al nacer —exclamó, aunque en tono muy bajo, como si fuera un pensamiento que una y otra vez tratara de salir a flote en su conciencia— maté a mi madre. ¿Acaso los astros pueden serme más adversos?

Para añadir con voz sorda, rompiendo finalmente en un sollozo:

—Sólo me falta alzarme contra mi padre, el Rey, para que la maldición sea completa.

He vuelto a la superficie. Entreabro los ojos, después de un montón de horas de un sueño ininterrumpido —según afirman los míos— y lo primero con lo que me encuentro es con la cara burlona de Julián que, sentado al borde de mi cama, asiste a mi despertar.

—¡Ya era hora, gandul!

—Pues aunque te parezca raro, aún seguiría durmiendo la tira de tiempo. ¡Qué galvana siento!

—Natural —intervienen mis hijas—. Llevas dos días en la piltra y todavía quieres más. No, si te digo...

—Bueno, que no empiecen las broncas. Que alguien me dé algo de comer, y después ya veremos.

—¿Y no sería mejor que primero te pegases una ducha? Que has sudado lo tuyo, y algo de jabón no te vendría mal.

Refunfuño, pero al fin me pliego a la presión familiar. A la tarde ya soy persona y puedo reanudar mis conversaciones con Julián.

—Una cosa te quería preguntar —es Julián el que inicia la charla—. Y no es si continúas con tus sueños, que a la vista está, porque cada vez te veo más tocado. Y no será que no te hayamos advertido de que te estás metiendo en un juego muy peligroso, del que quizá, cuando quieras salir de él, te encuentres con que ya no puedes. Pero en fin, eso —como dicen ahora los cínicos de hoy en día, que tanto abundan— es tu problema. No. Lo que yo quisiera plantearte es una curiosidad personal.

—Pues adelante. Déjate de tantos circunloquios y dispara.

—Ahí va mi pregunta: En esos sueños tuyos, ¿echas en falta alguna vez tu mundo actual? ¿Actúas o hablas en alguna ocasión echando mano al bagaje que poseemos los hombres de fines del siglo xx?

—Sé lo que quieres decir. Te planteas si yo obro como ese personaje de Mark Twain en *Un yanki en la corte del rey Arturo*. Pues mi respuesta es no, aunque es cierto, ahora que me dices eso, que a veces tengo la impresión de encontrarme demasiado solo, sin familia, sin amigos. ¡Lo que daría por encontrarme contigo en esos sueños, y poder comentar en tu compañía lo que está sucediendo y que sabemos que no puede dejar de ocurrir!

—Claro, claro. Eso tiene sentido. Y pienso que también fácil remedio, dado que todo son criaturas de tu mente desvariada...

—Hombre, gracias por la fineza.

—Nada, es lo que se merece. Pero en este momento que conste que voy más allá de la recriminación. Porque mucho me asombra que tú, tan ducho en eso de los sueños, no te des cuenta de que los detalles se pueden provocar a voluntad. De hecho,

eso es lo que estás haciendo con don Carlos y su rebelión frente al Rey.

—¿Quieres decir que si me lo propongo podrías aparecer tú también entre aquellas sombras que rodean a Tristán, el bufón de la Corte de Felipe II?

—Tal cual.

—¿Y tú te prestarías a ello?

—¡Ah, no! Eso es otra cuestión. Como siempre, te equivocas de medio a medio. Yo no voy a descender contigo a los infiernos. Eres tú el que vas a hacerlo por mí, si es que en verdad te lo propones.

—Pues veremos qué es lo que consigo.

Y así quedó la cosa con mi amigo Julián.

Madrid en el año de gracia de 1567. Es en otoño, allá por el mes de octubre. Todavía aprieta la calor, y el tiempo es tan seco, que el pobre Manzanares apenas si lleva un hilillo de agua. Cuando anochece, las calles se vacían de gente, como si de pronto Madrid se convirtiera en un desierto; que los cacos menudean y no son pocos los matones que al más pintado son capaces de abrir en dos, de forma que, en cuanto cae la noche, son pocos los vecinos que se atreven a asomar las narices fuera de sus portales. Las casas se cierran a piedra y lodo. En cuanto oscurece, por todas partes se oye un continuo batir de puertas y ventanas que se cierran, como si cada cual tratara de resistir el largo asedio nocturno. Las calles, plazas y callejas no sólo se vacían de gente, sino que también se espesan de tinieblas. Apenas si de trecho en trecho alguna candileja, encendida por una mano piadosa al pie de una imagen, presta su luz macilenta, para que se divisen —o, por mejor decir, se adivinen— algunas sombras. De cuando en cuando, algún vecino más valiente, más poderoso o más necesitado, se atreve a romper quietud y tinieblas, bien acompañado de servidores portando hachas, que arrojan su viva y ondulante luz, venciendo así por unos instantes la negra noche; tal ocurre también cuando la ronda hace su jornada, que el mismo Corregidor encabeza, allá por la medianoche. Pero eso son sólo unos instantes, y al punto la ciudad vuelve a su oscuro silencio, preñado de amenazas.

Los únicos lugares animados son las tabernas populares. En algunas, las puertas de par en par abiertas, invitan a los parroquianos a sentarse en la misma rúa, sobre algún taburete, para disfrutar del frescor nocturno. Y aquí me tenéis a mí, Tristán, el bufón de la Corte, que me he atrevido a salir de palacio, aprovechando la licencia que me dio mi amo que, mucho me temo, es porque prepara alguna aventura nocturna, a las que últimamente es muy dado, con poquísima satisfacción de su padre, el Rey, que Dios guarde. Y me he venido, cuando aún era de día —que, en otro caso, no sé si fuera tan temerario—, a la taberna del tío Simón, la que asienta sus reales en la calle de las Infantas, que es de las nuevas de la villa de Madrid, que lleva el nombre de nuestras queridas niñas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, las hijas bienamadas de nuestra reina Isabela de la Paz; calle así llamada de las Infantas desde hace sólo unos días, cuando la Reina parió a su segunda hija, Catalina Micaela; ya sabéis, la que bautizaron el pasado diez de octubre en San Ginés, en gloriosa procesión, que la llevaba en brazos su tío el tan galano don Juan de Austria, siendo padrinos el archiduque Rodolfo y la princesa doña Juana, la hermana del Rey.

Como la hora era temprana, pues aunque ha caído la noche aún no han sonado las diez en el reloj de la Plaza, aquí me estoy departiendo amigablemente con mis compadres Julián Fernández, el poeta borrachín que tan bien sabe manejar la pluma como vaciar la bota, y con Juanón el peraile, que anda ahora sin trabajo y más renegado de lo que fuera de desear; gente sencilla, junto a la que como sin remilgos, si viene al caso, una pierna de cordero o bebo mi buen jarro de vino sin mayores

etiquetas cortesananas; esto es vida.

Hablamos de las cosas que ocurren: de lo poco que llueve, de si sería bueno que sacaran en procesión a Nuestra Señora de Atocha, de lo cara que se está poniendo la vida en este Madrid de nuestros pecados, con tanto extranjerote que por aquí anda; del niño que le hicieron a la Sebastiana, de la conversión de don Bernardino de Obregón y, claro, como no podía faltar, de los desatinos que últimamente acostumbra a acometer el príncipe don Carlos.

—¿Cuál es ese lance de don Bernardino de Obregón, del que todo el mundo se pasma?

—¿Acaso no lo has oído comentar?

—Cierto que sí, pero no con detalle —era Julián el que así hablaba.

—Pues sabed que el tal don Bernardino era de los caballeros más galanos que en la Corte había; y digo había porque de pronto ha entrado en la más estricta observancia de pobreza y servidumbre.

—Sonada conversión, sin duda. ¿Cuál fue la causa?

—Que yendo una mañana por la calle Postas para acudir al mentidero de la Puerta del Sol, a que era muy aficionado —y acaso más de lo que debía—, un barrendero que ejercía allí su oficio, lo hizo con tan mala fortuna que salpicó de lodo con su escobón el rico traje de nuestro cortesano. Ciego de ira, don Bernardino arremetió contra el barrendero y se hartó de darle los más recios bofetones que imaginar podéis.

—¿Y qué hizo el barrendero? Que a mi fe que si yo me viera tan maltratado sabría cómo responder, que la primera ley del hombre es defenderse.

—Pues ahí está el misterio del asunto: que el barrendero no esquivó los golpes, antes se confeso culpable.

—Harto pusilánime sería entonces y de pocos arrestos. A buen seguro que sería un pobre diablo, que apenas si tendría fuerzas para sostener la es coba, que esa es siempre gente miserable y para pocas empresas.

—Pues otra vez erráis de medio a medio, que el tal barrendero era un gigantón, y lo primero que hizo fue pegarle el susto del siglo a don Bernardino, pues llevándole como le llevaba la cabeza, alzó su escobón, y cuando nuestro caballero temía ya por su vida, lo que hizo fue partirlo en dos sobre su propia pierna, mostrando de ese modo cuánta era su fuerza.

—¿Y qué hizo entonces el remilgado caballero?

—Le entró tal vergüenza, que dio en pensar que aquello que le había pasado no era sino alguna secreta causa, y que era el barrendero el que le había dado la lección. El barrendero era el gran personaje, y el que era un pobre diablo linchado no era otro que él, con todo su linaje auestas. En definitiva, que se le alumbró el entendimiento sobre cuán vana era su vida, y que era hora de cambiar radicalmente. Y ahora dicen que se le puede ver cuidando a los enfermos más pobres del Hospital de la Villa, dejadas sus galas y vistiendo como el más mísero de ellos.

—Lo que me contáis parece sacado de las florecillas de nuestro seráfico padre

San Francisco, el Santo de Asís.

—Pues ese es el lance, que yo así también lo he oído. Pero hablemos ahora de otra cosa —rogó Juanón el Peraile—, ya que está aquí hoy con nosotros

Tristán, el gracioso: ¿Cómo van las cosas de nuestro príncipe don Carlos? Que mil extravagancias cuentan estos días sobre su proceder.

—Yo he oído decir —añadió Julián— que su distanciamiento con el Rey, su padre, crece de día en día. Hasta se dice que gusta ahora de meterse en aventuras nocturnas, con dudoso final.

Yo les dejaba hablar, dispuesto a no traicionar a mi pobre amo, pero por desgracia él mismo se traicionó. Y así, antes de que me diera tiempo de indicar nada, Juanón nos advirtió:

—¡Atención! ¿No es acaso ese su cortejo? Metámonos dentro y procuremos ver sin ser vistos.

En efecto, a poco doblaba la esquina un grupo armado portando hachas, y en medio iba el príncipe don Carlos, embozado en su capa. Y vimos cómo don Carlos se volvía a uno de sus criados para preguntarle:

—¿Estás seguro de que esta es la calle de mi dama?

Y el criado, misterioso:

—Sí y no, mi amo.

—¿Cómo es eso? Te advierto que no estoy para adivinanzas, y menos para chanzas.

—Dígote que sí, porque este es el sitio, mi señor: y que no, porque no es calle, sino calleja. Y en cuanto a lo de dama...

Asombrados nos quedamos ante tamaño desacato. ¿Quién se podía atrever a tratar de modo tan confianzudo al Príncipe? ¿O sería que eso traían tales aventuras, que con ellas la dignidad se pierde?

—Bueno está —concluyó el Príncipe—. Vete delante y guíame.

En ese instante se abrió un ventanuco, se oyó el alarmante grito de «¡agua va!», y una mano desconocida arrojó el consabido orinal a la rúa, salpicando a nuestro Príncipe. ¡Tal parecía que se repetía la escena del caballero don Bernardino de Obregón, con la agravante que las salpicaduras eran de pura mierda y orines! ¡Y sobre el irascible don Carlos! ¿Qué iba a pasar? ¿Lo tomaría como grave desacato a su persona? Lo vimos retroceder, dando un salto atrás, y sacudiéndose la ropa entre maldiciones.

—¡Por vida de...! ¿Qué burla es esta?

El criado alcahuete que dirigía aquella expedición galante y nocturna trató de aprovechar el incidente para hacerle desistir, regresando a palacio.

—Señor, a todos nos alcanzó la mierda de ese orinal, que estos son los premios que tienen a veces las aventuras nocturnas. Volvamos, dejemos estos afanes y mañana medraremos, que con este olor para mí que no hay dama que nos acoja.

—¿Volverme yo sin tomar venganza de este agravio? Ni lo pienses.

—Considera, mi amo, que no hay de quien hacer castigo, porque nadie quiso agraviarte.

—¿Y esto lo ha de sufrir un Príncipe?

Y el alcahuete, con más prudencia de la que cabía esperar de tal persona, le indicó:

—Y aun el mismo Rey, tu padre, si viniera a estas horas y de aquesta guisa. ¿Acaso no sufren, grandes como menudos, los fríos del invierno y los aguaceros de abril?

—Eso son obras de la Naturaleza, a cuyas leyes forzoso es atenerse.

—¡Ah, mi señor! También las grandes urbes tienen sus propias leyes, tan rigurosas en ocasiones como las que nos dicta Natura. Pues qué, ¿cómo pueden librarse sino los vecinos de las aguas sucias?

—Déjate de sermones, que una cosa advierto: tú has mencionado al Rey, mi padre, y ya tengo para mí que esta ha sido una burla tramada. ¡Pues me lo han de pagar! Al punto me buscáis la ronda y le ordenáis en mi nombre que prendan fuego a la casa, con cuantos en ella moran.

—¡Recio castigo es ese!

—¡También ha sido grande el agravio!

Y sin admitir más reparos, furioso en el gesto, se marchó el Príncipe, dejando apostados a dos de sus criados para que cumpliesen su mandato.

Al ver que ya los criados quedaban solos, asomé a la puerta de la taberna y les chisté:

—¡Eh, vosotros, venid aquí!

—¿Quién nos llama? —respondió el de más presencia, con tono altanero.

—¿Acaso no me conocéis? Soy Tristán, el bufón del Príncipe, que presencié vuestro lance. ¡No pensaréis dar esa orden a la ronda!

—¿Y qué podemos hacer?

—Muy sencillo: inventar una historia para desenojalle, que no es la primera vez que monta estos agravios. Ya sabéis lo que le acaeció a maese Pedro, el zapatero.

—No conozco la historia, pero si es algún disparate, ya la tengo por cierta.

—Que llevándole unas botas demasiado prietas, las mandó hacer picadillo, con orden de que se las comiera, y siempre renegando de que se las había hecho así por mor de hacerle daño y por maquinación del Rey, su padre.

—¡Habrás visto locura mayor! Bien se rumorea que desde los tiempos de la reina doña Juana, la abuela del Rey, aquella que no dejaba enterrar a su marido, Felipe el llamado el Hermoso, no se ha conocido caso igual en Castilla. Y volviendo a nuestro problema, ¿qué se te ocurre, amigo Tristán, que hagamos para aplacar su furia?

—Podéis decirle que avisada la ronda, como él ordenó, nada pudo hacerse en cuanto a quemar la casa, porque había un doliente dentro.

—¿Y qué se le da a él de tales compasiones?

—¡Cuán duros sois de mollera! ¿Hay sino añadille que le metían el Santísimo?

—Bien urdido está, amigo Tristán. Advirtamos pues a la ronda, para que no nos coja en falta el Príncipe, que las mentiras hay que saber redondeallas para que salgan buenas.

Desde la Dehesa de la Villa aparece la ciudad dormida, como si fuera un gigante recogido en sí mismo en las horas nocturnas, apretado entre las mallas de su pobre cerca de mampostería.

La ciudad está dormida, reposando de su diario bregar. Amores y odios han dejado por unas horas su armas. Es la tregua nocturna que se toman sus vecinos. Pero la ciudad, ¿es solamente la suma de tantos afanes? ¿Quizá esos vecinos no sean más que pequeñas piezas de un organismo mayor, aunque ellos en su ilusión se crean independientes? No, me diréis en nombre de la libertad del género humano. Además hombres y mujeres se buscan, se ayuntan, engendran hijos, mientras los pueblos no pueden buscar a sus enamoradas. Saben morir, pero no son capaces de engendrar; sólo de hacer más grandes sus cuerpos, hasta una especie de elefantiasis que provoca náuseas.

Tal comento con mi amigo Julián, el poeta que, como siempre en estos últimos días, me acompaña en mis andanzas fuera de palacio.

—¿Qué dices? —me replica al punto—. Estás pero que muy confundido. ¿Pues qué? ¿Acaso sus emigrantes no son como polen arrojado al viento? ¿Es que ignoras que existen más de una Guadalajara, una Córdoba, un Toledo, una Salamanca? Pregunta a los que vienen de las Indias. Lo que ocurre es que los pueblos se enamoran de forma distinta; eso es todo.

Mientras peroramos de esa guisa, nos dirigimos a la plaza del alcázar. Comienza a clarear, pero el día está gris, amenazando lluvia, como de los fríos del invierno, que estamos a mediado del mes de enero de 1568.

Dejamos pasar el tiempo, mientras discreteamos sobre las últimas nuevas, entre otras de algunas novedosas poesías que nos vienen de Salamanca, donde dicen que se está formando una escuela de jóvenes poetas que prometen mucho.

Le pregunto a Julián:

—¿Y tú conoces alguna de esas poesías de que tanto se habla últimamente? Dímelas si te las sabes de memoria, por tu vida, que sería gustoso de comprobar cuál es su bondad.

Julián se hace rogar, pero al fin se aclara la garganta y me anuncia:

—Estáte atento, que pienso que lo has de celebrar. La que conozco comienza así:

*Del monte en la ladera,
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.*

—¡Qué maravilla! ¿Quién es el autor?

—No lo sabemos de cierto. Firma «Luis el mayor», pero está claro que ese no es su nombre.

—Pues prosigue con sus versos, si es que te sabes alguno más.

—Hombre, no esperarás que te recite de memoria todo el poema. Pero te diré algunos otros que no le ceden en belleza:

*El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido:
los árboles menean
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido...*

—¡Bravo! —exclamé maravillado—. Acaba, por tu vida, y dime el final.

—¡Bien está. Escucha, pues:

*Y mientras miserable
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.
A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,
del plectro sabiamente meneado.*

Para entonces, con tales discreteos, ya era cerca del mediodía y la plaza comenzaba a llenarse de gente del pueblo, y, prestos a coger lo que cayese, de no pocos pobres de solemnidad, o que tal aparentaban, que los picaros nunca faltan. Los corros aumentan. La gente arma un gran vocerío. Preguntamos al primero con quien topamos:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué está la gente tan alborotada?

—¿Es que no sabéis la nueva que corre?

Nos hacemos los ignorantes, como si acabáramos de llegar a la Corte. El hombre nos mira, incrédulo, y se aparta de nosotros. Entonces acudimos a su compañero:

—Os decimos que somos recién llegados.

—¿Entonces ignoráis que nuestro Rey está muy alterado?

—¿Acaso porque nos ataca el Turco? ¿O es que nos hace la guerra otra vez el francés?

Al fin, se decide a hablar:

—¡Pues ni lo uno ni lo otro, que son cosas de palacio, de las que mejor es no hablar.

—Entonces vos, ¿cómo las sabéis?

—Es bien sencillo: mi coima es sobrina de maese Antolín, el pastelero de Palacio.

—Ya.

—Pues así es: maese Martín va al Palacio día tras otro, oye cosas, vuelve a casa, habla con su coima, esta llama a la mía, y ya está.

—Vamos, como si fuerais el mismo secretario del Rey.

—¡Dónde va a parar! Ese sólo sabe las cosas de la guerra, y no siempre.

—Entonces habrá que pensar que talmente estáis tan enterado como si el mismo Rey os llamara a comer a su mesa.

—Hombre, yo no diría tanto.

—Pero ¿queréis decirme de una vez qué nuevas tan terribles son esas?

—Pues las peores: que el Rey, que Dios guarde, tiene poca satisfacción de su hijo don Carlos, el príncipe heredero.

—¿Es cierto eso?

—Como lo oís.

—¡Pardiez! No me extraña demasiado, que son muchas las rarezas que se cuentan de nuestro joven señor.

—Y tantas, que el Rey, para defensa de las Españas quiso establecer una milicia de 40.000 soldados naturales, la mayoría hijosdalgos, con sus capitanes y oficiales.

—Eso sí lo tengo yo también entendido, que tal se pregonó el verano pasado. Pero después nada más se supo de tan aguerrida milicia, que parecía que se iba a comer el mundo.

—Claro, porque el Rey fue advertido de que con ella daba a su hijo, tan inquieto, fuerza armada con que quitalle la corona.

—¡Pero eso sería traición!

—Exacto. Y para evitarla, el Rey cesó en la fundación de la milicia.

—¡Es algo que no se puede creer!

—Pues os diré más, si me prometéis guardar el secreto: me ha asegurado quien tiene motivos para saberlo, que el mal advertido Príncipe, al ser sabidor de cómo se alborotaban las tierras de Flandes, entró en dar oídos a los rebeldes de aquellas tierras.

Quise echar un capote al desventurado y mal aconsejado Príncipe:

—¿No será que está muy quejoso del Rey, su padre? Que también a mí me ha dicho quien sabe de lo que va la cosa que el Rey no ha querido contestar a su cuñado, el Emperador, que le apretaba para casar a don Carlos con su hija, la archiduquesa doña Ana. Ya sabéis, la que nació en Cigales.

—Pudiera ser, pero malo es que el muchacho se enfrente con su padre, y aún peor que trate de fugarse del Reino.

Y bajando la voz, con mucho misterio, el marido de la sobrina del pastelero de Palacio añadió con tono de falsete:

—¡Se afirma que el Príncipe ha escrito a los Grandes de las Españas, con un plan

suyo, pero muy secreto!

—¡Que Dios nos proteja! Que cuando los poderosos riñen, sólo males acaescen a los menudos, humildes y menesterosos.

—Pues esa es la verdad. Y Dios quiera que tan graves principios no nos lleven a los tiempos de confusión de aquel rey don Enrique, que Dios confunda.

—¡Bah! No temáis males tan gordos, que a nuestro rey Felipe nada se le escapa, y a buen seguro que habrá decidido ya lo que ha de hacerse con su turbulento hijo.

Aun así, sería preferible que hubiese más paz en Palacio.

—En eso tenéis razón. Pero añadidme algo, para satisfacer de una vez mi curiosidad: ¿Lleváis aquí tanto tiempo a pie firme porque esperáis alguna novedad?

—¡Claro! Es a mediodía cuando sale el Príncipe y siempre se puede asistir a una brava hazaña suya. Pero silencio, que ahí le tenemos.

En efecto, de las puertas de Palacio salía en aquellos momentos un lucido cortejo acompañando al Príncipe, que iba muy galano, con su gorra de terciopelo negro gentilmente ladeada, su capa roja, las calzas negras y la espada al cinto. Y le oímos que preguntaba con desenfado a su secretario Martín de Gaztelu:

—Entonces, ¿qué te contestó Estébanez sobre mi encargo?

—Que no osaba venir a Palacio a representar sus comedias, aunque en otro lugar lo haría a gusto de Vuestra Alteza.

—¿Y quién se lo impide? ¿Acaso el Rey, mi padre?

—No, mi Príncipe, sino el cardenal Espinosa, desde que es Presidente del Consejo de Castilla.

—¿Con que esas tenemos? Pues esperémosle aquí, que hoy es viernes y ha de acudir por fuerza al Consejo en Palacio.

—Mira lo que te propones, mi señor, no sea cosa de que luego tengas que arrepentirte.

—Si te acobardas, licencia te doy para irte, que a los Príncipes hay que servirlos con ánimo resuelto, o el oficio dejallo.

—Dígame que te acompaño, por mis pecados. Y míralo, que ahí le tienes.

Así era, que llegaba lujosa carroza, de la que vimos bajar al cardenal Espinosa, acompañado de un familiar. Con paso solemne, adoptando aires de gran personaje, aunque para muchos no fuera sino un pobre hombre hinchado de vanidad, se fue abriendo paso entre el gentío que llenaba la plaza, con aire resuelto, como aquel que está seguro de su importancia y del favor que alcanzaba en el ánimo del Rey. Al llegar a la altura del Príncipe le saludó con gran reverencia y con tono melifluo le dijo:

—Buenos días os dé Dios, Alteza. ¿Cómo tan temprano y ya fuera de Palacio?

Y el Príncipe, ceñudo, hosco y sombrío:

—¿Cuándo los asuntos de los Príncipes son de la incumbencia de sus vasallos?

Y el Cardenal, humilde, como queriendo alejar de su cabeza la tormenta que ya barruntaba:

—En eso tenéis razón, Alteza.

—¡Ah! ¿Lo reconocéis vos mismo? Y sin embargo habéis dado orden de que no entrasen cómicos en Palacio. ¿Vos os atrevéis a mí, curilla, prohibiendo a Estébanez que me sirva? ¡Por vida de mi padre que os tengo que matar!

Y antes de que nadie pudiera impedirlo, vemos al irascible Príncipe blandir un puñal y abalanzarse sobre el asustado Cardenal. La situación sería cómica, si no fuese tan grave. Se oye al familiar gritar, angustiado: «¡Socorro! ¡Guardias! ¡Pronto! ¡Aquí!». Se arma el gran escándalo. Por fin, familiares del Cardenal y el propio Martín de Gaztelu logran sujetar al Príncipe, a tiempo que la guardia acude, imponiendo el orden.

Nuestro rey Felipe se halla solo en su cámara del viejo alcázar madrileño; solo, porque aunque yo me estoy en mi rincón, ni siquiera se entera de mi presencia. Parece hartamente inquieto, aunque cuando está en público se muestra impasible, como si nada ocurriera, como si todo estuviera bajo el más estricto control. Y, sin embargo, no es así. Las noticias alarmantes se acumulan en su mesa de trabajo, y es raro el día que no llegue algún correo, a uña de caballo, para dar cuenta de algún nuevo desastre. Al fin, los rebeldes flamencos han demostrado de lo que son capaces y hasta qué punto la maldita herejía ha prendido en sus corazones; y menos mal que nuestro animoso duque de Alba los está metiendo en cintura, al frente de los invencibles, fieros y temibles tercios viejos. Todo allá queda arrollado por el ímpetu de nuestros soldados, de forma que todas las batallas son otras tantas victorias. Hasta los despachos que nos llegan de Londres nos señalan que la reina Isabela, siempre tan arrogante y tan desdeñosa, de nuevo nos hace carantoñas, no sea que al Duque se le antoje apuntar a las mismas Islas. Y el pueblo comenta jactancioso que no hay como la mano dura para resolver estos negocios. Pero yo no estoy tan seguro, que a la postre esas tierras quedan muy lejos y siempre será difícil mantenerlas en nuestra opinión, que ni siquiera se les entiende, ni ellos nos entienden a nosotros.

Y no se trata sólo de los flamencos; también los moriscos de las Alpujarras granadinas nos han declarado la guerra, alzándose al monte, porque quieren vivir según sus antiguas leyes y costumbres, y reniegan de las nuevas ordenanzas mandadas pregonar por el Consejo Real, que en una Monarquía tan católica no cabe que haya súbditos musulmanes.

Demasiados conflictos graves para nuestro soberano, que la amenaza del Turco sigue siendo terrible y los ataques de los corsarios en el mar constituyen el pan nuestro de cada día. Y además, todavía está vivo, y cada día más espinoso, el conflicto que genera cada jornada nuestro amado príncipe don Carlos. Cada día que pasa son más frecuentes sus choques con el Rey, su padre, y nadie sabe adonde irá a parar con su alocada actitud. Se rumorea que tiene planes secretos, y para mí que esto es lo que más tiene desasosegado a nuestro Rey.

Mas, silencio, que entra el secretario Zayas, y a buen seguro que tendrá algo grave que comunicar a su señor:

—Majestad —anuncia demudado—, el serenísimo don Juan de Austria, vuestro hermano, solicita veros.

—No, ahora no. Decidle que ya será avisado.

Pero Zayas no se mueve. Vacila, agita la mano diestra, con gesto suplicante.

—¿Y bien?

—Perdonad, mi señor, pero vuestro hermano me apretó diciendo que era muy, pero que muy aína.

El Rey se resigna a escucharle. Don Juan le saluda, hincando la rodilla izquierda

en el suelo.

—Alzaos y decidme sin más preámbulos lo que os trae a mi presencia. ¿Acaso algún negocio nuevo del Príncipe, mi hijo?

—Adivinasteis, señor.

—No os sorprenda. De cada diez avisos que me llegan estos días, nueve los debo a su curioso afán de novedades.

—Sin duda no os falta información, señor.

—Jamás escasea a un Rey, si es precavido.

—Entonces poco os podré decir yo ahora que no sepáis ya, pero mi lealtad hacia Vuestra Majestad me obliga a venir a vuestra presencia. Vuestro hijo, señor, me ha llamado en secreto, y de eso os supongo enterado, pero quizás no lo estéis tanto de los términos de su propuesta.

—Espero que vos me lo digáis.

—En principio le di oídos por ser vuestro hijo y por tenerle ley, no he de negarlo; pero no hasta el punto de seguirle en lo que me proponía.

Y el Rey, con tono cortante:

—¿Y fue?

—Antes prometedme, Majestad, que no será muy grande vuestro rigor, y que lo tomaréis más como padre indulgente que como Rey justiciero.

Entonces vi estallar al Rey como pocas veces en mi vida en la Corte. Perdido todo control, amenazó a su hermano con el gesto, con las palabras y hasta con los gritos:

—¡Cómo! ¿Condiciones me ponéis? ¡Terminad pronto vuestra embajada, que os aseguro por quien soy que vuestras dilaciones empiezan a causarme enfado!

¿Quién no se hubiera arrugado ante tal explosión de cólera? He oído decir que los arrebatos de furia de nuestro Rey causan tal impresión, que en alguna ocasión ha provocado el triste final del cortesano que tal ha sentido en sus carnes; que la pérdida de la gracia regia es tanto como la muerte en la Corte. Pero allí pude comprobar que don Juan de Austria no es hombre que se amilane fácilmente, que no en vano corre por sus venas la sangre de su padre, el glorioso emperador Carlos V, que Dios tenga en su seno. Así que con voz entera y tono pausado, como si no le alteraran lo más mínimo las voces del Rey, le contestó:

—Jamás he traicionado a nadie, señor, ni nunca he sido amigo de andar de correveidile. Y sin juramento me podéis creer que me repugna dar este paso en que ahora me veis. Y si lo hago es porque me da harta lástima del Príncipe y porque temo que caiga en otros desatinos que agraven aún más su situación. Lo cierto es que se porta tan locamente con sus gestos, con sus palabras y con sus proyectos, que no se le puede creer en su sano juicio, y así os ruego que lo toméis. En suma —añadió, ante un gesto de impaciencia del Rey—, me pidió que le acompañara en la fuga que tiene preparada para Alemania, donde espera contar con el apoyo de su tío, el emperador Maximiliano, casando allí con la archiduquesa Ana. Tras lo cual, proyecta pasar a los Países Bajos, para hacerse cabeza de aquellos descontentos. Yo le traté de aquietar y

de quitarle tan disparatadas ideas de la cabeza, mostrándole cuán mal iba en todo ello y tan en contra de la lealtad que estaba obligado a vuestro regio mandato, pero nada conseguí. Y entendiendo que era traición callar por más tiempo en materia tan grave, he venido a daros cuenta de todo. Tal es mi falta, señor.

El Rey se sintió vencido por su hermano, por la importancia de las novedades que le contaba de don Carlos y por la dignidad y entereza que había mostrado en su difícil embajada:

—No hay falta en vos, sino en mí, hermano. Y ahora, aclaradme ese punto: ¿os declaró el Príncipe la fecha precisa en que proyectaba su fuga?

—Señor, no; pero me dio la impresión de que todo era inminente.

—Sí, eso se ajusta con lo que me escribe el Correo Mayor, Raimundo de Tasis: que el Príncipe le pide postas a toda furia, y que no sabe cómo dilatar más su respuesta. Ahora, podéis retiraros. Nos habéis hecho un señalado servicio, como lo esperábamos de vuestra reconocida lealtad, y no lo olvidaremos.

En cuanto don Juan de Austria abandonó la cámara regia penetró en ella Magdalena Ruiz, mi gran rival en las mejores bufonadas de Palacio, y al punto yo me uní a ella, saliendo del oscuro rincón donde parecía dormir, e iniciamos ambos a dos nuestras consabidas piruetas, con ánimo de alegrar el ánimo de nuestro sombrío soberano. Pero el Rey no estaba para chanzas y nos soltó de inmediato una gruesa andanada:

—¿Qué hacéis aquí? ¡Fuera!

Mas nosotros, acostumbrados a capear los más gruesos temporales de la Corte, no le hicimos caso, que tal es el privilegio de los buenos bufones: hacer rabiar, si el caso llega, a los mismísimos reyes.

—¿Para cuándo están tus bufones, sino para cuando se te recrece la cólera? —tal fue mi réplica.

—¿Qué sabrás tú, Tristán!

Aquella alusión a nuestra ignorancia en los asuntos de Palacio no la pudimos soportar, porque dañaba a nuestra propia dignidad profesional. Así que nos miramos el uno al otro, con aire de complicidad. Yo le pedí a Magdalena Ruiz su consentimiento:

—¿Se lo decimos?

Y Magdalena, con ánimo resuelto:

—Lo sabemos todo, mi Rey.

—¡Deslenguados! ¡Os mandaré azotar!

—¡Je! —le contesté yo, dando una cabriola—. ¿Por cumplir nuestro oficio?

—¿Y cuál es tu oficio, bribón? —había ya un tono más festivo en nuestro Rey; a fin de cuentas, comenzaba el efecto de nuestras bufonadas, que no hay soberano que se resista a desfruncir el ceño cuando los bufones hacen alarde de sus gracias—. Yo te lo diré —añadió, casi risueño—: brincar y echar risotadas a destiempo.

—Esa es la apariencia, señor, que también importa —le precisé yo.

—Para que tus cortesanos no nos tengan envidia —añadió Magdalena.

A partir de ese momento, iniciamos un bombardeo sobre nuestro Rey, con andanadas de todos los calibres.

—Pero también debemos tener el oído fino.

—Y saber husmear por Palacio.

—Averiguar lo que ocurre tras cualquier puerta.

—Quienes juegan y beben.

—Y con qué damas se acuestan tus criados.

—Y aun si conspiran.

El rey Felipe volvió a ensombrecer el rostro, que sin duda el horno regio no estaba para semejantes bollos:

—¡Basta! ¡Chismes de Palacio!

Aun así, me atreví a recordarle:

—Chismes que te divierten.

Y Magdalena:

—¡Qué sería de los Reyes sin sus bufones!

Y el Rey, otra vez festivo, ante tamaña ocurrencia:

—Su Santidad, Pío V, no los tiene.

—¡Bah! Ya tiene a sus cardenales.

Aquella alusión a los grandes prelados tuvo la virtud de hacer gracia al Rey.

—¿Te igualas con un cardenal, Tristán? No te oiga Espinosa.

—¡Jesús! Dios no lo quiera. Por mis muertos que no pensaba en él.

—¿Y cómo? ¿Acaso no lo es?

—Y tanto que lo es, pero también del Santo Oficio, y yo acuérdate más del Inquisidor.

Entonces acudió en mi auxilio Magdalena Ruiz, sentenciando:

—Nosotros no nos comparamos con los cardenales. ¡Los aventajamos!

—Magdalena, tú has vuelo a beber.

—Eso no hace.

—¿Cuál es la adivinanza?

—Un cardenal siempre esconde la verdad.

Y yo, orgulloso:

—¡Y nosotros las soltamos!

—Disparates.

—¡Verdades!

—¿Y siempre hay que decir la verdad?

—Al menos, siempre hay que saber escucharla, que no todos pueden.

Y el Rey, fiero:

—¡Yo sí puedo!

En verdad que estaba fiero nuestro Rey. Se veía acorralado por nuestras punzadas, pero entraba en el juego, como si en ello le fuera su prestigio, incluso más de hombre

que de soberano.

—¿Tan seguro está mi amo? —le acució yo.

—Tan seguro.

—¿También sobre el rebullir de tu cabeza?

—¡Qué sabrás tú!

—¡Je! ¡Buen bufón sería yo si no lo alcanzara!

Y el Rey, receloso:

—¿Qué te imaginas, Tristán?

—Que te asusta pensar que puedes mandar la muerte, como si fueras Dios.

—Como todos los Reyes.

El juego se transforma, de pronto, en una esgrima peligrosa, en la que el Rey entra cada vez más grave y más pensativo. No deja de darnos pena de él, pero no soltamos nuestra presa.

—Pero no todos los reyes amenazan a sus hijos.

—¡El me amenaza a mí!

Y Magdalena, suplicante:

—¡No lo hagas, mi Rey!

Y yo, sentencioso:

—¡Teme al juicio de la Historia!

—Porque lo temo tengo que ser fuerte!

—¡Recuerda a tu padre, el Emperador!

Y el Rey, siempre firme:

—¡Porque lo recuerdo, tengo que ser fuerte!

—Tu padre te dejó el poder en vida —le indiqué yo.

—Mi padre tuvo más fortuna que yo. ¡Su hijo no se rebeló contra él!

—Pero tuvo loca a su madre.

Y Magdalena, remachando:

—Y le bastó tenerla bien guardada.

—Que tu hijo no está más cuerdo.

—¡Guárdate de mandarle la muerte, mi Rey!

—¡Mira que es tu hijo!

—¡Ya habéis hablado de más! ¡Pronto! ¡Fuera!

Y tuvimos que marcharnos más que a paso; eso sí, no sin ir cuchicheando entre nosotros.

Dejamos al Rey zambullido en su soledad. Nos lo imaginábamos yendo de un lado a otro de su cámara, vacilando antes de tomar una decisión. De pronto oímos una gran voz:

—¡Cesen ya las dudas! ¡Por Dios, que el mundo va a saber quién es Felipe, el rey de las Españas!

Y a sus fuertes palmadas vimos acudir, solícito, al secretario Zayas.

—¿Llamabais, gran señor?

—Sí. Que se despachen estas cartas para mis consejeros de Estado, con la orden expresa de que les aguardo esta misma noche en Palacio.

—Saldrán luego, señor.

—Y para vos estas instrucciones que os dejo en pliego firmado y sellado. No las abráis hasta las ocho de esta misma tarde.

—Vuestra Majestad quede sin cuidado, que en todo se cumplirá vuestra voluntad.

—Así lo espero, que es negocio en que me va más de lo que podéis suponer.

Y dadas su órdenes, vimos al Rey dirigirse hacia las habitaciones de la Reina.

La puerta de la cámara regia entreabierta nos permitió oír el monólogo que sostuvo Zayas, que nos dejó turulatos:

—Y supongo bastante —fue el comentario que hizo a las órdenes del Rey. Y a poco, añadió—: ¿qué dirán las instrucciones? Aún faltan más de cuatro horas para abrirlas. ¿He de aguardar tanto tiempo? ¡Veámoslas, que es imposible contener la curiosidad!

Como cada vez bajaba más la voz, Magdalena y yo nos acercamos sigilosamente, y miramos con el mayor cuidado a través de la entreabierta puerta. El secretario Zayas estaba de espaldas, sin sospechar ni remotamente que podía ser espiado. Lo vimos vacilar, al tiempo que decía:

—¿Y si el Rey cambia de parecer y me las exige antes de la hora? Entonces se descubriría todo el pastel y el castigo sería más severo. Pues ¿cómo me justificaría?

Pero, por último, en un arrebato de genio, añadió:

—¡Bah! Ya se me ocurrirá algo.

Abre las instrucciones y lee en voz alta, llenándose de asombro como si no pudiera creer lo que estaba viendo:

—«El secretario Zayas tendrá buscados clavos y martillos y a tres de los criados de Palacio de más antiguo y fiel servicio, para un asunto que ha de cumplirse esta misma noche». Firmado: «Yo, el Rey».

—¡Clavos y martillos! ¡Y todo el billete escrito de la mano del Rey! No cabe duda: algún extraño misterio se esconde detrás de esta orden.

Y se alejó, obligándonos a escondernos con precipitación. Cuando lo perdimos de vista, y dado el giro extraño que estaban tomando los acontecimientos, decidimos ir en busca de nuestro Rey (que tal es el privilegio de los bufones) seguros de que algo

grave se estaba cociendo. Y lo encontramos en los aposentos de la Reina, nuestra dulce Isabel de la Paz. Y pudimos ver cómo el Rey, con tono destemplado —que es esa la fea costumbre de los poderosos de este mundo, mostrar sus enojos de forma impertinente, aunque anden escasos de razón—, le decía:

—Señora, echo en falta a mi hijo don Carlos. ¿Acaso se os pasó mi ruego de que le invitarais a gozar de vuestra velada esta tarde?

—Nada de eso, mi señor —le contestó dulcemente nuestra buena Reina—. Cumplí vuestras órdenes, así que le espero por momentos, si bien me advirtió que está tan atareado que sólo por ser mía la invitación dejaría unos instantes su quehacer.

En ese momento, la guardia real anunció solemne:

—¡Su Alteza Real, el príncipe don Carlos!

Isabel, nuestra gentil Reina, salió a su encuentro:

—Temía ya, Príncipe, que no os dejaran vuestras ocupaciones y que nos ibais a privar de la alegría de veros.

—Os prometí, señora —le contestó risueño el Príncipe—, que aceptaría vuestra invitación, aunque sólo fuera por unos breves momentos.

Y al ver al Rey, guardando las formas, con tono reverente:

—Señor...

—Me preocupáis, hijo —era el Rey quien así hablaba—. Pues qué, ¿tanto trabajo tenéis ahora entre las manos?

—Al menos, Majestad —le replicó don Carlos—, es un negocio en el que pongo toda mi ánima.

—No lo dudo. Y a buen seguro que eso os fatiga en demasía, a juzgar por vuestro aspecto.

—¿Me permitís advertiros, señor, como tan humilde hijo vuestro que soy, que también vos parecéis cansado?

—Una cabeza coronada nunca tiene fácil ni profundo el sueño. Ya lo sabréis algún día.

—¿He de suponerlo así?

Era como un duelo entre dos consumados espadachines, como un choque entre dos temperamentos distintos que al fin, tras muchas dilaciones, hubieran decidido entrar en conflicto. Y como la tensión cada vez era mayor, nuestra joven Reina, con su habitual prudencia, intervino para que la conversación tomara un rumbo distinto.

—Mi señor —fue su súplica al Rey—, dejemos los asuntos de Estado para mejor ocasión.

—Tenéis razón, señora. Perdonad nuestra descortesía. Y ahora decidme: ¿No os habían anunciado unas pinturas de París?

—Y han llegado, señor. Precisamente esa era mi mayor sorpresa para esta noche. Acompañadme, si os place.

Se dirigió a un rincón de la sala y descorrió una cortina, dejando al descubierto dos retratos de buen pincel.

—¿Adivináis quiénes son, señor?

—Dejadme ver. Bien, habéis de recordarme que felicite a vuestra madre, mi señora doña Catalina, por tener tal pintor de cámara, que le envidio. No. Lo digo de corazón. No lo haría mejor ni el mismo Antonio Moro. ¡Cómo! Os digo que el propio Tiziano las daría por buenas. Sin duda, esta es vuestra amada madre, mi señora doña Catalina, pero no acierto quién pueda ser la otra.

—En tal caso —le replicó con tono festivo nuestra Reina— tendré el honor de presentaros a mi hermana pequeña, doña Margarita, señor.

—Comprendo. Mas he de añadir que es mejor lienzo el de vuestra madre.

En ese momento, y tras unos instantes de silencio, se oyó al Príncipe exclamar, como desafiando la opinión del Rey, su padre:

—¡Es más hermosa la pequeña!

A lo que la Reina, con sonrisa bondadosa, le comentó:

—Sería una linda esposa para vos, Príncipe.

—¡Ah! ¡Ah! —seguía en sus exclamaciones don Carlos—. ¡La más hermosa es la pequeña!

Grandes carcajadas del Príncipe. Damas y caballeros se miran asombrados. Por suerte, una campana toca a vísperas. Como si se tratara de una señal, el Rey se alzó dando por terminada su visita.

—Señora —dijo a la Reina—, no os fatigamos más. Y vos, hijo, debierais recogeros pronto a vuestra cámara, que mañana tengo preparada una cacería en vuestro honor.

Para añadir, con un tono de pronto cortante, casi amenazador:

—Será una dura jornada para todos, os lo aseguro.

Se ha echado la noche sobre Madrid. Un viento helado sopla desde la sierra, que no en vano corre ya el mes de enero del año del Señor de 1568. Las plazas, calles y callejas están desiertas. Sólo algún viandante rezagado apresura el paso para encontrar refugio. Sombras sospechosas se afilan en las esquinas, se aplastan contra los quicios de las puertas, se esconden siniestras tras las columnas de los soportales.

En Palacio todo el mundo duerme, que es cerca de la medianoche. Todo el mundo, con alguna excepción, que los hábitos normales no rezan, en esta ocasión al menos, ni con el febril príncipe don Carlos, ni con su padre, el Rey, vigilante y receloso.

En la cámara del Príncipe, donde me he refugiado esta noche, un buen fuego nos calienta, que buena falta nos hace, pues todos sentimos como un frío interior, como si un vago presentimiento nos estuviera advirtiéndolo de mil amenazas que pesan sobre nuestro joven señor. Las ondulantes llamas hacen bailar a las sombras. Sobre una gran mesa tres candelabros, portadores de otras tantas gruesas velas, ayudan a darnos luz.

El Príncipe se halla indolentemente recostado sobre su lecho, pero vestido y armado. Su secretario, Martín de Gaztelu, se impacienta:

—Príncipe, debo recordarte que todo está a punto para vuestra empresa, y que el tiempo apremia.

—Lo sé, mas hemos de esperar noticias del Correo Mayor. En su último despacho me advierte que tiene todos los caballos en las carreras.

—¡Olvídate del Correo Mayor, mi señor, no sean largas que quiera darte! Yo te he preparado dos corceles que no los tiene mejores ni el mismo Rey, tu padre.

Interviene un criado, de los antiguos, de nombre Rufino:

—Y cada día que pasa corres más peligro de ser descubierto.

—No, os digo. Esta noche, no. Que mañana habrá gran cacería en mi honor y no he de faltar.

—¿Te preparas para rebelarte contra tu padre y piensas ahora en cacerías? ¡Príncipe! Guárdate de tal diversión, no seas la pieza mayor que quiera cobrar el Rey.

—¡Bah! No se atreverá. ¡No contra su hijo!

—Mi señor, advierte que los reyes se atreven a todo.

—¡Je! —intervengo yo—. Del amo y del mulo, cuanto más lejos más seguro.

Y el Príncipe, riendo:

—¿Es que asemejas a mi padre con un mulo, lengua de víbora? Bueno se pondría, si llegase a sus oídos.

De pronto, se toma serio:

—Merecerías un recio castigo, atrevido, que a la postre, el Rey es el Rey, y le debes todo acatamiento.

Y yo, mortificándole, a riesgo de cualquier sonada:

—Pero tú sí te atreves contra él. ¿Y eso cómo lo llamas, mi amo?

—Dímelo tú, sabioncillo.

—Tiene un nombre bien redondo.

—Vamos, dílo de una vez.

—No, que luego te disparas, y lo pagan mis huesos.

—Te prometo escuchar lo que me digas.

—¿Aunque te escueza?

—Te doy mi palabra.

Con ese seguro, aunque no del todo tranquilo, solté lo que tenía dentro.

—Está bien, mi amo. Yo a eso lo llamaría alta traición. Y conoces su pena: la cabeza.

Oírlo el Príncipe y abalanzarse sobre mí todo fue uno.

—¿Yo traidor, hijo de perra? ¡Este será el último día de tu vida!

Y echándome las manos al cuello, apretaba con todas sus fuerzas. Me salvó el que Martín de Gaztelu interviniese con autoridad:

—¡Príncipe! Otros deberes te aguardan. No es hora de que pierdas la calma con este deslenguado.

El Príncipe afloja y acaba soltándome. Yo corro a refugiarme en mi rincón. En ese momento un fuerte aldabonazo resuena en la puerta y nos sobrecoge a todos. Don Carlos echa mano a sus armas, pero reacciona al punto y, como avergonzado de su propio temor, ordena a su criado:

—Mira quién es.

—No abramos, señor, que es cerca de la medianoche y lo que sea bien puede esperar a mañana.

—Abre de una vez, no sea el aviso del Correo Mayor que estoy esperando.

El criado Rufino desaparece en la antecámara y vuelve a poco.

—Señor, es un correo que dice venir de Flandes.

—Asómate tú, Martín de Gaztelu, y si es así, hazlo pasar.

—¿Será prudente, mi amo? Que si caso fuera que lo descubrieran aquí y a estas horas, estarías perdido.

—¡Hazle entrar, te digo, y cesa en tus miedos!

Martín de Gaztelu obedece, abre la puerta de la antecámara y hace señas al correo. Al entrar en la estancia, el correo hinca su rodilla en tierra y saluda ceremoniosamente a nuestro señor:

—Príncipe, me manda el señor de Montigny. Me encargó que, en caso de que le apresaran, os entregara el mensaje que él traía para vos.

—¿Cómo? ¿Montigny preso?

—Así es, Alteza.

—¿Y el mensaje?

—Es de palabra, mi señor, pero no sé si debo...

—Habla sin temor, que aquí, al menos, estoy entre mis leales.

—Se me ordenó, señor, que os encareciese mucho me entregaseis una proclama de aliento a mis compatriotas, anunciándoles vuestra próxima llegada.

Ante tal apremio, Martín de Gaztelu alzó su mano

—¡Ten cuidado, Príncipe! Evita algo que pueda comprometerte sin remedio.

Aquella intervención indignó al correo:

—¿Acaso se duda de mi lealtad?

Y don Carlos, por una vez precavido:

—Estaría en mi derecho, ¿no es así? Que no serías el primero en traicionar un secreto.

—Reconozco, señor, que corréis un riesgo. Y a fe mía que, si queréis ser nuestro caudillo, no será el último.

—No insistas. Di allá a tus compatriotas que mi presencia ante ellos, que ha de ser muy en breve, les asegurará, mejor que con ninguna proclama, sobre mi decisión. Y vete ahora y cuida de que nadie te vea.

El correo flamenco, visiblemente contrariado ante el fracaso de su misión, se dispone a salir, pero Rufino le hace un signo de que aguarde unos instantes, para comprobar si el terreno está libre. Entreabre con sumo cuidado la puerta de la antecámara y se asoma al pasillo. Al verlo despejado, hace señas al mensajero para que salga.

Entre tanto, don Carlos se revuelve inquieto en su cámara.

—¡Pronto! —ordena a Gaztelu— ¡Haz volver a ese hombre!

—¡Pero señor...!

—¡Haz lo que te digo!

Gaztelu pasa la orden a Rufino:

—¡Busca a ese correo! ¡Aprisa!

Rufino corre raudo por los pasillos de Palacio. Los corredores, a esas horas de la noche, están desiertos. Al fin da con el mensajero cuando se disponía a salir por una puerta de servicio. Regresan ambos, jadeantes, a la cámara del Príncipe.

—Creí que no llegabas nunca.

—¿Acaso habéis cambiado de pensamiento, Alteza?

—Así es, en efecto, pues en verdad no os falta razón: un caudillo ha de estar pronto para afrontar cualquier peligro. Martín de Gaztelu, lee la respuesta que hemos preparado.

—Este es el mensaje de mi señor: «A mis leales súbditos de los Países Bajos: Yo os prometo que pronto me tendréis entre vosotros, dispuesto a correr vuestra suerte. Madrid, 18 de enero de 1568. Yo, el Príncipe».

—Gracias, señor. Es más de lo que esperábamos.

—Bien puedes afirmarlo. Y ahora vete, sin más demora, con los tuyos.

El correo coge jubiloso el mensaje y, tras una reverencia, sale apresuradamente, olvidada ya toda precaución. Al doblar el pasillo se da de bruces con la guardia real, que le apresa en silencio. Tras ella asoma el Rey, acompañado del Consejo de Estado.

La guardia registra al correo y da con el mensaje del Príncipe y se lo entrega al duque de Feria, como su capitán; el cual a su vez se lo pasa al Rey, quien lo lee a la luz de los hachones que porta la guardia. Tras un breve alto, el siniestro cortejo regio sigue su marcha, hasta llegar a la cámara de don Carlos. Allí la guardia real se coloca en dos filas, haciendo pasillo. El Rey permanece unos instantes quieto, la cabeza sobre el pecho, el ánimo sin duda encogido. A través de la puerta se oyen las exclamaciones del enardecido Príncipe, ante la perspectiva que le ha abierto el correo flamenco de acaudillar la rebelión contra su padre. En vano Martín de Gaztelu trata de calmarlo:

—¡Yo soy el Príncipe heredero! ¡Y el mundo va a saber ahora quién soy yo! Me ahogan las paredes de palacio. ¡Yo nací para guerrear, para mandar ejércitos, para batirme en campaña, como mi abuelo el emperador Carlos V! ¡Y para ir de un lado a otro de mis Reinos, no para enmohecarme en Palacio, ni para pasear entre Madrid y El Pardo o entre Madrid y El Escorial!

Y Martín de Gaztelu, olvidada ya toda prudencia, ganado por su entusiasmo:

—¡Tu abuelo, el Emperador, de tan felice memoria, era un soldado!

Y el criado Rufino, haciéndose eco:

—Y no le asustaban los viajes.

Cargaba Martín de Gaztelu:

—Había andado media Europa.

Casi le quitaba la palabra Rufino:

—Y saltado al África.

Y los dos, enardecidos:

—¡Y tú llevas su mismo nombre!

Las alusiones de los criados exaltan a don Carlos, le ponen en abierto paroxismo:

—¡Yo volveré a traer días de gloria a las Españas!

—¿Guerrearás?

—¡A la cabeza de mis tercios viejos!

Martín de Gaztelu, sentencioso, como seguro del triunfo de su amo:

—Domeñarás la Francia.

Y Rufino:

—¡Y la Inglaterra!

Don Carlos se pone en pie, alza los brazos, desafiante:

—¡Y pondré el pendón de Castilla sobre los muros de Argel! ¡Y venceré al fiero Turco! ¡Y entraré en los Santos Lugares!

Otra vez juntan sus voces los criados, como si fueran los personajes de un antiguo coro:

—¡El mundo será tuyo, gran señor!

Don Carlos los abraza conmovido ante aquellas visiones de gloria, entre el humo de las batallas. Tras de lo cual, se desciñe la espada y la deja sobre el lecho. En ese momento penetran en la antecámara el Rey y su cortejo, reduciendo al criado que dormitaba en un asiento, sin que don Carlos y sus criados perciban nada, enardecidos

como están por las grandezas que ven entreabrirse ante ellos. La guardia real se coloca a los dos lados de la puerta de la cámara del Príncipe. Súbitamente, ante un signo del Rey, el duque de Feria, como capitán de la guardia regia, abre la puerta de golpe y entra seguido de la guardia. Sorprendido, don Carlos medio se incorpora sobre el lecho en que se había echado. Al ver todo aquel aparato de fuerza exclama, asombrado:

—¿Qué quiere a tal hora en mi cámara el Consejo de Estado?

Percibe entonces al mismo Rey, su padre, y se queda petrificado. El duque de Feria se adelanta y rápidamente se apodera de las armas del Príncipe, mientras la guardia reduce a Martín de Gaztelu, a Rufino y al resto de los criados de don Carlos. Sólo yo, ante un gesto del Rey, permanezco libre. Que tales son los privilegios de los locos en Palacio.

Don Carlos, paralizado por el terror, consciente de pronto que se ha producido su ruina, balbucea entre sollozos:

—¡No estoy loco, sino desesperado! ¿Acaso quiere Vuestra Majestad matarme?

Se adelanta el Rey, grave, solemne:

—Sosegaos, que esto se hace por vuestro bien. Sólo se os mantendrá en vuestra cámara mientras se aclare vuestra conducta.

Y dirigiéndose a sus consejeros:

—Señores, proceded con vuestro deber, conforme a las instrucciones que tenéis.

El secretario Zayas avanza entonces y comienza a dar órdenes. Los criados que le secundan clavan al punto puertas y ventanas. Ruy Gómes de Silva, el privado portugués del rey Felipe, se apodera de los papeles del Príncipe, que encuentra en un cofrecillo. El Rey se retira, mientras don Carlos se arroja sollozando sobre su lecho, cercado por la guardia.

Mientras, el siniestro resonar de los martillos se me antoja la más fúnebre de las músicas. Que así es cómo acaeció la prisión del príncipe don Carlos, uno de los sucesos más raros y más graves de nuestra grave y rara Historia.

Dominado por la tristeza, abatido por el sentimiento de la impotencia del ser humano ante la adversidad del destino, cuando no golpeado por la crueldad de los poderosos, fui en busca de un amigo en quien refugiarme; pero, para mi desgracia, Julián Fernández, el poeta borrachín, había salido de Madrid, invitado por sus colegas, los poetas de Salamanca; poco antes había recibido a uno de ellos, de nombre Francisco Sánchez, quien le había encantado con otra poesía de aquel Luis el Mayor, que empezaba así:

*Recoge ya en el seno
el campo su hermosura, el cielo aoja
con luz triste el ameno
verdor, y hoja a hoja
las cimas de los árboles despoja.*

Recuerdo que Julián, entusiasmado, me había comentado:

—Tengo que ir a Salamanca. ¡Me va la vida el conocer a ese Luis el Mayor! Además, quiero enseñarle alguna de mis poesías, saber de una vez por todas si valen algo o si he de tirarlas a la basura.

—¿Y cuál le piensas leer? Ya la puedes escoger bien, que de las que te conozco, no en todas estás demasiado inspirado.

—En eso llevas razón. En principio había pensado en aquel poema que compuse a mi desdeñosa enamorada, que comienza:

*Te vi lejana y distante, ¡tan inaccesible!
Te vi entre brumas y sueños, ¡tan altiva y hermosa!
Como si la fábrica graciosa de tu rosa
fuera, al cruel paso del tiempo, insensible.*

—Sí, la recuerdo, y no me parece mal. Comprendo tus afanes por verte con ese gran poeta. Acaso tú tengas la fortuna de conocer personalmente a ese que sin duda será un gran hombre, de los que aparecen en la vida de los pueblos de tarde en tarde. Lástima que no pueda acompañarte.

De forma que yo mismo le animé a que se fuera de la Corte, aunque bien sabía que corrían tiempos en los que pronto necesitaría ayuda.

Abandonado a la soledad, estuve vagando por la villa y Corte sin norte alguno. Pasé días de tumbo en tumbo, no me avergüenza el decirlo, entre gentes que parecían tan desdichadas como yo y tan abandonadas a su negra suerte. Bebí, ay, más de la cuenta, y en más de una ocasión me desperté en cuartos desconocidos y entre personas de turbio aspecto; pero ¿acaso era mejor el mío? Pues en verdad que apenas si sabía si era de noche o de día. Me encontraba incapaz de sobreponerme, de salir de

aquel estado de postración. Y no hubiera sido extraño amanecer un día perdida la razón, o perdida la vida, de igual manera que ya se había perdido toda compostura.

De tales jornadas, vividas entre brumas, sólo recuerdo con nitidez una transcurrida en una taberna, entre curtidos bebedores. Fue, lo recuerdo también, en la taberna sita en la plazuela de la Cruz Verde. Los bebedores comentaban a su aire las pequeñas cosas de su mundo tabernario. También, de cuando en cuando, los asombrosos sucesos que se sabían de la Corte.

Se oía pregonar a un parroquiano de la casa, con voz estropajosa:

—No es mal vino el que nos da el tío Frascuelo.

Otro, más crítico, o quizá menos bebido, replicaba:

—Pues mejor lo daba.

Se inició una discusión entre borrachos.

—No le hagamos ascos, que peores los he bebido. Y cuando menos, tiene algo notable.

—¿Que es buena el agua que le echa Frascuelo?

—No van por ahí mis cábalas.

—¿Qué, entonces?

—Que, al menos, uno es libre de tomarlo o dejarlo.

—¡Donosa doctrina es esa! Creí que otra era la adivinanza.

Intervino un tercero:

—¿Pero no os dais cuenta que eso no todos lo alcanzan?

Para añadir, con aire misterioso:

—¡Sus, y recogeros aquí! Lo que yo os digo, bestias, es que el más mísero de nosotros es más afortunado que nuestro Príncipe. ¿O es que no sabéis lo que se dice de su encierro?

Tal anuncio nos dejó a todos suspensos. Yo, que había estado callado en mi rincón, entré entonces a la carga, para sonsacar a aquel hombre, haciéndome forastero en la Corte.

—¿Y qué nuevas son esas? Que yo nada sé, que vengo de muy lejos.

—¿Nada? ¡Pues bueno fue el trueno! Ahí es nada: que el Rey ha puesto en estrecha prisión a nuestro Príncipe.

Y su compañero comentó:

—¡Bien le llaman don Carlos el desdichado!

—Por fuerza —aduje yo, sentencioso— ha de estar sujeto a otros quien no lo está a la razón.

Miróme sorprendido el primer bebedor, y pareciéndole que ya había hablado demasiado ante extraños, replicó:

—Mejor será que sellemos la boca con el dedo. El silencio nos guarde, que los pobretones no hemos de meternos en las cosas de Palacio.

No quise darme por vencido. Traté de obligarles a seguir el tema. Quería sacarles lo que pensaba el pueblo sobre nuestro Príncipe. Así que añadí, no dándome por

rendido:

—Bien está, aunque la prudencia de nuestro Rey es clara.

Eso provocó, como esperaba, al primer bebedor.

—¿Y no os da pena del Príncipe? He oído decir, a quien lo sabe de buena tinta, que en el Rey la risa y el cuchillo son confines. Y con su hijo único tal encierro no es poca severidad, ni pequeño rigor.

—En los reyes, amigo mío —insistí yo—, la severidad puede ser prudencia. Máxime que nunca se sabe, por aquello de que no hay mal que por bien no venga. ¿Y si de estas nos sale un Príncipe arrepentido, y vuelto a la razón y al servicio de su Rey?

Tales razones tuvieron la virtud de encolerizar más a mi interlocutor. Dando una gran voz y golpeando con su puño en la mesa, exclamó:

—¡Así que creéis que lo mejor que le puede pasar a nuestro Príncipe es el encierro y la prisión! No niego yo —añadió, algo más comedido— que el Príncipe, como muchacho desfavorecido, pensase mal, y hasta concedo que hablase a las veces con algo de ligereza o de resentimiento. Pero obrado, no. ¡Y acciones son las que cuentan!

—¡Vamos, vamos! —le rebatí, con ánimo de sonsacarle todo lo que llevaba dentro—: Que el Rey es de gran consejo, como se ha visto desde los tiempos en los que, aún mozo, le dejaba su padre, el Emperador, que Dios tenga, al gobierno de las Españas. ¿O es que ya no os acordáis de aquellos años? Así que, si obró como obró, es que fuerza grande le habrá obligado, forzándole a tal determinación.

—Mas recordemos que los reyes siempre son celosos de los que les han de suceder, y que les desplace el ingenio, ánimo gallardo y espíritu generoso y grande, cuando se cobija en sus hijos.

La discusión cada vez era más viva, pero yo no me amilané, y quise seguir mi postura de defensor del Rey, aunque celebrando lo que oía sobre mi señor, el Príncipe:

—Antes bien —argüí—, yo diría que, por mala naturaleza, los herederos, espoleados del deseo de mandar libremente, salen menos leales y hasta acaban haciéndose cabeza de descontentos.

—¿Tal afirmáis de nuestro Príncipe?

—¿Y cómo si no? ¿Acaso los flamencos no le llamaron para hacerle cabeza de su rebelión?

La cosa se ponía cada vez más fea. Se notaba la agresividad en el ambiente. Por suerte, intervino el segundo bebedor:

—¡Ea, dejémoslo ya! Para mí que hablamos demasiado, y con frecuencia, con poco fundamento.

Y eso nunca trae nada bueno. Cesemos, pues, en nuestra disputa, y acojámonos a la sagrada costumbre de la taberna, a la vieja y venerable ley de todo buen bebedor, que en boca cerrada no entran moscas. Quiero decir, que podemos abrirla, claro, pero

para beber. ¡Bebamos pues!

Fue la solución. Como disparados por un resorte, todos golpeamos tres veces con nuestros vasos en la mesa, y exclamamos a coro:

—¡¡Bebamos!!

Desde que he sido expulsado de la cámara del Príncipe, mi señor, heme acogido al seguro de la Reina. La veo inquieta, yendo de un lado a otro de su cámara, en el viejo alcázar madrileño. Y la oigo interrogar a su primera dama, doña Guiomar:

—¿Es posible que el Príncipe haya sido privado de libertad?

—Desde anoche, mi señora, con dos alabarderos a su puerta y seis monteros en su antesala, que se turnan de noche y de día en su vigilancia.

Interviene la segunda dama, doña Cristina de Guzmán:

—Dicen que el Rey, nuestro señor, ha confiado el todo de su vigilancia al príncipe de Éboli.

Añade doña Estefanía, la vieja dueña:

—Y que se relevan en su propia cámara seis caballeros designados expresamente por nuestro Rey y señor.

—¿Y se saben sus nombres?

—Sí, mi señora: Don Francisco Manrique, don Rodrigo Benavides, don Juan de Borja, don Juan de Mendoza, don Gonzalo Chacón y, a su frente, el conde de Lerma.

—¡Todos hechuras del príncipe de Éboli y del cardenal Espinosa!

—Así es, señora. Pero no han de ir armados, porque al Príncipe se las ha mandado quitar el Rey, su padre.

—Dicen que nuestro Rey ha reformado la casa del Príncipe, como si se tratara de clausura del más encerrado monasterio.

—Y hasta tal punto que le han clavado puertas y ventanas, para cortarle todo trato con el exterior.

Las jóvenes damas de la Reina, de suyo tan calladas y comedidas, entran en una descarga de intervenciones. Cada una quiere añadir algo nuevo sobre el escandaloso suceso que tanto tiene conmovida a la Corte. Susurra doña Guiomar:

—Y cuentan que el Rey quiere abrir proceso a su hijo, por delito de lesa majestad.

Deja oír su cascada voz la dueña:

—Y para el efecto, ha nombrado una junta, con el cardenal Espinosa, el príncipe de Éboli y el secretario Zayas.

La Reina, sintiéndose acosada, corta la avalancha de aquellas intervenciones:

—¡Basta! Doña Guiomar, pedidme audiencia cerca del Rey al secretario Zayas. Que alguien debe interceder por el Príncipe en este negro negocio.

Doña Guiomar se encuentra, al abrir la puerta, con el propio Rey. Para todos resulta evidente que ha escuchado la queja de la Reina, lo que le hace fruncir el ceño. Penetra en la cámara y, a un gesto suyo, las damas de la Corte se retiran.

Nuestro rey Felipe permanece unos instantes en silencio, como tomándose un respiro, aunque está claro que tiene muy bien pensado lo que ha de decir a la Reina, que lo mira acusadoramente. Al fin, habla pausadamente, como si cada palabra hubiese sido cuidadosamente meditada, e incluso memo rizada:

—Señora, aunque os supongo enterada de la grave determinación que anoche hemos tomado con el príncipe don Carlos, mi hijo y heredero, pues nada puede permanecer oculto en Palacio, y menos sucesos tan graves como este, aun así queremos daros cuenta personalmente de las justas e imperiosas razones que nos han movido a ello.

—No esperaba menos de Vuestra Majestad, señor, pues bien sabéis el afecto que le tengo. Personas officiosas, que nunca faltan en estos casos, hablan de delito de lesa majestad, y eso yo no lo puedo creer.

—Tranquilizaos, señora, y oídmelo ahora con sosiego: Ya habréis entendido, por lo que tantas veces hemos hablado y por lo que vos misma habréis podido advertir, la poca satisfacción que teníamos del discurso de vida y del modo de proceder del Príncipe. Ni se os habrá ocultado tampoco lo que de su naturaleza y particular condición se entendía. Aun así, hasta ahora se ha procedido con toda moderación, teniendo presente la decencia del caso, el honor y la estimación del Príncipe. Y os confieso que alguna esperanza teníamos de encontrar pronto remedio, en especial estando tan en breve nuestra partida a Flandes, la cual llevaba aparejada la suya propia; confiábamos, en verdad, que de ese modo el negocio de nuestro hijo tomaría otro fundamento.

Al llegar a ese punto de su discurso, el Rey hizo una pausa. Se dirigió al balcón de la estancia para mirar, sin ver, la desierta plaza del alcázar. A sus espaldas escuchó el reproche de la Reina:

—¿Y no pudisteis aguardar a ese momento? ¿Tanto daño os hacía ese desventurado?

—¿Tal creéis? Pues sabed que de poco acá sus desatinos han pasado tan adelante y venido a tal estado, que cumpliendo yo con lo que debo al servicio de Dios y bien y beneficio de mis Reinos y vasallos, no he podido excusar por último remedio en resolverme en hacer mudanza de su persona y recogerle y encerrarle.

—Habláis más como rey que como padre.

—¡También como padre! Precisamente por ser determinación de padre y en cosa que tanto va a su hijo único y, no procediendo, como no procede, de ira ni de indignación, ni siendo enderezada a castigo de culpa, sino elegida por último remedio para evitar los grandes y notables males que se pudieran seguir, tengo por cierto que os bastará, señora, para satisfaceros y para juzgar que habiendo yo venido a tales términos y tomado tal resolución, habré sido forzado y constreñido por causas tan urgentes y tan precisas, que en ninguna manera se ha podido excusar el llegar a este punto. ¡Y creedme, señora, que mi pena es tan grande, al menos, como la vuestra!

Aunque tan largo alegato estaba lleno de meditadas oscuridades, la sinceridad del dolor del Rey era tan evidente, que la Reina no pudo menos de conmovirse:

—Gracias os doy, señor —le dijo—, por tenerme informada en algo que me llega tan de cerca, como es todo lo que se refiere a vuestro hijo. Sólo quisiera pedir, y os ruego que no lo toméis a atrevimiento, que puesto que él se ha declarado tal cual es,

como temíamos, y muy a nuestro pesar, que no extreméis vuestro rigor con su persona, pues el que carece de sano juicio está libre de culpa. ¡Gran señor, que el oído del rey escuche la voz del padre!

—Os doy mi palabra, señora, que así se procederá hasta donde sea posible; que ese padre, al cual habláis, lamenta en ocasiones como esta haber nacido rey. Pero esto es sólo para vos, pues no podemos permitirnos que nadie más alcance a sospecharlo.

Y, después de hacer tan grave confidencia, el Rey abandonó la estancia. Yo, desde mi rincón, no podía menos de pensar: ¿Entonces también los reyes sienten, se lamentan y lloran? ¿No son máquinas frías, imagen viva del Estado deshumanizado?

Pero debo cesar en mis reflexiones. Oigo lamentarse a la reina Isabel en su soledad:

—¡Qué pena tan grande! ¡Quién pudiera hacer algo por el Príncipe! La compasión que siento por el rigor que sufre me llena de confusión. En verdad que tengo su infortunio como si se tratara de mi propio hijo; y es justo que así sea, aunque sólo fuese para corresponder con el amor que siempre me ha mostrado. ¿Y si ese fuera el motivo del rigor del Rey? ¿Acaso se me está ocultando parte de la verdad? ¿A quién podría acudir? ¡Ay de mí, que me encuentro en tal estado que no sería capaz de decir nada a nadie con sentido! Aun así, algo tendremos que hacer. ¿Dónde están las damas que me sirven?

Da unas palmadas y entran al momento doña Guiomar, doña Cristina y doña Estefanía. La Reina las mira un rato en silencio, como tratando de sopesar hasta qué punto puede contar con su lealtad. Al fin, se vuelve a doña Guiomar:

—Os ruego, doña Guiomar, que paséis recado al señor de Fourqueveaux, el embajador de mi madre y señora la reina, doña Catalina, que deseo verle, en cuanto sus obligaciones se lo permitan.

Doña Guiomar baja la cabeza, vacila:

—Majestad... Os encuentro muy alterada. ¿No será mejor que os tranquilicéis?

—¿Cómo? ¿Es que os negáis a obedecer mis órdenes?

Doña Guiomar mira entonces a doña Cristina, como pidiendo auxilio. Al fin, doña Estefanía, como más veterana en las lides de la Corte, toma la palabra:

—Señora, tenemos órdenes precisas del Rey de atenderos en todo, dentro de vuestro aposento, pero también de que no habléis con nadie.

—¡Mentís! El Rey, mi señor, me acaba de dar las pruebas más concluyentes de su confianza.

—Pues bien, comprobadlo por vos misma, Alteza, por lo que nos ordena Su Majestad en este billete, todo él de su puño y letra: «Hasta que recibáis nueva orden, es mi voluntad expresa que la Reina, mi señora, sea servida en su cámara por vos y las damas doña Cristina y doña Estefanía, sin que haya de salir de ella ni comunicarse con persona alguna de la calidad que sea. De cuyo exacto cumplimiento nos responderéis personalmente. Madrid, a 18 de enero de 1568. Yo, el Rey», y en el sobrescrito: «A doña Guiomar de Guzmán, primera dama de la reina Isabel, mi

señora».

—¡Entonces he de considerarme presa!

Avanza hacia la puerta, la abre y la guardia le cierra el paso. Entonces se revuelve, furiosa:

—¡Presa yo, la Reina, en el propio Palacio! ¡Yo, la hija del rey Enrique de Francia! ¿Qué infamia es esta?

Pasan unos instantes de verdadero agobio. Las damas no saben dónde meterse, ante el dolor de la Reina; sólo doña Estefanía se muestra fría, indiferente, insensible a la pena, a la indignación y a la vergüenza de la reina Isabel.

La cual se acaba enfrentando con todas ellas:

—Bien está, si esa es la voluntad de mi Rey y señor. ¡Pero fuera de mi cámara! Que nadie ha de ver si sufre o llora la reina de España.

Y así la Reina queda sola, sin nadie que la consuele, porque yo, ay de mí, sigo mudo en mi rincón, tan triste y desvalido como ella.

Nuevo intermedio del cronista

Ya está aquí la primavera. La Naturaleza es como un canto a la vida. Los olmos que escoltan al Manzanares tremolan al aire sus hojas nuevas, que se pueblan de miles de pajarillos. Abril ha traído sus aguas y el campo verdea por doquier. Bendito Dios, ha quedado atrás el fiero invierno, y los días son cada vez más largos y más templados, y da gusto pasear por la Dehesa de la Villa o por el Prado.

Del extranjero siempre nos llegan grandes novedades. El país tiene los ojos puestos en Flandes, donde nuestro duque de Alba tiene bien sujetos a aquellos rebeldes. El trueno fue que los condes de Egmont y de Horn, otrora héroes en la batalla de San Quintín, han sido presos por orden del Duque, acusados de alta traición. Y las opiniones se dividen, pues para los más duros e intransigentes, que nunca faltan, es ganas de gastar tiempo y dinero en su proceso, y que lo mejor sería mandarlos al verdugo, que los enemigos muertos ya no muerden; otros, en cambio, más moderados, no olvidando los grandes servicios de aquellos nobles a nuestros Reyes, murmuran contra la severidad del duque de Alba, rayana en la crueldad, y que es gran disparate soltar a un tigre tal por las calles de Bruselas.

Pero en estos días, ya de mayo, la gran novedad no ha venido de las Islas: que aquella hermosa mujer, la reina María Estuardo —ya sabéis, la que estuvo a punto de desposar con nuestro Príncipe don Carlos—, entró en conflicto con sus súbditos, sufriendo tal derrota que ha tenido que refugiarse en Inglaterra. De modo que ha pasado de reina de un lindo reino a triste prisionera de la astuta Isabel de Inglaterra. Y nadie le augura nada bueno. En España seguimos con nuestros viejos problemas. Es cierto que desde que el Rey ha apartado de su gracia al cruel inquisidor Fernando de Valdés, el Santo Oficio parece que dormita un tanto, y que han cesado, de momento al menos, los terribles Autos de Fe de hace unos años, en cuyas horribles hogueras se

quemaron tantos tristes y que los señores inquisidores no me oigan. Pero del sur andaluz y granadino las noticias son cada vez más alarmantes, porque aquellos morazos no se sujetan a vivir como cristianos y rechazan los decretos de nuestro rey Felipe, que Dios guarde. Y los más entendidos mueven la cabeza, dudosos de que aquello tenga buen remedio.

Grandes cosas ocurren en las Indias, pero no todas buenas, que los hijos de Hernán Cortés han querido alzarse con el dominio de Nueva España, proclamando rey a don Martín Cortés, produciendo no poca confusión, al fin aclarada por la energía de nuestros magistrados de aquella Audiencia, formados no pocos en nuestras viejas Universidades de Valladolid y Salamanca. Y menos mal que los del Consejo de Indias han sabido nombrar a un buen Virrey, don Martín Enrique de Almansa, varón prudente, justo y firme, que ha devuelto la paz a aquellas tierras, que están a punto de celebrar el primer cincuentenario de su gloriosa conquista.

En el Perú, tras el firme gobierno de Hurtado de Mendoza, marqués del Cañete (firme, pero a decir de los murmuradores, también interesado, y tanto que el pueblo hizo rápidamente un juego de palabras con el apellido del Virrey y su mandato), tuvimos al conde de Nieva, más mujeriego de lo que debiera, lo que le costó la vida, escándalo largamente comentado en la Corte. Pero las minas del Potosí siguen mandando su plata con gran satisfacción de nuestros gobernantes, si bien no son pocos los que muerden contra los duros mineros, que explotan sin compasión a los pobres indios que en aquellas minas trabajan.

Pero la gran noticia es que al fin hemos encontrado la ruta del tornaviaje entre las islas Filipinas y las costas de Nueva España, gracias al talento de nuestro marino Urdaneta, de forma que ya puede navegar, viento en popa, el galeón que une Acapulco con Manila. Y aunque los portugueses protestan, reclamando aquellas Islas, diciendo que están dentro de la jurisdicción portuguesa marcada en el tratado de Zaragoza, firmado por nuestro emperador Carlos V en 1529, nuestro rey Felipe se ha mantenido firme, y las Islas siguen siendo nuestras, aunque no sin tener que rechazar un alevoso ataque contra Manila, defendida valientemente por Legazpi.

Volvamos ahora los ojos a nuestra Corte. ¡Hay novedades! No sobre nuestro Príncipe, que, para su desgracia, sigue en su estrecha prisión, sino porque la Reina ha vuelto a la gracia del Rey. Magdalena Ruiz me ha dicho que ha visto con sus propios ojos «que se ha de comer la tierra» (esa fue su expresión), cómo el Rey buscaba, noche tras noche, la cámara de la Reina. Y claro, tanta insistencia no podía menos de tener sus frutos, y así lo promete el estado de buena esperanza de nuestra dulce Isabel de la Paz.

¡Al fin ha vuelto a la Corte mi amigo Julián! De su viaje a Salamanca cuenta y no acaba. Sobre todo, porque ha conocido a un fraile agustino que, al parecer, es profesor del viejo Estudio y que tiene encandilados a los estudiantes, aunque quizá no tanto a la Inquisición. Pues dicen que tiene la voz ronca, y que en ocasiones algunos de sus alumnos se quejaban por no oírle bien; a lo que él contestó, con gracia (pero

no sé si también con harto riesgo): «Hablo así para no ser entendido de los señores inquisidores». Y, por cierto, Julián asegura que aquel gran poeta que ya conocíamos, Luis el Mayor, no es otro sino este fraile agustino. Y ya os podéis imaginar que trajo consigo buena copia de poesías del tal Luis el Mayor, algunas en verdad bellísimas, como las que dedica a un amigo músico, el célebre Salinas, cuyos versos son tan musicales como los acordes del gran organista. Y lo podéis comprobar, porque dicen así:

*El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada
Salinas, cuando suena
la música extremada,
por vuestra sabia mano gobernada.*

Y esto es bueno, esto para mí resulta esperanzador. Porque aunque los que nos gobiernan cometan no pocos disparates, a la postre lo que va a quedar es la obra de esos profesores provincianos, medio olvidados por los que mandan, que saben gastar su tiempo, no en intrigas cortesanas, sino en hacer esos sencillos y hermosos poemas, que estoy bien seguro que vencerán la injuria de los tiempos.

Yo me preguntaba: ¿Cómo soportará el Príncipe su prisión? Y no dejaba de hacerme una y otra vez, de día y de noche, esa pregunta. Porque, ¡qué recia cosa es verse privado de la libertad en plena juventud! ¡Cuánta entereza moral hay que tener para superar tan dura prueba con ánimo estoico! Por el contrario, se oye entre los que vigilan que el Príncipe ha caído en la desesperación más aguda. Durante días enteros se ha negado a probar bocado, como si quisiera jugar esta carta, para demostrar que todavía tiene un reducto donde imponer su voluntad y para presionar sobre su padre, el Rey. Pues sabe muy bien que eso le disturba. Y tanto, que el Rey ha mandado que le sirvan los platos más exquisitos, que a su vez el Príncipe rechaza un día tras otro, sin siquiera olfatearlos. Es como un duelo entre ambos, como si el Príncipe quisiera protestar, de ese modo, contra el rigor de su prisión. Y todo el mundo se pregunta en palacio quién será ahora el vencedor.

¡Ay, qué pronto hemos tenido la respuesta! A la postre, la naturaleza del Príncipe le ha traicionado. Una tarde en que un pinche de cocina había dejado una humeante taza de caldo, como abandonada en una mesa en su cámara, el Príncipe no resistió la tentación, se abalanzó sobre ella y se la bebió de un trago, a riesgo de quemarse la garganta. Y súbito dio un gran grito, pidiendo más comida: filetones de ternera, capones bien cebados, hasta faisanes. Y los engulló con un ansia terrible, con verdadera voracidad, a puro bocado, sin darse tregua alguna. Resultado, un cólico formidable que ha obligado a que acudiese el doctor Daza.

Avisado también el príncipe de Éboli, como principal responsable de la vigilancia de don Carlos, se presentó en Palacio. Vi el cielo abierto y, aprovechando la ocasión, me puse ante él, haciendo gala de mis mejores cabriolas.

—¿Qué te propones, bufón? —me increpó— ¿No sabes que hay orden regia de que nadie entre en la cámara del Príncipe?

—Tú lo has dicho, mi señor: nadie. Pero eso no reza conmigo —le repliqué, con la voz alterada por mi última cabriola.

—¿Cómo es eso?

—¿Acaso somos alguien los bufones? —razoné, mientras procuraba escabullirme de la guardia que pugnaba por expulsarme.

El de Éboli tuvo unos instantes de vacilación:

—Está bien.

Y haciendo un signo a la guardia, me dejó entrar, al tiempo que se le oía decir, como para él mismo:

—No será este loco el que malmeta al Príncipe.

Y fue así como pude ver en su prisión a mi joven señor, el desdichado príncipe don Carlos.

Lo encontré muy pálido y débil, casi extenuado, y tan demacrado y delgado que parecía la sombra de sí mismo.

—¡Conque has logrado entrar, gran loco! —tal fue su recibimiento.

—Para reírme contigo aquí mismo, antes de que lo hagamos fuera, cuando te perdone tu padre.

—No. Él no me perdonará jamás.

—¿Y por qué no? Has de saber que el oficio de los padres es como el de Dios: perdonar una y otra vez. Pero te vas a fastidiar, mi amo, porque yo sí que no te perdonaré.

—¿Y qué me tienes tú que perdonar? ¿En qué te he podido ofender desde mi prisión?

—Pues por eso precisamente, por estar encerrado, que llevo más de cinco meses que soy incapaz de hacer una buena bufonada. ¡Hasta las cabriolas empiezan a salirme mal! La última que hice ante tu padre, el Rey, resultó tan embarullada que tuve que oírle: «¡Tú ya no eres el que eras, Tristán! ¡A ver si tenemos que llamar a Perinello, el Siciliano, el que divierte a la corte de Palermo!». ¡Yo, el gran Tristán, regocijo de damas y caballeros de la más alta Corte que vieran los siglos, desplazado por un siciliano! Antes de que ocurra tamaña ofensa, estoy dispuesto a la gran bufonada, aunque sea la última de mi vida.

—¿En qué piensas?

—En que me la corto delante de toda la Corte, y la tiro a los perros.

Por primera vez desde su encierro asoma una sonrisa en la cara del Príncipe.

—No me hagas reír, Tristán, que me duele todo el cuerpo.

—Pues lo siento por ti, mi amo, porque, ¿sabes lo que me dijo Magdalena Ruiz cuando le comentaron mi valentía?

—Cualquier chocarrería, que todavía es más loca que tú.

—Me dijo: «¡Para lo que te sirve!».

Tal salida tuvo la virtud de provocar, por fin, la carcajada del Príncipe, ante mi alegría, que tal es la misión del buen bufón; pero, bien a mi pesar, la alegría duró poco. El Príncipe empezó a toser y a toser, y no acababa. Al fin, cuando se repuso un poco, le oí decir con voz entrecortada por la fatiga:

—¡Ni fuerzas tengo para reír! ¡Esto se acaba!

—¡No digas eso, mi amo! Has de tener más ánimo.

—¿Ánimo dentro de esta prisión que me ahoga? ¡Yo quiero vivir! ¡Ser libre! Y sólo podré serlo si el Rey, mi padre, se muere antes que yo.

—¿La muerte de tu padre? ¿Eso es lo que esperas?

—¡Sí! Sólo su muerte me dará la libertad. ¡Y yo sería el rey! ¡Sí, lo quiero muerto y bien muerto!

Y repetía una y otra vez, con un hilo de voz:

—¡Muerto y bien muerto!

Asustado ante aquel ataque de desesperación, y temiendo que empeorara aún más su estado, abandoné la cámara del Príncipe lleno de aflicción. Detrás de mí seguía resonando aquel grito: «¡Muerto y bien muerto!».

Y aquella fue la última vez que vi vivo al príncipe don Carlos.

Ha llegado el verano. ¡Y con qué fuerza! Diríase que los cielos quieren castigar a los mortales por sus desatinos. Estos días de julio no se menean ni una hoja y el aire resulta asfixiante. El Manzanares casi ha desaparecido y únicamente las noches, muy de madrugada, dan algún respiro a los pobres madrileños que no pueden moverse de la Corte. Pero no sólo los pobretones, que también los poderosos cortesanos se ven obligados a sufrir estos calores, que el Rey no sale de Madrid ni siquiera para comprobar cómo van las obras de su refugio de la Sierra, donde dicen que está alzando tal palacio que no lo habrá igual en ninguna parte del orbe; que, a la postre, es el Rey de España, que en este año del señor de 1568 aún sigue siendo la gran dominadora del mundo. Y la razón de su quietud es clara: quiere estar atento a cómo va la prisión y el proceso de su hijo, el príncipe don Carlos.

Y esta es la cuestión: el proceso del Príncipe. Yo os puedo asegurar, porque he sido testigo desde mi rincón, cuán febriles son los preparativos que se están tomando en Palacio, en el ala de poniente donde suele reunirse el Consejo Real de Castilla. Allí podréis ver estos días cómo el portero mayor de Palacio se ayuda de varios criados para poner a punto la sala de las grandes sesiones del Consejo.

El portero mayor se desgañita dando órdenes. El portero mayor está en su oficio, da voces sin cesar, por puro afán de protagonismo. El portero mayor no tendría necesidad de tanto estruendo, pero le pueden sus pretensiones de gran personaje de la vida cotidiana.

—¡Con cuidado! ¡Andad con mucho cuidado! —se le oye gritar—. Cogéis esa mesa como si fuera un trasto viejo, y a fe mía que es la mejor pieza que hay en todo el Reino. ¡Como le hagáis el más pequeño de los rasguños, lo van a sentir vuestras costillas! ¡Vamos, más acá! ¡Pero, brutos, más despacio, que no estáis cargando estiércol en vuestro pueblo!

—¡Uf! Ya está —comenta uno de los criados más viejos—. Nunca creí que este trasto pesara tanto.

—Pues ahora arrimad tres sillones y dejadlo todo más limpio que la conciencia de un recién nacido. Que como vea yo un tanto así de polvo, os sacudo a conciencia el de vuestras espaldas.

¿Por qué amenazan más los porteros que sus amos? ¿Por qué se muestran más autoritarios, más descomedidos, más insolentes? Cuando sale, los criados muerden a sus espaldas.

—¡Si será bestia!

—¡Y lo que le gusta dar voces!

—¿Y a qué viene tanto trajín, si es que se puede saber? —pregunta el más joven.

—No seas animal —le contesta el más viejo—. ¿Es que no has oído que han prendido a nuestro Príncipe? Pues ya te puedes imaginar lo demás.

—¿Pero sigue en prisión el aguilucho?

—De día y de noche es vigilado.

—¿Y nadie ruega por él?

—El Santo Padre, desde Roma; los Emperadores, como hermanos del Rey, desde Viena, y algunos prelados. Dicen también que lo intentó nuestra dulce reina Isabel de la Paz; pero nuestro Soberano a nadie atiende, de forma que ni siquiera doña Isabel, ni doña Juana, su tía, alcanzaron licencia para verle.

—¿Y cómo lo lleva nuestro rey Felipe?

—¿Cómo había de ser? Con gran recelo, que hace meses que no sale a sus florestas de Aranjuez ni a sus cacerías del Pardo. Ni siquiera acude a visitar las obras de su amado monasterio de San Lorenzo del Escorial. ¡Tan atento está al negocio del Príncipe!

—¿Sospechoso de las murmuraciones de su pueblo? —era el joven criado quien así preguntaba.

—¿Y cómo si no? Que a un Príncipe no se le puede poner en prisión como a un cualquiera. He oído decir al portero mayor que, cuando suena algún ruido extraño, el Rey se asoma presuroso a las ventanas del alcázar, temeroso de que se trate de algún motín popular; que aunque con sus extravagancias, lo cierto es que los madrileños aman a su Príncipe. Mas callemos, que se oyen pasos.

En efecto, a poco se abrió la puerta de la sala, para dar paso al cardenal Espinosa, al príncipe de Éboli y al secretario Zayas. El cardenal ocupa la presidencia e inmediatamente abre la sesión.

—Secretario Zayas —encarga al punto—: No os olvidéis de pedir luego, que se nos mande, a esta Junta que entiende en el proceso que ha de abrirse al príncipe don Carlos, por orden del rey Felipe, nuestro señor, que Dios guarde, copia del que existe en Barcelona sobre el príncipe de Viana, mandado instruir por su padre, el rey Juan II de Aragón.

—Así se hará, Eminencia. El paralelo es claro, y a buen seguro que nos será de gran utilidad, para proceder conforme a derecho.

La servidumbre del secretario me daba náuseas. Por fortuna, el príncipe de Éboli también debió pensar lo mismo, porque al punto intervino, para mostrar su discrepancia.

—Entiendo que no nos ha de estorbar, pero apreciad, Cardenal, que son dos casos bien distintos; que el príncipe de Viana se alzó con las armas en la mano contra el Rey, su padre, y por su causa hubo contienda fratricida en aquel Reino; mientras que nuestro Príncipe no pasó de la intención, y aun eso está por probar.

Otra vez Zayas, adulator con el más fuerte:

—Pero no olvide vuestra señoría que gracias a la previsión y consejo de nuestro prudente Soberano, que Dios guarde.

Remacha, sentencioso, el Cardenal:

—Y en Teología entendemos, príncipe de Éboli, que también se peca con la intención.

Mas el portugués, mostrando tener ley al desdichado Príncipe, no se rinde. Antes replica, indignado:

—¿Acaso podemos castigar por algo que no se ha hecho, Eminencia? ¿Sería eso digno de nuestro Rey? Ciñámonos a sus indicaciones. Y pido que el señor secretario tenga a bien leerlas.

—No es preciso. Las conocemos a conciencia.

—¡Aun así! Que está en juego el todo de nuestro Príncipe: su vida, y lo que importa más, su honor y su fama. ¡Traed acá! Yo mismo las leeré: «Entenderéis —nos ordena el Rey— si hay causa para desposeer al Príncipe de su título de heredero, por los signos que apreciéis de no tener sana la razón; mas no condena de culpa, pues en quien tal es, y tal se manifiesta, ni la hay ni la puede haber. Yo, el Rey». ¿Está claro?

—Sea, príncipe de Éboli. Y pues vos tenéis información directa, bueno será que nos deis noticias de cómo lleva su encierro, para que saquemos conclusiones en cuanto a su comportamiento.

—¿Cómo lleva su encierro? Mal, Eminencia. Este verano, tan caluroso, tan ardiente, tan abrasador, ataca aún más su débil razón. Tened en cuenta que su torreón, con las ventanas clavadas, es como un horno. De ahí que beba con exceso agua de nieve, e incluso que haga enfriar su lecho con ella, con otros desatinos que al más fuerte dañaran, tanto más a quien tan floxa naturaleza tiene. Hay días que comete desórdenes tales que parecerían más propios de fiera enjaulada que de ser humano. Perdida como tiene la esperanza de la libertad, entró en tan profunda melancolía que se pasó tres días sin probar bocado, lo que le puso tan floxo que estuvo a las puertas de la muerte; por lo cual, avisado de la urgencia del caso, el Rey, su padre y nuestro señor, pasó a visitarle y a confortarle. Mas después comió tan desordenadamente que no lo pudo aguantar aquel cuerpo extenuado, sufriendo diarrea tras diarrea, hasta el punto que hubo días de hacer seis cámaras. De tal forma que el doctor Olivares, que le asiste junto con los otros médicos de la Corte, ya no da seguridad alguna de poder curarle.

El secretario Zayas suspira, pone los ojos en el cielo:

—Todos estamos en las manos del Señor. Nadie tiene comprada la vida, ni seguro el mañana.

El Cardenal pregunta, más compasivo:

—Entonces, ¿tan grave es su estado?

—Tanto, Eminencia.

Interviene Zayas, críticón:

—¿Y cómo no se atajaron en su día tamaños desatinos?

El de Éboli, solemne, ofendido:

—¡Señor secretario! Habláis como si no lo conocierais, pues si así fuera no pondríais tantos reparos. Porque es cierto que si se llevaran otros términos con él, daría en cosas que quizá fueran más peligrosas para su vida, y lo que es peor, para su alma. Y en esto el señor Cardenal no me tendrá por mentiroso. Preguntad si no a su

secretario, Martín de Gaztelu, que ha estado presente en todas estas jornadas, por especial encargo de nuestro Rey.

—Tenéis razón —sentenció el Cardenal—: oigamos a ese testigo.

Y campanilleó tres veces para llamar al portero.

—¿Llamabais, Eminencia?

—Sí: avisad a Martín de Gaztelu, secretario de nuestro príncipe don Carlos, que este Tribunal le ordena que comparezca al punto, para ser interrogado.

Y volviéndose al de Éboli:

—Nada omitiremos, os lo prometo, para conocer toda la verdad en lo que a este caso atañe. Aunque a mi juicio las faltas del Príncipe son tales y tantas como para que le podamos declarar reo de lesa majestad.

—¡Alto ahí! Que nadie conoció en él señal alguna de que quisiera atentar contra la vida de nuestro Rey.

—¿Y qué me decís de esta lista que apareció entre sus papeles? Leed, leed: ved cómo apunta, en dos columnas, sus amigos y sus enemigos. Y observad cómo las encabeza. ¡Vamos leed!

—Veamos: «Amigos: Isabel, la Reina...».

—Pasad a la otra columna. La encontraréis harto más reveladora.

—«Enemigos: el Rey, mi padre; el cardenal Espinosa...» Parece que se ha acordado de vos, Eminencia.

Y el Cardenal, majestuoso:

—El Príncipe me ha hecho el alto honor de ponerme junto a mi Rey y señor.

En aquel momento el portero mayor anunció:

—Altísimos y eminentísimos señores: el secretario Martín de Gaztelu solicita vuestra venia.

—Adelante, adelante. Aproximaos, Martín de Gaztelu, para dar cuenta a este Tribunal de todo lo que sepáis acerca de la conducta del príncipe don Carlos, vuestro señor, a quien tan fielmente habéis servido. Y tened presente cuán obligado estáis a decir toda la verdad de lo que se os preguntare, pues la gravedad del caso y la autoridad de este alto Tribunal así lo exigen.

—Señores...

Se vio vacilar al buen secretario. Pensé que temía perjudicar con su testimonio la suerte del desdichado Príncipe.

—Vamos, hablad —le apremió el Cardenal—. Hablad sin temor. Estáis ante un Tribunal que os garantiza su secreto.

—No se trata de eso, Eminencia.

—¿Qué os ata, pues?

—Una orden del Rey.

—¿Cómo? ¿He de recordaros de nuevo las altas atribuciones de este Tribunal sobre el Príncipe heredero?

—Las tengo bien presentes, Eminencia reverendísima. Sé que el Príncipe, mi

señor, quedaba bien a vuestra merced. Mas él ha sabido escabullirse.

Alarma entre los tres altos consejeros. Yo mismo, en mi rincón, no pude menos de sufrir un ligero sobresalto.

—¿Qué decís?

—No temáis, señores. No es fuga, de la que seáis responsables; al menos no la es de suerte que quepa achacárosla a vuestro descuido en la vigilancia. Es simplemente que se nos muere sin remedio. Ante lo cual el Rey, nuestro señor, que allá quedaba dando la bendición de padre a su hijo moribundo, os ordena que ceséis en vuestras diligencias, como podréis comprobar por este papel de su puño y letra, que me mandó os entregara.

—¿De forma —preguntó el de Éboli asombrado— que hubierais venido, aunque no os hubiésemos llamado?

—Por supuesto.

—¿Y esa orden del Rey? Entregadla al secretario Zayas, para que la lea y para que este Tribunal la incorpore a sus autos y para que proceda conforme a derecho.

Y Zayas, en tono solemne:

—La orden regia dice así: «Ante la agonía del Príncipe, mi hijo, y su triste y próximo fin, se os ordena que ceséis en vuestras funciones y que los papeles de ese proceso sean guardados y sellados, exigiéndoos el mayor de los secretos sobre todo lo que, por vía de vuestras funciones hasta ahora encomendadas, hayáis escuchado o leído o entendido, en lo que atañe a la fama de nuestro hijo don Carlos. Yo, el Rey». Y en el sobrescrito: «Al cardenal Espinosa, de nuestro Consejo».

—Pues bien, secretario Zayas, cumplid con lo que tan expresamente nos ordena nuestro Rey y señor.

Y así dio fin el proceso del príncipe don Carlos.

Apenado por las tristes nuevas que vivíamos en Palacio, busqué desesperadamente un amigo con quien llorar mis penas. Y como Magdalena Ruiz estaba demasiado bebida —¿acaso no era una vía de escape?—, traté de localizar a Julián, pero con idéntica mala suerte, porque otra vez se había ido con sus compañeros de lides poéticas de Salamanca. Así que me vi resignado a mi soledad.

Yo me preguntaba, quizá por primera vez en mi vida, afanoso por encontrar algo de sentido a todo lo que me rodeaba, sobre las claves de la vida y de la muerte. ¿Qué suponía el tránsito de un hombre cualquiera sobre la tierra? De un hombre gris o de un hombre importante, daba igual. De alguien que sólo quedase en el recuerdo emocionado de los suyos, pero desconocido para los demás, o bien de uno de esos hombres insignes, de los que suele decirse que hacen Historia. ¿Había mucha diferencia? ¿La había entre 25, 50, 75 años de existencia?

Morir joven o morir viejo, ¿no daba igual? O quizá el planteamiento debía ser otro: ¿qué era mejor? Preguntas que en otra ocasión me parecerían ociosas; pero un viejo que conociese la amargura de perder a todos sus seres bienqueridos, a los amigos, a la mujer, incluso a los hijos, y que se viera argollado por la miseria y la soledad no sería de extrañar que maldijese vivir tantos años para conocer tantas amarguras. ¿Y las diferencias entre el más modesto de los horteras y el más fabuloso de los creadores? La gloria: algo que cuando lo anhelas te parece un mundo, y que cuando lo consigues, se te desliza entre los dedos. Apenas sombras: unos honores, un soplo, un sueño; la vanidad del Eclesiastés. Nada.

Tales pensamientos me venían al contemplar el final de don Carlos, el desdichado Príncipe heredero de la Monarquía más poderosa de su tiempo; aquel joven arrogante —ya que no gallardo— que soñaba con emular al mismo emperador Carlos V, su abuelo, que yacía en su lecho de muerte— con la única ansia de alcanzar con vida la festividad del apóstol Santiago, y que, ay, hasta eso le sería negado.

El aire sofocante de esta calurosa noche del 24 de julio de 1568 hace aún más penosa su agonía. A su cabecera está su confesor, fray Diego de Chaves; un buen hombre que trata, en lo posible, de aliviar las angustias del joven moribundo. Los guardias, retirados al fondo de la cámara, asisten conmovidos al inevitable desenlace. Un coro de cinco plañideras hacen círculo, rompen el silencio, ahogando los estertores del Príncipe moribundo, en cadena salmodiada:

Se oye a la primera plañidera iniciar el rito:

—Doliente está, doliente, el príncipe don Carlos; don Carlos el desdichado, con una candela en la mano.

Toma el relevo la segunda:

—La muerte, la gran devoradora, está presta y bien afilada su guadaña.

Y la tercera:

—Que su vientre nunca se sacia.

Es la vez de la cuarta:

—De muchachos o de viejos; de vírgenes doncellas o de brujas desdentadas.

Y la última:

—De ricos o de pobres, que nadie escapa a su ley.

Y las cinco, a coro:

—*Ved cómo prepara ahora la siega de un trigo verde. Que la muerte se lleva al príncipe de las Españas.*

Las plañideras cesan unos instantes en sus lamentos. Se oye al Príncipe, como un susurro:

—La vida se me va, fray Diego, y en esta hora sin retorno es cuando lamento mis yerros.

Hace un esfuerzo, medio se incorpora en el lecho:

—¡Tenía prisa por vivir!

Fray Diego trata de consolarle:

—Dejad lo mundano, Príncipe. Ahora sólo importa entrar en la casa del Señor, que todo lo demás son sueños y vanidades. Rogad al Señor, y vuestros yerros serán perdonados.

—¡Yo, que soñaba con domeñar el mundo, apenas si puedo sostener esta candela con mi mano!

—Otras glorias os aguardan, mi señor. Que Dios os llama y hay que tener conformidad con su voluntad. Que cuando sentimos su llamada, es necio porfiar por la vida. ¿Y qué es la vida? Apenas un soplo. Lo que ahora importa es una buena muerte. ¡Sed valiente mi Príncipe, que el joven muere una vez, y el viejo mil!

El Príncipe se agita en su lecho. Sus gestos son cada vez más crispados. Su boca se retuerce. Las manos tratan de asir lo invisible.

Se oyen sus lamentos:

—¿Qué me está pasando?

Y con un hilo de voz:

—¡Esta máquina se descompone!

En vano fray Diego trata de aquietarle:

—No os agitéis, Príncipe. Sosegaos. ¿Qué es lo que os duele?

Estallan en el joven moribundo las últimas ansias:

—¡La vida! Esta vida que se me va sin remedio. ¡Y yo quiero vivir!

Y dando una gran voz, como echando en falta la gran ausente de su vida, como si por fin aflorase su mayor pena:

—¡Madre! ¡Madre mía! ¿Dónde estás?

El buen fraile, impotente ante aquella inesperada muestra de dolor, se dirige al Cristo que preside la estancia, desde la cabecera del lecho:

—¡Señor! Alivia a tu siervo Carlos. ¡Mira que es mucha la carga que lleva sobre sus hombros! ¡Ayúdale, Tú que puedes, Señor!

El Príncipe vuelve a incorporarse en el lecho y hace un signo a fray Diego para

que se aproxime. Algo quiere decirle. El confesor intenta oír sus últimas palabras, pero nada entiende. Don Carlos le agarra, trémulo, el brazo y, con un esfuerzo supremo, profiere su postrer lamento:

—¡Qué trabajo cuesta morirse!

Cae sobre el lecho y dobla la cabeza.

Es el final.

En el sobrecogedor silencio que sigue a su óbito, otra vez resuena el coro de las plañideras:

—*¡Que la muerte se lleva al Príncipe de las Españas!*

Plaza del viejo alcázar madrileño, en una tarde ardiente del mes de julio. Es el día de Santiago. Las campanas de todas las iglesias de la villa y Corte tocan a muerto. Ante la puerta de Palacio, cuando asoma el féretro del Príncipe, las plañideras reanudan la retahíla de sus lamentos; comienzan todas a una, para quitarse después la voz, en un relevo de llantos lastimeros:

—*¡Sabed que el príncipe de las Españas ha muerto en prisión!*

—... y hoy, festividad del Apóstol Santiago,

—... a las siete de la tarde...

—...lo llevan a enterrar.

—La caja es de plomo, dentro de otra de madera, y la ponen sobre unas varas, como litera...

—... cubierta con un paño de brocado.

Y todo el coro:

—*¡Ya el Príncipe está libre!*

Y de nuevo, se sucede el relevo de las plañideras, turnándose en el coro:

—Cuatro grandes lo sacan de Palacio.

—*¡Ya el Príncipe está libre!*

—Presente está la nobleza de la Corte.

—*¡Ya el Príncipe está libre!*

—Habrán lutos a la española y flamenca...

—*¡Ya el Príncipe está libre!*

—... a la alemana y a la italiana lutos habrá.

—*Por el príncipe don Carlos, que ha muerto en prisión.*

Desde el viejo alcázar, el rey Felipe presencia la escena, asomado al gran balcón central:

—Al fin, mi hijo ha muerto. ¡Encontrados sentimientos! El Rey se sosiega, mas el padre se entristece, pues no en vano era mi hijo primogénito.

Se vuelve hacia el interior de la regia cámara, donde se halla su corte, y ordena, imperioso:

—¡Que resuene el cañón anunciando al mundo esta gran pérdida! ¡Y que se esculpa en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial la estatua de este desdichado Príncipe, junto con la nuestra misma, para que nadie ignore en lo venidero que si el Rey hubo de apartarle del poder, el padre quiso entrar con él en el seno de la Historia!

Abajo, en la plaza, tras la lenta marcha de la comitiva fúnebre, se oye el último lamento de las plañideras:

—¡Oh habitantes de España, patria nuestra! Considerad el triste destino del príncipe don Carlos, hijo del hombre más poderoso de su tiempo, a quien no había ciudadano que no envidiara en la dicha, y ved en qué terribles borrascas se vio envuelto, hasta dar al través con su existencia; así que, siendo mortal, di, como el

coro de Edipo, que no se ha de considerar feliz a nadie, antes de que llegue al término de la vida sin sufrir alguna desgracia!

Epílogo

NO, amigos, los que habéis llegado hasta aquí.

NO, todavía no ha terminado del todo esta pequeña historia.

Pues, en verdad, todavía queda un breve Epílogo

Sí, un breve Epílogo. Pero espera aún, lector amigo, espera algunos días para leerlo.

Apenas nada. Dos o tres días. A lo más, una semana.

Ahora es el momento

A modo de breve y extraño epílogo.

Ha pasado el tiempo. He vuelto a mis clases y a mis amigos. En casa nadie saca a relucir el tema de Tristán; es un tema tabú. Sólo un día Susana me preguntó si todavía seguía con mis sueños, pero sin esperar la respuesta, como si de pronto se diera cuenta de que había metido la pata y que había vulnerado una consigna, cambió rápidamente de conversación.

Sé que he pasado muchos días en puro delirio y que los míos temieron lo peor; no hacía más que quejarme del horrible calor que hacía —lo que era natural, porque tenía un fiebrón que no me bajaba con nada— y de que todo estuviese tan cerrado; tanto, que la habitación era como un horno. Que alguien abriese alguna ventana, para que entrase un poco de aire fresco. «¿Y por qué hablabas tanto de la Reina, si se puede saber?», me preguntó un día mi mujer. «Nunca creí —añadió— que te hubiera afectado tanto que no contestase a tu carta». «¿De qué hablas?», le pregunté yo, asombrado, pero ya no quiso soltar prenda.

Poco a poco me he ido reponiendo. Nunca tuve sensación de haberlo pasado muy mal, aunque algo barrunté cuando me di cuenta de que todos los amigos que venían a verme coincidían sospechosamente en el inmejorable aspecto que tenía. Tantos elogios, al modo de «Te encuentro como nunca»; o bien: «Oye, por ti no pasan los años», tuvieron la virtud de alarmarme profundamente. Y, claro, me entró la *depre*, como la llama mi hija Susana.

Pero eso ya ha pasado. Esta mañana hasta me he atrevido a canturrear, con gran desesperación de mi gente, que jura y perjura que ese no es mi fuerte. Pero ¡qué diablos! Como dice María, mi hija mayor, a nadie se ofende y, si se está alegre, de alguna forma hay que manifestarlo.

¿El porqué de mi alegría? Mi amigo Julián viene esta mañana para acompañarme en mi primera salida, casi de convaleciente. ¿No es formidable?

Y cuando se habla del rey de Roma... Suena el timbre, y a poco entra Susana en mi despacho, donde estoy escribiendo estos renglones, y me anuncia su llegada.

—Padre, que ahí lo tienes.

Y yo, haciéndome de nuevas:

—¿Qué es lo que tengo?

—¿Qué va a ser? ¿Es que no me esperabas esta mañana?

Era el propio Julián, que irrumpía en mi despacho.

—Cierra, cierra la puerta —le ordeno, con aire de misterio—, que tú y yo tenemos que hablar, y no poco.

—Pero antes, dime: ¿ya estás bien?

—Sí, en plena forma.

—¡Hum! No sé. Tienes unas ojeras que te llegan a los pies.

—¡Tonterías! Estoy perfectamente.

—Lo que tú digas ¿Y qué querías decirme con tanta prisa? ¿Adónde quieres ir esta mañana?

—Al Estudio, por supuesto. Pero antes tengo una sorpresa para ti. ¿Te acuerdas de tu Luis el Mayor y de tus escapadas a Salamanca, cuando estábamos en Madrid? ¡No, no me interrumpas! Déjame acabar. Tú decías que querías conocer a un fraile agustino, que te daba el pálpito que era el tal Luis el Mayor. Pues bien, ha llegado a mis manos un pequeño poema que me aseguran los entendidos que es de su mano. ¡Y precisamente dedicado a don Carlos! Nada, cuatro versos, pero suyos.

—Bueno, suéltalos ya.

—Pues ahí van:

*Aquí yacen de Carlos los despojos:
la parte principal volvióse al cielo,
con ella fue el valor, quédole al suelo
miedo en el corazón, llanto en los ojos.*

—¿Te das cuenta? —añadí—. Nuestro poeta está censurando, sin lugar a dudas, al mismo Rey. No es sólo que lamente amargamente la muerte del Príncipe. Hay algo más. Fíjate en el último verso. Para mí, lo dice todo: ese «miedo en el corazón», alusión clarísima al rigor de este Rey que nos argolla a todos. Y en cuanto al «llanto en los ojos», ¿no es acaso un valiente reproche por todo lo sucedido?

—Bueno, visto así, no sé; puede que tengas razón —convino conmigo Julián—, pero ahora, dime: ¿por qué quieres ir esta mañana a la Universidad, a la que ahora — y esa es otra— te da por llamar Estudio?

—¿No te lo imaginas? Yo también quiero conocer a ese fraile agustino. Si hay que dar la batalla, pues bien, démosla todos juntos.

¡Qué raro! Julián mueve la cabeza y me dice:

—Mira, espera un poco. Antes de que salgamos, quiero dar un recado a los tuyos.

Y no hubo manera de convencerle para que fuéramos al Estudio. ¡Con las ganas que tenía yo de conocer a ese fray Luis de León!



Manuel Fernández Álvarez (Madrid, 1921 - Madrid, 2010). Licenciado en Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid en 1942, se doctoró en la de Madrid en 1947, con un segundo doctorado en la Universidad de Bolonia en 1950. Desde 1954 y por un largo periodo, fue investigador en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas con el grado de Profesor de Investigación. Desde 1965 fue catedrático y director del departamento de Historia Moderna de la Universidad de Salamanca. Miembro de la Real academia de la Historia, recibió numerosos premios, tales como el Premio Nacional de Historia en 1985 y la Cruz de Alfonso X el Sabio.

Fue autor de numerosos escritos y ensayos sobre la España del siglo XVI, y en especial de los Austrias y más aún de Carlos I. Dedicó más de cincuenta años al estudio del siglo XVI, fruto de los cuales son su obra magna *Carlos V, el César y el hombre* (VI Premio Don Juan de Borbón al libro del año en 2000), el monumental *Corpus documental de Carlos V* (Salamanca, 1973-1981) o *Cervantes visto por un historiador*, Premio Quijote del Año de la Sociedad Cervantina de Esquivias

Escribió dos novelas históricas *El príncipe rebelde* y *Dies irae*, que han recibido el aplauso unánime de la crítica y de los lectores.

Recibió la Medalla de Oro de la Ciudad de Salamanca. También recibió el Premio de Ensayo y Humanidades «José Ortega y Gasset» 2006, dentro de los galardones Villa de Madrid.